# E. A. POE

## WALTER LENNIG



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

# E. A. POE

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

# E. A. POE

WALTER LENNIG

SALVAT

Versión española de la obra original alemana: *Poe*, publicada por Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.

Traducción del alemán a cargo de Juan Conesa Sánchez.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Rowohlt Taschenbuch Verlag GmbH, Hamburgo.


ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8188-4
Depósito legal: B. 21.619-1985
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49. 08029 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Instar, S.A. Hospitalet (Barcelona), 1986.
*Printed in Spain*

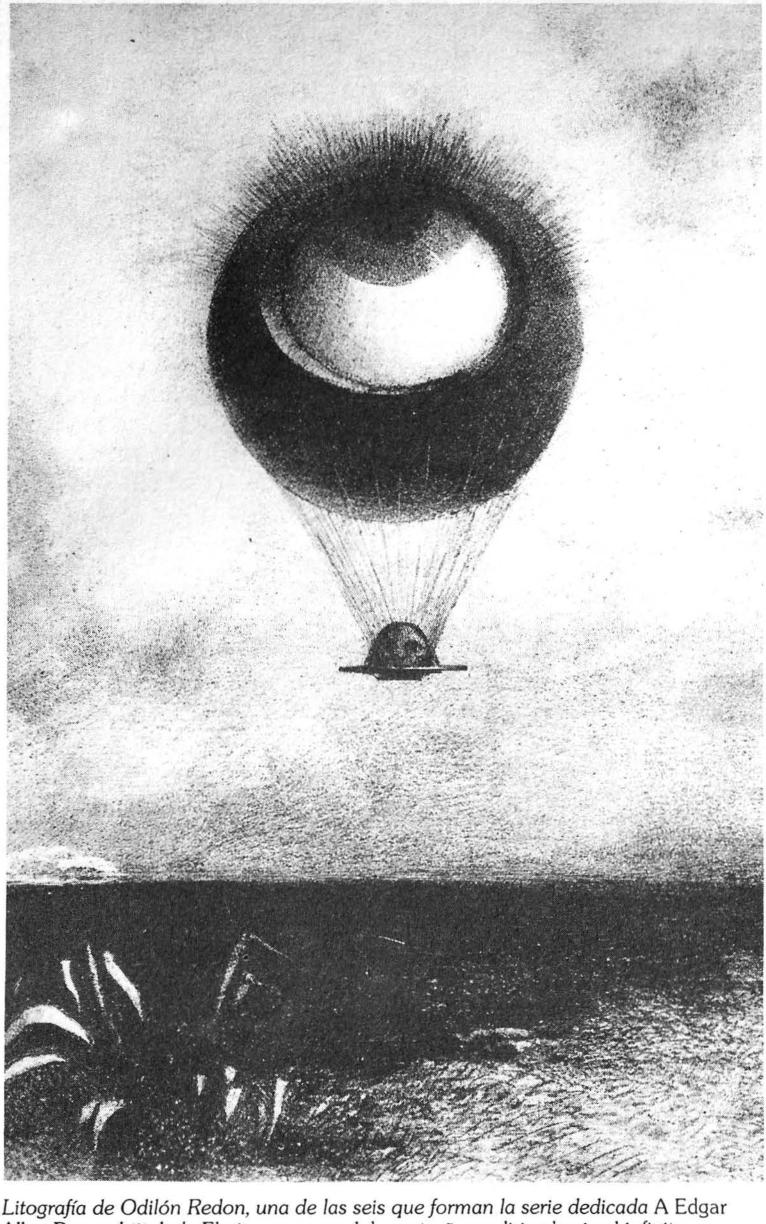
# Indice



# Edgar Allan Poe (1809-1849)

El escritor estadounidense Edgar Allan Poe, creador del relato policiaco y autor de una sorprendente obra narrativa, poética y ensayística, nació en Boston en 1809. Hijo de actores, se quedó huérfano a edad muy temprana y fue acogido por la familia de John Allan, un rico comerciante de Richmond. Con su familia adoptiva se trasladó a Inglaterra, donde permaneció cinco años e inició sus estudios, proseguidos más tarde, aunque sólo durante un curso, en la Universidad de Virginia. En 1827, tras romper con su padre adoptivo, se trasladó a Boston, y allí publicó su primer libro, *Tamerlán y otros poemas*. Tras ser expulsado del ejército, se afincó en Baltimore, donde comenzó a escribir narraciones y a publicar en la prensa artículos de crítica literaria, con los que alcanzó gran notoriedad. Sin embargo, tuvo que soportar continuas penurias económicas que, junto con la enfermedad de su esposa, sus conflictos emocionales y sus problemas con el alcohol, hicieron de su vida una existencia desgraciada. En 1838 publicó la *Narración de Arthur Gordon Pym* y dos años más tarde el primer volumen de sus cuentos, en los que ponía de manifiesto una gran fantasía, así como la inteligente utilización de un método analítico-racionalista para la solución de los argumentos policiacos o de misterio que en ellos presentaba. En 1844 se trasladó a Nueva York y compuso el más famoso de sus poemas, *El cuervo*. La muerte de su esposa, en 1847, le afectó profundamente. El 3 de octubre de 1849 fue hallado inconsciente a la puerta de una taberna en Baltimore, y cuatro días más tarde falleció. La obra de Poe alcanzó una gran difusión en Europa, especialmente a raíz de la traducción que de ella hizo Baudelaire, y sus concepciones poéticas han influido sobre algunas de las tendencias más significativas de la poesía contemporánea.

◀ *Retrato de Edgar Allan Poe realizado por su compatriota el gran dibujante Cesare.*



*Litografía de Odilón Redon, una de las seis que forman la serie dedicada* A Edgar Allan Poe, *subtitulada* El ojo como un globo extraño se dirige hacia el infinito. *Biblioteca Nacional, París.*

# 1. El huérfano de Richmond

La ciudad de Boston, en la que Edgar Allan Poe nació el 19 de enero de 1809, apenas desempeña un papel secundario en su vida. Vino al mundo en aquel baluarte del puritarismo, pero sus orígenes no eran de allí y no fue influido por la mentalidad de aquella ciudad. Sus padres eran actores, y, como todos los actores de América por entonces, iban de ciudad en ciudad con la compañía de la que formaban parte. Se habían casado en 1806 y Edgar era su segundo hijo; su hermano William Henry, nacido en 1807, había pasado al cuidado de sus abuelos paternos en Baltimore. En tercer lugar, en 1810, nació una niña, su hermana Rosalie.

El padre, David Poe, procedía de una familia de inmigrantes irlandeses y se había criado en Baltimore. La familia gozaba de una reputación considerable. El abuelo del niño había desempeñado un meritorio papel en la guerra de la Independencia e incluso se había ganado la amistad de Lafayette; popularmente se le conocía como el «general Poe». A causa de esto, poseemos mayor información sobre él que sobre su hijo el actor. A los diecinueve años, David Poe, que hasta entonces sólo había actuado en grupos de aficionados o recitando, se enemistó con su familia al decidir seguir la carrera de actor. Los críticos tenían bastante que reprocharle, especialmente su pronunciación. Su mujer, por el contrario, era la clara favorita del público.

Elizabeth Poe, la madre del escritor, era hija de una familia de actores apellidada Arnold. Nació en Londres en 1787. Con su madre y el segundo marido de ésta, un tal Mr. Tubbs, llegó a América en 1796, y cuatro meses después, a la edad de nueve años, entró en el Old Boston Theatre.

Dos años después perdería a su madre en Chelteston, víctima de la fiebre amarilla, una de las más frecuentes epidemias que asolaban las ciudades costeras americanas. Antes de cumplir los dieciséis años se casó en primeras nupcias con el actor Charles Hopkins, y en 1806, tras una corta viudedad, se volvió a

casar, esta vez con David Poe, tres años mayor que ella. Aunque parece que fue una boda por amor, pronto irrumpieron en el matrimonio las desavenencias y los equívocos. David Poe no podía soportar que fuera su mujer la que siempre tuviera un gran éxito en escena mientras que él encontraba dificultades para conseguir contratos. Se sabe que cuando estaba de mal humor se daba a la bebida; esta inclinación aparecerá después también en sus dos hijos. Es sabido, por otro lado, que David Poe era elegante, tenía buena apariencia, poseía buena voz y un carácter sumamente irritable, celoso y sensible; también parece que debió de sufrir una dolencia pulmonar. Ha costado mucho reunir algunos datos fiables sobre los años posteriores del padre de Edgar Allan Poe: aquel hombre extraño desapareció en el verano de 1810, dejando a su mujer y a sus tres hijos en serias dificultades, y ya no se volvería a saber de él. Todo lo que las antiguas biografías de Poe cuentan sobre su padre tras el abandono del hogar no ha podido probarse e incluso ha resultado ser pura invención. David Poe desapareció, en el sentido literal de la palabra, sin dejar huella, y no volvió a aparecer. Esto ocurría en julio de 1810 en Nueva York, donde entonces el matrimonio estaba contratado en el Park Theatre y donde especialmente David Poe había tenido que aguantar malas críticas.

El sueldo de los dos había alcanzado hasta ese momento justo para vivir al día. Podemos imaginarnos, pues, la carga insoportable que cayó sobre la joven actriz, ya enferma, tras la desaparición de su marido, especialmente después de haber sido madre por tercera vez en diciembre de 1810. Entre tanto, se había alejado de Nueva York y había vuelto a Richmond, en el estado de Virginia, donde tanto éxito había tenido al principio de su carrera. En el poco tiempo que aún le quedaba de vida actuó en Richmond, Norfolk y Charleston; iba precipitadamente de ciudad en ciudad, actuaba no sólo en papeles hablados, sino que cantaba y bailaba en los números de relleno, como era normal entonces en el oficio del teatro. Naturalmente dependía de la benevolencia de conocidos o de las patronas para que los niños no estuvieran solos durante sus ausencias. El 11 de octubre de 1811 actuó por última vez en un melodrama olvidado hace ya mucho. Después la venció la enfermedad y no pudo volver a levantarse. En las últimas semanas de su vida tuvo que depender totalmente de la caridad de los demás. El 29 de noviembre de 1811 el empresario de la compañía organizó una representación benéfica en favor de la grave enferma. En el periódico de Richmond *Enquirer* apareció la siguiente nota: «A todas las personas de buen corazón: La

*Miniatura con el retrato de Elizabeth Poe, la única imagen que existe de la madre de Edgar.*

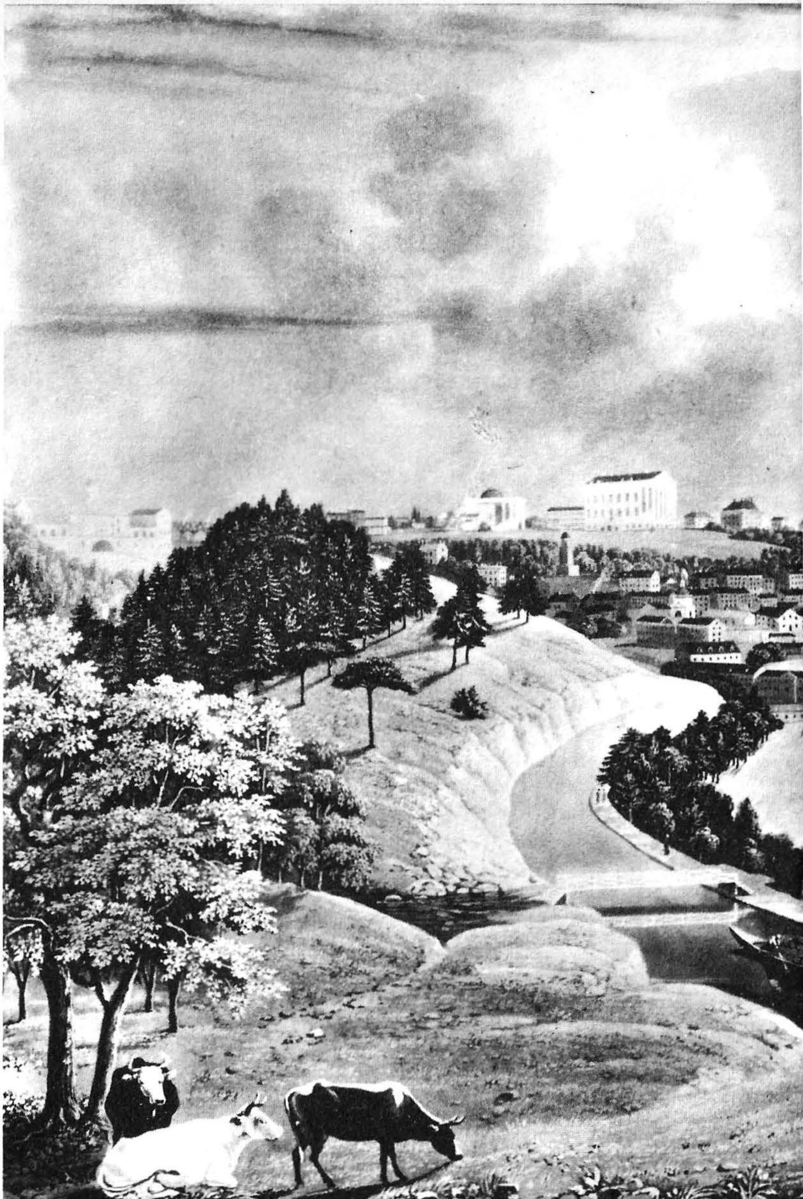



señora Poe, que rodeada de sus hijos se encuentra postrada en el lecho del dolor, les pide su ayuda hoy, y quizá por última vez. La generosidad del público de Richmond no necesita más indicaciones. Los detalles pueden verse en los carteles al efecto.»

En Richmond la señora Poe, como la mayor parte de los miembros de la compañía, vivía en la gran casa de huéspedes de una tal señora Philips, no lejos del teatro. Visitantes dignos de crédito han descrito la pobreza y la miseria de sus últimas semanas en aquel cuarto sin calefacción, frío y húmedo, en el que la enferma tosía sin cesar. No la visitó médico alguno. Damas de la alta sociedad le mandaban algo de alimento y ropa de cama. Algunas, entre ellas seguramente la señora Allan y la señora Mackencie, iban personalmente a prodigarle algunas palabras de consuelo.

El domingo 8 de diciembre de 1811 por la mañana moría Elizabeth Poe, y el pequeño Edgar, que aún no tenía tres años, ya se encontraba huérfano de padre y de madre. Dos familias distinguidas de la ciudad acogieron a los niños desvalidos y sin recursos. Edgar fue a casa de los Allan, Rosalie a la de los Mackencie.

La herencia más importantre que le quedó a Edgar fue un medallón con la efigie de su madre, la única imagen que se tiene





*Vista de la ciudad de Richmond en 1833. Aguatinta de W. J. Bennett, según una pintura de G. Cooke.*



*Fragmento de un cuadro que representa el incendio del teatro de Richmond, el 26 de diciembre de 1811. Edgar Allan Poe Shrine, Richmond.*

de ella, y una cajita con cartas y notas. Se supone que entre estos escritos y anotaciones había una referencia a que Rosalie no era hija de David Poe, pero no se puede ir más allá de la mera suposición, ya que, según la última voluntad de Edgar Allan Poe, el contenido de dicha cajita debía ser quemado después de su muerte.

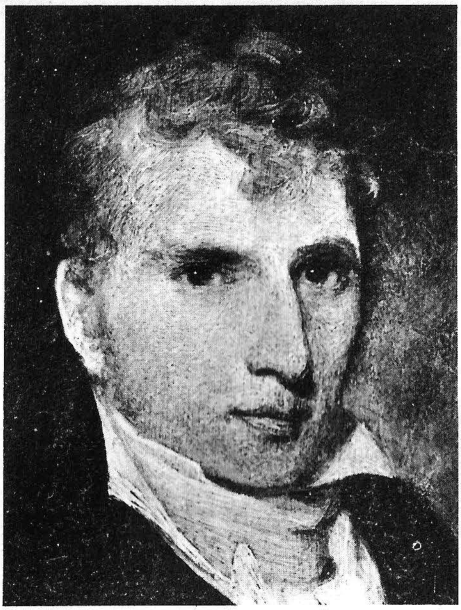
Elizabeth Poe tenía veinticuatro años cuando murió. Desde los nueve años había estado en escena. En esos tres lustros había

interpretado, sin contar los casi innumerables números de canto y baile, más de doscientos papeles diferentes, entre ellos catorce piezas de Shakespeare. Uno de sus admiradores, Beverly Tucker, que la había visto a menudo en escena, recordaba años después su presencia sobre el escenario: «Tenía una figura infantil, ojos grandes, muy abiertos y misteriosos; bajo su extraño sombrero, como los que se llevaban hace cien años, caía una cascada de pelo ondulado de negro color cuervo que inundaba la frente; brazos delicados y hombros estrechos iban ceñidos en un traje imperio con pálidos ramilletes de flores del que emergía una cabeza orgullosamente elevada. Era la cara de una sílfide, de un duende, de una ondina, destinada a ser la madre del más misterioso y aterrenal de los escritores, cuyos brillantes ojos azulados poseían un destello sobrenatural.»

El acomodado, aunque todavía no rico, John Allan se hizo cargo rápidamente, a petición de su esposa, de los gastos del entierro de la fallecida, pero la acogida definitiva del pequeño Edgar en su hogar no la decidió hasta finales de diciembre. El 26 de dicho mes ardió el teatro de Richmond, un antiguo edificio de madera. Setenta y dos hombres perdieron la vida, el duelo y la compasión se extendieron por la ciudad y la opinión pública habría visto con malos ojos que Mr. Allan llevara al niño al orfanato. En consecuencia, Edgar pudo quedarse, con gran satisfacción de la señora Allan, que no tenía hijos propios. Ahora era tratado como un miembro de la familia, y este cambio debió de agradar tanto al niño —que hasta entonces sólo había visto pobreza y grasientas posadas— que cubrió para siempre sus impresiones y recuerdos tristes y espantosos.

## En casa de la familia Allan

El Richmond de entonces, capital del estado de Virginia, todavía sin dividir, apenas contaba con quince mil habitantes. Sin embargo, se preciaba de tener la sociedad más formada y culta de toda la Unión. La guerra civil aún estaba lejos y las diferencias de opinión entre el Sur y el Norte no se manifestaban todavía con el fanatismo de años posteriores. En definitiva, el ambiente de Richmond no estaba dominado por los grandes propietarios. Puesto que era sede de gobierno, había allí muchos juristas y políticos, y también numerosos comerciantes, armadores y hombres de negocios de todas clases. Uno de esos comerciantes fue el padre adoptivo de Edgar, John Allan, que entonces tenía treinta



*Retrato de John Allan, padre adoptivo de Edgar, pintado probablemente por Thomas Sylly. Maryland Historical Society, Baltimore. La figura de Joh Allan, rígida y severa, era recordada con odio por el Poe adulto.*

años. Allan había nacido en Escocia y a los quince años, huérfano, llegó a Richmond a casa de su tío William Galt, uno de los comerciantes de tabaco que más habían prosperado. A los veintidós años, con John Ellis como socio, ya había fundado una empresa independiente de importación y exportación que pronto dispuso de grandes almacenes y de muelle propio para los barcos que ellos mismos fletaban.

A los veintitrés años se casó con Frances Valentine, cuatro años más joven que él, y que provenía de una antigua familia de grandes plantadores; este hecho fue ventajoso para Allan social y comercialmente, pues el mismo año del casamiento obtuvo la carta de ciudadanía de Virginia. El matrimonio no tuvo hijos; tampoco debió de ser un matrimonio feliz, según lo poco que, debido a las costumbres de la época, se ha podido llegar a saber de ellos. En la América de entonces, muy distinta de la actual, dominaba, y no sólo en el Sur, un estricto orden patriarcal: el marido lo decidía absolutamente todo y el divorcio estaba mal visto. Así pues, mientras la señora Allan dirigía hacia el pequeño Edgar, entonces un niño precioso, sus sentimientos maternales no expresados hasta ese momento, John Allan parece que se mantenía frío y distante. No quería conformarse aún con que los

*Retrato de Frances Keeling Allan, de soltera Valentine, atribuido al pintor Thomas Sully. Valentine Museum, Richmond. A diferencia de su marido, Frances, así como su hermana Nancy, mimaba y protegía en exceso al pequeño Edgar.*



hijos le hubieran sido negados a su propio matrimonio y tenía también sus reservas respecto a la procedencia de Edgar, pues la consideración social de los actores era entonces bastante despectiva. Otro motivo para su negativa a la adopción legal de Edgar sería descubierto mucho más tarde: tenía dos hijos fuera del matrimonio. Así pues, cuando aceptó a Edgar en su familia y lo educó como a su propio hijo, se limitó a atender momentáneamente los ruegos e instancias de su mujer.

También formaba parte de la familia la hermana mayor de la señora Allan, Anne Moore Valentine, quien se ocupaba de llevar la casa. Pronto se convertiría para Edgar en la querida «tía Nancy». Las dos mujeres mimaban al niño en exceso mientras el reservado padre adoptivo, dado al orden y al ahorro, rara vez, y siempre con moderación, expresó el afecto que seguramente sentía por el precioso niño en los primeros diez años. Lo único que se le puede reprochar es que durante mucho tiempo sólo se ocupara, siempre con excesiva seriedad, de sus deberes de educador. Edgar debió de asistir a las mejores escuelas y hasta la época de la universidad no podía quejarse de que le faltara nada.

Es fácil destacar (y la mayoría de los biógrafos así lo han repetido sin ningún escrúpulo) el papel de las dos mujeres frente a

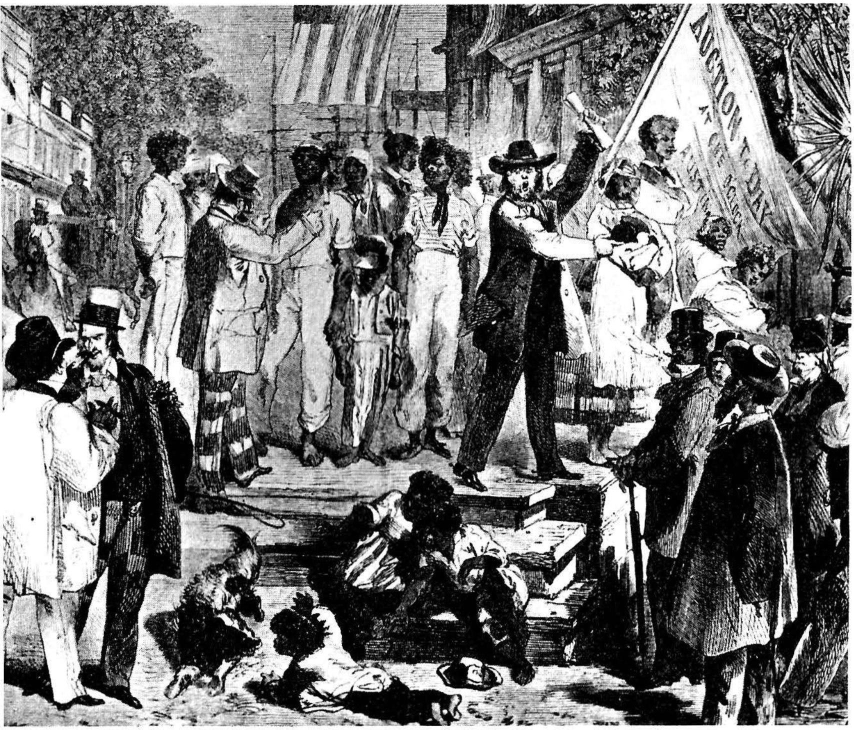


*La tienda de Allan & Ellis, según un grabado de la época.*

John Allan. Para las dos hermanas era casi el sentido de su existencia y continuamente se mostraban unidas cuando aquél, en opinión de ellas, descuidaba a Edgar o le trataba con dureza. Durante la infancia Edgar seguramente cometería las mismas chiquilladas estúpidas y las mismas travesuras que cualquier niño de su edad; su padre, siguiendo las normas de la época, le pegaba si se propasaba demasiado, y las dos mujeres, gritando, corrían presurosas y salvaban de los palos a su niño mimado. Uno y otras actuaban con la mejor intención. Que ése fuera un comportamiento correcto puede ponerse en duda respecto a John Allan. En su desgraciada vida, Poe siempre recordó posteriormente con tristeza y amor a aquellas mujeres que tanto se esforzaron en sustituir a su madre, del mismo modo que nunca disimuló el odio hacia su padre adoptivo. Aquel hombre, sin embargo, tuvo en la formación del carácter espiritual de Edgar Allan Poe un significado mayor de lo que en general se ha señalado. John Allan poseía una concepción del mundo rígida y escéptica, que hundía sus raíces en los presupuestos de la Ilustración del siglo XVIII. Siempre hizo una clara diferencia entre Iglesia y religión y con ello contribuyó a que

Edgar estuviera después más alejado de la Iglesia que todos sus coetáneos dignos de ser recordados. Del mismo modo, su inclinación al análisis preciso, a la lógica rigurosa y a la observación práctica fue sin duda más fomentada por John Allan que por las dos mujeres. Especialmente, Frances, la esposa de John Allan, se dejaba llevar por sus sentimientos y por una entusiasta y estricta religiosidad. Asimismo, las cartas, los contratos y otros escritos que se conocen de John Allan muestran una inusual fluidez expresiva, claridad y fuerza de voluntad, a veces incluso cierta inspiración. Había disfrutado de una buena formación escolar, poseía conocimientos diversos, tenía unas maneras irreprochables y, en definitiva, no era un pequeño mercader sino un gran comerciante que había viajado mucho y poseía una gran experiencia en el trato humano. Es natural que hubiera visto con mayor agrado, y seguramente incluso habría premiado, el que Edgar se hubiera interesado más por la parte práctica y comercial de la vida, por eso no puede reprochársele su actitud, ni el hecho de que él, un comerciante, no reconociera el genio de su hijo adoptivo. Pero tampoco lo reconocerían aquellos cuyo trabajo y oficio hubiera debido ser realmente ése.

Los primeros años que Edgar pasó en casa de los Allan fueron, además, tiempos de inseguridad y llenos de preocupaciones para un comerciante. Inglaterra se encontraba inmersa en una guerra larga y peligrosa con Napoleón y las simpatías de la Unión, recientemente formada, eran conocidas como favorables al lado francés. Junto a un boicot comercial a Inglaterra, volvieron a desatarse abiertos sentimientos de enemistad entre ambas naciones. Especialmente, casi había desaparecido el comercio de tabaco con Inglaterra, tan importante y productivo; los antiguos activos se habían congelado y, bajo ese estancamiento, Virginia, como la mayoría de los estados del Sur orientados a la agricultura, se veía obligada a sufrir más que los estados del Norte. No es, pues, extraño que la firma Allan & Ellis comerciara con cualquier mercancía para sostenerse, sin excluir el comercio de esclavos, que entonces, en los estados del Sur, no se tenía por inmoral, sino que era considerada como un «negocio» más. Finalmente, el servicio en casa de los Allan, como en todas partes en Richmond y en Virginia, estaba formado por servidores negros y el pequeño Edgar tuvo naturalmente su «mamy» negra. El servicio doméstico era tratado, en general, mejor que los esclavos del campo; todos los criados, doncellas y cocheros iban decentemente vestidos, estaban bien alimentados, se les dispensaba un trato soportable y la mayoría de ellos estaban ciegamente apegados a sus amos.




Historisches Bildarchiv

*Subasta de esclavos en Richmond. Grabado de la época.*

Edgar se sintió atraído desde su niñez por las canciones de los negros, por sus danzas y sus historias escalofriantes. A los niños blancos no se les impedía deambular por los barrios de los negros, o que visitaran sus cabañas en el campo. Por lo demás, en la época de Poe no se tenía, en general, conciencia del «problema de los negros»; él compartía al respecto el punto de vista del Sur y de la sociedad en la que había crecido. Resulta significativo que cuando Edgar rompió con su padre adoptivo, lo que más le ofendió fue que éste le insultara en presencia de criados negros.

Un hecho importante para Edgar en casa de los Allan era que podía estar presente cuando se había invitado a la mesa a capitanes de barco y hombres de negocios de otros países. Aún predominaba en todos los mares la navegación a vela y quien hacía un viaje tenía algo que contar. El joven Edgar escuchaba atentamente con ardiente curiosidad lo que se decía sobre tormen-

tas, peligros y aventuras, sobre países extraños y pueblos desconocidos. Desde muy niño adquirió un cierto conocimiento de los viajes marítimos y de la vida en los barcos. Cuando, a principios del año 1815, John Allan tomó la decisión de viajar con su familia a Inglaterra, deparó a su hijo adoptivo la mayor de las alegrías.

## Cinco años en la vieja Inglaterra

Para Allan naturalmente no se trataba de un viaje de placer. Como es comprensible, seguramente también le atraía volver a ver a sus parientes escoceses, quienes le habían visto marchar como un pobre huérfano y le verían ahora volver como un acomodado comerciante, casado con una bella mujer de la mejor sociedad de Virginia. Pero para él no era menos importante volver a establecer las relaciones comerciales con el mercado inglés del tabaco, entonces interrumpidas, y hacer fluir los activos estancados. Los años de la caída de Napoleón estuvieron marcados en todas partes con el signo del restablecimiento del mundo del comercio, que había resultado tan dañado. Se sobreentiende que Allan tenía prevista una estancia de varios años, pues dejó su casa y subastó sus muebles y otras pertenencias. Un accidente de su esposa le forzó a un largo aplazamiento del viaje. Cuando por fin se embarcó en el puerto de Richmond, descendiendo por el río James con su mujer, su cuñada y su hijo adoptivo, Allan no sospechaba aún el resultado de la batalla de Waterloo; a su llegada a Liverpool el 28 de julio se encontró con un Napoleón vencido y desde hacía unos días preso en Plymouth a bordo del *Belleyphoron.* Del largo viaje sólo se sabe que las mujeres sufrieron constantemente mareos durante la travesía, y Edgar bastante menos que ellas. La familia, contemplada con asombro y lisonjeada por los numerosos parientes, permaneció hasta el otoño en la pequeña ciudad costera de Irving, a una corta jornada de viaje de Glasgow. Mientras Frances sufría bajo el clima escocés, sobre todo a causa de la frecuente lluvia, Edgar era presentado a los innumerables «primos» de la ciudad y sus alrededores. Pronto iría también con alguno de ellos a la escuela. Treinta millas más al sur, en Flowerbanks, vivían los parientes de Galt, el viejo tío rico de John Allan, a quienes también visitaban con frecuencia. Edgar conocería allí uno de los más bellos parajes de Escocia, cantado en las sagas de Burns y Keats, lugar donde se desarrolla *La novia de Lammermoor* y escenario preferido de las novelas históricas de sir Walter Scott.

Lo que menos le agradó a Edgar, a sus siete años, fue el rigor medieval de la escuela escocesa. La disciplina en la clase tenía casi el valor de una enseñanza religiosa y no se ahorraban las palizas. Allan, después de un largo viaje que acabaría en Londres, volvió a mandar al niño a Irving para que siguiera yendo a la escuela bajo la tutela de sus hermanas, y fue entonces cuando encontró la primera fuerte oposición en su hijo adoptivo. Edgar les crispaba los nervios a las tías con sus quejas y su testarudez, de tal manera que pocos meses después le mandaron de regreso a Londres con Allan. Sus primeras impresiones fuertes en Inglaterra las sufriría en el internado Manor House School del reverendo Bransby, situado en Stocke Newington, entonces aún una aldea silenciosa y tranquila en las cercanías de Londres, engullida desde hace ya mucho tiempo por la gigantesca ciudad. Poe ha descrito con minuciosidad esa época y ese ambiente, la escuela y sus vivencias en Stocke Newington en su narración *William Wilson*:

«Mis primeros recuerdos escolares se relacionan con una enorme casa isabelina de complicada estructura, en un pueblo inglés de aspecto brumoso donde abundaban los árboles gigan-

*El internado Manor House School, del reverendo Bransby, situado en Stoke Newigyon, Londres. Valentine Museum, Richmond.*



tescos y donde las casas eran todas muy antiguas. Aquel viejo y venerable pueblo era verdaderamente un lugar de ensueño, un remanso de paz para el espíritu. Ahora, mientras lo estoy recordando, puedo sentir de nuevo la refrescante atmósfera de sus umbrosas avenidas, aspirar la fragancia de sus mil arbustos y estremecerme de deleite cuando la profunda y hueca voz de la campana de la iglesia se deja oír, quebrando hora tras hora con su bronco y repentino tañido el silencio de la oscura atmósfera en la que se sumerge, dormido, el calado campanario gótico.

»Recrearme en los pequeños recuerdos de la escuela y en las cosas que en aquel tiempo me sucedieron me proporciona, quizá, el mayor placer que me es dado alcanzar en estos días. Ahora que me encuentro sumido en la desgracia —una desgracia, ¡ay!, demasiado real—, bien puede perdonárseme que busque alivio, aunque sea tan trivial como efímero, en la dulzura de unos detalles divagantes. Triviales y hasta ridículos, esos detalles cobran, sin embargo, en mi imaginación cierta importancia, pues se hallan vinculados a un tiempo y un lugar en los que reconozco la presencia de los primeros, aunque ambiguos, avisos del destino que más tarde habría de envolverme en sus sombras. Permítanme, pues, que me evada en el recuerdo.

»Como he dicho, la casa era antigua y de estructura sumamente irregular. Se alzaba en medio de una amplia extensión de terreno, y un elevado y sólido muro de ladrillo, rematado por una capa de mortero y vidrios rotos, rodeaba toda la propiedad. Esta muralla, que en poco difería de la de una prisión, constituía el límite de nuestros dominios; sólo tres veces por semana podían nuestros ojos ver el mundo que se extendía al otro lado: una, los sábados por la tarde, cuando, acompañados por los preceptores, se nos permitía realizar breves paseos en grupo a través de los campos vecinos; las otras dos, los domingos, cuando acudíamos con idénticos formalismos a los oficios matinales y vespertinos de la única iglesia del pueblo. El director de nuestra escuela era también el pastor. ¡Con qué asombro y perplejidad le miraba yo desde nuestros alejados bancos, mientras subía al púlpito con lento y solemne paso! Este hombre religioso, de rostro sereno y bondadoso, de vestiduras satinadas que ondulaban clericalmente, de peluca cuidadosamente empolvada, tan erguido e inmenso... ¿podía ser el mismo que poco antes, agrio el rostro, las ropas manchadas de rapé, administraba, férula en mano, las draconianas leyes de la escuela? ¡Oh, gigantesca paradoja, demasiado monstruosa para ser solucionada!

»En un ángulo del macizo muro que rodeaba la escuela

rechinaba una puerta aún más maciza. Estaba asegurada con remaches de hierro y coronada con picas del mismo metal. ¡Qué sensaciones de profundo temor inspiraba! Jamás se abría, salvo en las tres periódicas entradas y salidas mencionadas; por eso, en cada crujido de sus poderosos goznes encontrábamos la plenitud del misterio, un mundo de cosas sobre las que hacer solemnes observaciones o en las que meditar profundamente.

»El extenso recinto tenía una forma irregular, con muchas zonas espaciosas. Tres o cuatro de las más grandes constituían nuestro campo de juegos. Tenían el piso nivelado y cubierto de fina grava. Recuerdo que no había árboles, ni bancos, ni nada por el estilo. Enfrente había un pequeño parterre, donde crecían el boj y otros arbustos; pero esta sagrada frontera tan sólo la atravesábamos en contadas ocasiones, tales como el primer día del curso o el de la partida, o quizá cuando nuestros padres o algún amigo venían a buscarnos y partíamos alegremente a casa para pasar las vacaciones de navidad o de verano.

»¡Aquella casa! ¡Qué extraño era aquel viejo edificio! Para mí no era sino un palacio encantado. Sus vueltas no tenían fin, ni tampoco sus incomprensibles subdivisiones. En ocasiones resultaba difícil saber con certeza en cuál de los dos pisos de la casa nos encontrábamos. Entre una habitación y sus contiguas había siempre tres o cuatro escalones que subían o bajaban. Además, las alas del edificio eran innumerables, inconcebibles, y volvían sobre sí mismas de tal forma que la idea más precisa que nos habíamos formado del conjunto de aquella mansión no era muy diferente de la que abrigábamos acerca del infinito. En los cinco años que permanecí allí no fui nunca capaz de establecer con precisión en qué remoto lugar se encontraban los pequeños dormitorios que nos habían asignado a los dieciocho o veinte alumnos que seguíamos los cursos en la escuela.

»El aula era la habitación más grande de la casa, y estoy convencido que del mundo entero. Era muy larga, estrecha y abrumadoramente baja, con ventanas góticas de arco apuntado y artesonado de roble. En un ángulo remoto, que nos inspiraba espanto, había una división cuadrada de unos ocho o diez pies, donde se hallaba el *sanctum* de nuestro director, el reverendo doctor Bransby. Tenía una sólida estructura y una puerta maciza, y antes de atrevernos a abrirla en ausencia del "dómine", hubiéramos preferido perecer voluntariamente por la *peine forte et dure*. En otros ángulos había dos recintos similares, bastante menos respetados, por cierto, pero que no dejaban de inspirarnos un considerable temor. Uno de ellos era la cátedra del preceptor de

lenguas clásicas, y el otro la correspondiente a inglés y matemáticas. Dispersos por el salón, cruzándose una y otra vez con interminable regularidad, veíanse innumerables bancos y pupitres, negros, viejos, carcomidos por el tiempo, cubiertos de libros mil veces hojeados, y tan llenos de cicatrices de iniciales, nombres completos, figuras grotescas y otros múltiples y esforzados trabajos del cortaplumas, que habían llegado a perder lo poco que podía quedarles de su remota forma original. En un extremo del salón había instalado un gran balde de agua, y en otro aparecía un reloj de formidables dimensiones.

»... Sin embargo, me siento inclinado a creer que mi primer desarrollo mental tuvo en sí un carácter bastante fuera de lo común, incluso desmesurado. Por lo general, los hombres no conservan, en su edad madura, un recuerdo muy concreto de los acontecimientos de la infancia. Todo aquello queda como una sombra gris, una remembranza débil e irregular, una evocación confusa de desvaídos placeres o fantasmagóricos dolores. No ocurre así en mi caso. De pequeño debo de haber sentido con la energía de un hombre adulto lo que ahora tengo grabado en la memoria con trazos tan vivos profundos y duraderos como los exergos de las medallas cartaginesas.

»Y sin embargo, desde una perspectiva mundana, ¡qué poco había allí que mereciera la pena ser recordado! Despertarme por la mañana y volver a la cama por la noche; los estudios, las lecturas, las vacaciones, los paseos; el patio de juegos, con sus peleas, sus entretenimientos, sus intrigas; todo ello, olvidado durante tanto tiempo por obra de algún sortilegio mental, contenía un mundo de sensaciones, de apasionantes incidentes, un universo de emociones múltiples, rebosante de excitaciones. *Oh, le bon temps, que ce siècle de fer!*»

En conjunto, los cinco años pasados por Poe en Inglaterra pertenecen indiscutiblemente a los periodos más felices de su vida. Conoció la vieja, la auténtica Inglaterra que en América, a pesar de las luchas sangrientas y los tenaces resentimientos, se seguía admirando en secreto y cuya superioridad cultural se respetaba sin ningún reparo. En los dos años pasados en la Manor House School Edgar aprendió ante todo a hablar un inglés puro y sin acento que no abandonaría hasta el final de su vida. Es lógico pensar que hasta entonces tuviera algunos problemas en este sentido, pues en Virginia, y sobre todo en la buena sociedad, aunque no se hablaba un dialecto determinado, había muchas peculiaridades y arbitrariedades en la pronunciación por las que se podía reconocer a una persona de allí. Su padre

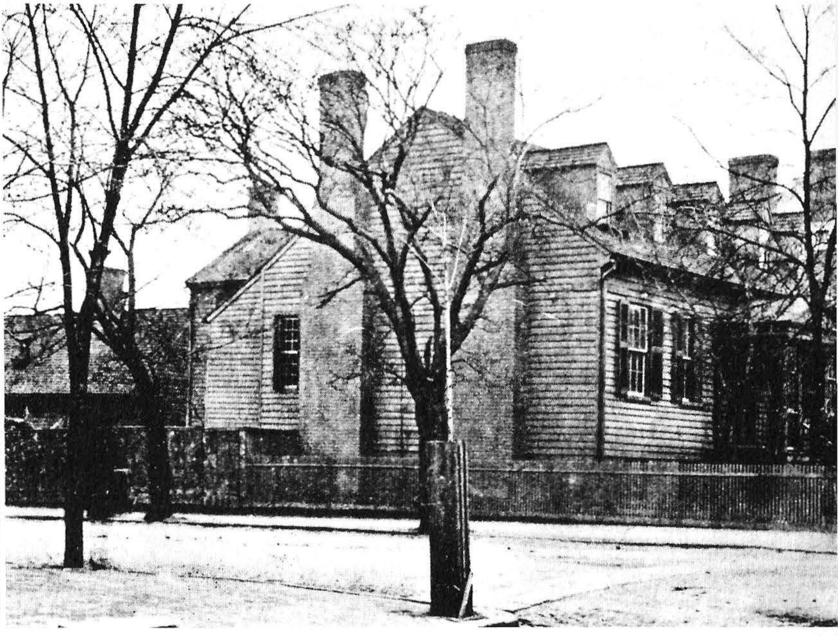
adoptivo tampoco se había librado del acento escocés y quizá hasta lo cuidaba. En la prestigiosa escuela del reverendo John Bransby no se toleraba una pronunciación descuidada ni matiz dialectal alguno. Incluso se prohibía cualquier expresión poco elegante, pues allí había que formar caballeros, *gentlemen*. La educación en internados era la más común entonces para hijos de familias acomodadas; en esa situación, Edgar frecuentaba la casa paterna tan poco como sus compañeros. En las vacaciones, o bien vivía en la ciudad donde residían sus padres adoptivos, o bien visitaba con John Allan a la enfermiza Frances en el balneario de Cheltenham, en Gloucester. Las esperanzas de John Allan de restablecer con fuerza el comercio del tabaco de su firma no se pudieron realizar y tuvo que encajar graves pérdidas. En 1820 incluso se empañó transitoriamente la armonía que mantenía con Ellis, su socio y amigo de juventud en Richmond. El pesar por ello llegó a minar su salud, hasta entonces excelente; sufrió una grave crisis de hidropesía y, apenas restablecido, decidió el viaje de vuelta a Virginia. A finales de junio de 1820 navegaba de nuevo con su familia desde Liverpool y volvía a entrar, por Nueva York, en suelo americano.

# 2. La juventud dorada y sombría

El 2 de agosto llegaron los viajeros a Richmond y tuvieron que vivir casi un año en casa de los Ellis antes de encontrar una nueva vivienda. La estrecha amistad que surgió entonces entre Edgar y Thomas Ellis, un poco más joven que él, la ha descrito éste posteriormente:

«Ningún joven tenía mayor influencia en mí que él. De hecho era el jefe entre los jóvenes. Mi admiración hacia él apenas tenía límites y, a causa de esto, me utilizaba para hacer algunas cosas

*La casa de Charles Ellis, el socio de John Allan, en Richmond.*



Valentine Museum, Richmond

que estaban prohibidas y por las cuales yo era castigado. Sólo me acuerdo de una vez que también él recibió una paliza de Mr. Allan porque un sábado se había alejado conmigo por los campos y bosques cerca de Belvedere. Allí nos quedamos todo el día hasta bien entrada la noche, sin que nadie supiera dónde estábamos, y disparábamos contra las gallinas que pertenecían al propietario de Belvedere (creo que entonces era el juez Bushrod Washington). Me enseñó a tirar, a nadar y a patinar. Una vez me salvó de morir ahogado: él me había tirado de cabeza a la cascada y cuando me hundí se dio cuenta enseguida de que tenía que acudir en mi ayuda, si no hubiera sido demasiado tarde.»

Aunque entonces todavía no se había extendido el fenómeno del deporte, sin embargo todo cuidado del cuerpo y los ejercicios físicos tenían un papel importante en la educación de los jóvenes en el mundo anglosajón, tanto en América como en Inglaterra. Todo joven de buena familia tenía que aprender a nadar, a remar, a navegar, a tirar, a practicar esgrima y a montar a caballo. El joven Edgar era, por todo lo que se sabe de él, un extraordinario deportista; en algunas disciplinas iba incluso más allá de la media. Su cuerpo fuerte y bien entrenado habría de beneficiarle después no sólo en su corto periodo militar, sino también en aquellas épocas posteriores en las que fue capaz de resistir largas privaciones mucho más de lo que hubiera podido aguantarlas en otro caso. El joven Poe nadó una vez seis millas contra corriente en el río James en Richmond ante el entusiasmo de sus compañeros, y en aguas tranquilas llegó a las veinte millas. Posteriormente comparó, y no sin razón, sus facultades para nadar con las de lord Byron, quien una vez había cruzado el Helesponto a nado.

Esta extraordinaria aptitud deportiva era la que le procuraba la máxima expectación entre sus compañeros de escuela. Su superioridad intelectual, que él no manifestaba, hubiera producido un efecto contrario. De haber sido débil y miedoso hubiera tenido que sufrir más a causa de su origen, pues en el pequeño Richmond de entonces todo el mundo sabía que Edgar era hijo de padres que habían pertenecido a la poco honrosa profesión del teatro. Uno de los inspectores de aquella época, un tal Mr. Preston, ha informado después de la muerte de Poe: «Richmond era en aquella época una de las ciudades más aristocráticas de esta parte del Atlántico. Yo añado, por lo demás, que no es ése el caso ahora. Lo aristocrático se ha pasado de moda como el recitar poesías, quizá por el mismo motivo. Los tiempos han cambiado y otras cosas están mejor vistas. Richmond era enton-

ces muy inglés y muy aristocrático. Pero una escuela, según su propia esencia, es algo totalmente democrático. Jóvenes especialmente tranquilos e introvertidos se desarrollan, sin darse cuenta, conforme a sus padres y antepasados, tanto en lo bueno como en lo malo. De Edgar Allan Poe se sabía que sus padres eran actores y que él dependía de la magnanimidad de quien le había acogido como hijo adoptivo. Todo esto hacía que los jóvenes rechazaran su caudillaje. Cuando ahora vuelvo a pensar en aquella época, creo que esto le impulsó hacia una altivez que de otra forma no se habría producido.»

A pesar de ello, al joven Poe no le faltaron en absoluto amigos y compañeros tras su vuelta de Inglaterra. Todos los que desde hacía tiempo frecuentaban la casa de su padre adoptivo dan de él la imagen de un niño mimado y mimoso que crecía en una casa rica casi como un lord Fauntleroy. El historiógrafo literario Van Wyck Brooks hace la siguiente descripción:

«Cuando se le veía caminar en compañía de su preceptor rodeado de servidores, caballos, perros y vestido con elegantes trajes confeccionados por los mejores sastres de Richmond, parecía incorporar el tipo de la *jeunesse dorée* de Virginia, y realmente se le consideraba el heredero de un hombre rico, pues Allan, que no tenía hijos de su matrimonio, había recibido hacía poco una herencia de tres cuartos de millón de dólares. La espaciosa y lujosa casa de los Allan, con sus muebles de estilo imperio, los bustos de Canova y el gran salón octogonal en la planta principal, dejó su huella en las obras de Poe, quien aun después de perder el derecho a habitar allí seguía considerándola su casa. En la escalera principal, además de la Venus de Medici y de los vasos etruscos, había una urna con una lámpara de ágata y en el balcón un telescopio con el que Poe contemplaba las constelaciones cuyos nombres aparecen en sus poesías. Tenía trato con los hijos de cultos juristas y de los dueños de las plantaciones, con quienes se le veía pasear por las calles montando sendos pura sangres. La mayoría de las casas distinguidas de Richmond, con sus grandes porches flanqueados de columnas, mostraban el gusto clásico que dominaba en la ciudad, donde el portavoz de la asamblea de los diputados traducía la *Ilíada* y muchos juristas llevaban siempre en el bolsillo a Cicerón o a Horacio.»

Uno de sus mejores amigos era Robert Stanard, algo más joven que él y cuya madre, Jane Craig Stanard, extraordinariamente bella, produjo con su bondadosa y comprensiva naturaleza una impresión inextinguible en el joven Poe. Es difícil saber si esta tímida y callada adoración que él le profesaba debe ser llamada

amor, o si la *Helen* de su primera poesía fue también su primer gran amor, como afirman algunos estudios biográficos. Es indudable, sin embargo, que este primer poema, que sólo conocemos en una reelaboración posterior, es uno de los más bellos de Poe:

*A Helen*

*Helen, tu belleza es para mí*
*como aquellos antiguos barcos de Nicea*
*que, suavemente, sobre el mar perfumado,*
*cansados de navegar sin rumbo,*
*volvían a las costas de su patria.*

*Acostumbrado a vagar por mares procelosos,*
*tu pelo de jacinto, tu rostro clásico,*
*tu apariencia de náyade, me hicieron comprender*
*la gloria de los griegos,*
*el esplendor de Roma.*

*¡Mira! ¡En tu brillante nicho de cristal*
*vi que estabas de pie como una estatua*
*con la antorcha de ágata en la mano!*
*¡Ah, Psyche, de las regiones*
*que son la Tierra Santa!**

Edgar sólo pudo disfrutar por poco tiempo de la agradable protección de su Helen. Pronto aparecieron en Jean Craig Stanard los signos de una grave enfermedad mental y murió enseguida, en 1824, completamente enajenada. En invierno de ese año se celebró el festivo encuentro con el anciano general de la Revolución francesa y compañero de armas en la guerra de la Independencia, Lafayette. Con los hijos de los ciudadanos distinguidos se formó una compañía de honor en la que Edgar marchaba como «teniente», en recuerdo a la amistad de su abuelo paterno con Lafayette, trabada en Baltimore durante la guerra civil.

## Primeras sombras

Ese honor hubiera producido probablemente una impresión duradera en el muy perspicaz John Allan, siempre atento a la opinión pública, si no se hubieran interpuesto en su vida familiar aquellos difíciles trances de los que, en definitiva, la víctima fue

* Ver página 179

*Retrato de Marie-Joseph-Paul-Yves-Roch-Gilbert Motier, marqués de Lafayette, en un grabado de A. F. B. Geille. Lafayette, general del ejército insurgente durante la guerra civil norteamericana, conoció y trabó amistad con el abuelo paterno de Poe.*



Historisches Bildarchiv

Poe. Hay razones para suponer que ya en Inglaterra Frances empezó a dudar de la fidelidad de su esposo; y después, al parecer, se enteró de que existían dos hijos extramatrimoniales y de que eran favorecidos con envíos regulares de dinero. De los altercados del matrimonio naturalmente no se sabe nada; siguiendo las costumbres de entonces, se esforzaba todo lo posible por mantener la apariencia de una pareja en armonía. Pero una desavenencia así no podía pasar inadvertida al joven Edgar, ya que disfrutaba de toda la confianza de su madre adoptiva y de la hermana de ésta, Nancy, quien se ocupaba de llevar la casa; así pues, difícilmente pueden habérsele pasado por alto indirectas, suspiros y lágrimas. Como cabía esperar, Edgard tomó enseguida el partido de su adorada madre adoptiva y juzgó sin miramientos al hombre que le había causado dolor. No se le ocurrió pensar que no dependía de su madre adoptiva, sino de John Allan, en cuyas manos estaba la decisión sobre su futuro, ni nadie lo pensó en todo Richmond, donde todavía no se abrigaba la menor duda respecto a su posición en casa de los Allan como hijo y futuro heredero. Allan, sin embargo, aún no le había reconocido legalmente como hijo adoptivo, y la clara postura expresada por Edgar y el distanciamiento producido no eran precisamente lo más indicado para animarle a dar ese paso. De esa época hay una carta de Allan a Henry, el hermano mayor de Poe, que vivía en



*Retrato de Sarah Elmira Royter, primer amor de Edgar, según un dibujo realizado por el propio Poe. Col. J. K. Lilly, Indianápolis, Indiana.*

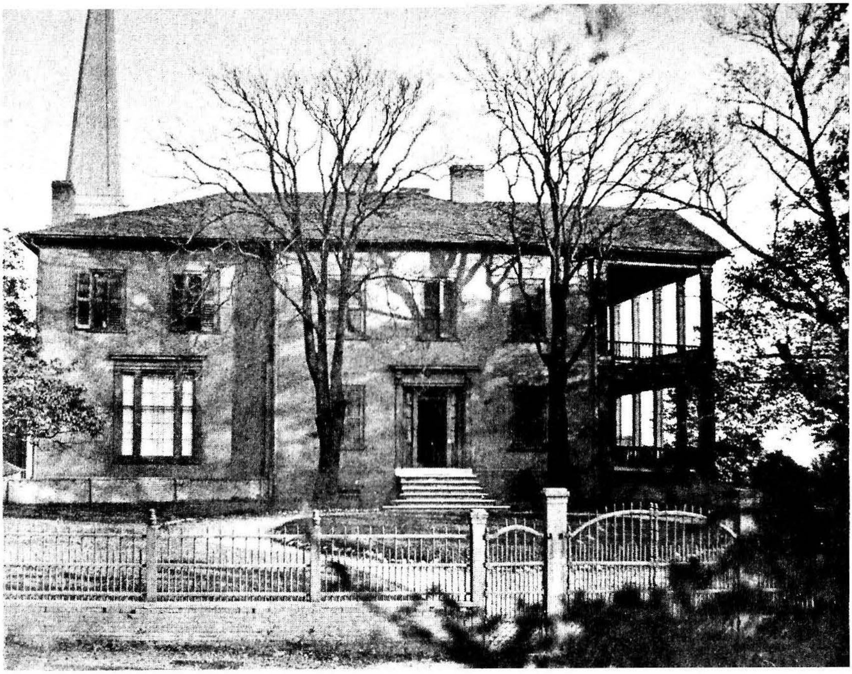
Baltimore. En ella también se alude claramente a los rumores de que Rosalie, la hermana de Poe, era de origen extramatrimonial.

«Richmond, noviembre de 1824. Mi querido Henry: Acabo de leer su carta a Edgar del 25 del pasado mes y estoy muy enfadado porque aún no le ha contestado. Sin embargo, no tiene otra cosa que hacer, para mí no hace absolutamente nada, y además de eso, se muestra desobediente, enojado y de mal humor. Lo que nosotros hayamos podido hacerle para que se comporte de tal modo va más allá de mi capacidad de entendimiento, y eso que me he esforzado todo lo posible en su educación. El joven no da una muestra de afecto hacia nosotros en todo el día, ni una chispa de reconocimiento por mis preocupaciones y mi amor. Yo le he procurado una educación mejor que la que yo mismo pude disfrutar. Si Rosalie ha de esperar algo de su amor, que Dios la proteja; temo que sus amigos le han llevado a adoptar una forma de pensar y de actuar totalmente diferente de

la que en su día adquiriera en Inglaterra. Con alegría compruebo la diferencia entre sus principios y los de usted, por ello en atención a usted deseo tomar una postura justa. Si yo hubiera cumplido mis deberes para con Dios tan concienzudamente como respecto a Edgar, entonces la muerte no me produciría temor alguno. Pero me conformo con el humilde deseo de que Dios aún quiera ayudarle y también a usted. Que sus esfuerzos le procuren éxito y que le sea evitado el dolor a su hermana Rosalie. En realidad sólo es su hermanastra. Quiera Dios, mi querido Henry, que más allá de la muerte nos sea adjudicado un juicio por encima de los equívocos caminos de la vida. Créame, querido Henry, nosotros nos tomamos un vivo interés por su destino y pedimos que Dios le bendiga y le proteja.»

Esta carta no da precisamente una imagen favorable del carácter de John Allan, pero muestra sin ningún género de dudas su cólera creciente respecto a su hijo adoptivo. No se sabe si Edgar ya empezaba a captar entonces el cambio de opinión en el taciturno y desconfiado comerciante. De cualquier manera, él no se preocupaba en absoluto por ello y no mostraba ninguna moderación cuando en la mesa se producían conversaciones irritantes. Como heredero de su tío James Galt, Allan se había convertido en el hombre más rico de Richmond, y tal vez de toda Virginia.

Edgar seguía llevando inconscientemente la vida de un muchacho mimado ante el que aparecía seguro un futuro sin preocupaciones. Su atención se había desviado hacia otro punto: una joven muchacha de una distinguida familia de Richmond, de la que había obtenido una secreta promesa de matrimonio. Se trataba de la joven y bonita Elmira Royster, de casa acomodada, si no rica. Su familia y la de Allan se visitaban regularmente. El presunto heredero del patrimonio de los Allan debió de ser muy bien acogido en casa de los Royster. Los enamorados encontraron ocasiones suficientes para prodigarse besos, caricias en secreto y excentricidades románticas que en aquella época de elevado culto a la mujer eran normales. Sin embargo, parece ser que cuando Edgar se trasladó posteriormente a la Universidad de Charlottesville, el padre de Elmira comenzó a darse cuenta del creciente rechazo de Allan hacia su hijo adoptivo, pues empezó a ocultar las cartas melancólicas y desesperadas de Edgar y casó a su hija a toda prisa con un comerciante llamado Shelton. Ya mayor y viuda, en 1875, ella se expresaba sobre su amor juvenil hacia Poe ante Edward V. Valentin (un primo de Frances Allan y fundador de la *E. A. Poe Shrine* en Richmond):




*La casa de John Allan en Richmond, donde Edgar vivió desde 1825 hasta 1827. El edificio fue derribado en 1890.*

«Era un joven guapo, aunque no muy hablador. Cuando conversaba era agradable, pero su rasgo característico era la tristeza. Estaba totalmente entregado a la primera Mrs. Allan y también ella le tenía cariño. Nosotros vivíamos enfrente de los Allan y naturalmente nos conocíamos. Nuestras relaciones fueron interrumpidas cuando él se fue a la universidad. Durante todo el tiempo que estuvo allí me escribía regularmente, pero mi padre interceptaba las cartas porque pensaba que éramos demasiado jóvenes, y no por ningún otro motivo. No me envió ninguna poesía. Me he sentido apenada siempre que he leído algo hostil hacia él. No creía ni la décima parte de lo que se decía de él. En gran medida, sólo había envidia y celos detrás de ello. Yo tengo un gran respeto por su memoria. Era muy generoso. En la colina de la iglesia una conocida me hizo una observación poco respetuosa. Poe dijo: "Estoy sorprendido de que tú frecuentes a alguien que hace semejantes observaciones." Tenía principios estrictos. Todo lo mediocre, vulgar y poco fino le repelía. Nunca hablaba de

sus padres. Con su hermana era lo más cariñoso posible. ¡Era tan apasionado y vehemente con lo que le interesaba, tan abiertamente entusiasta e impulsivo! Yo tenía quince o dieciséis años cuando se dirigió a mí y yo me decidí por él. Después me casaron a los diecisiete años con Mr. Shelton sin que yo supiera que me había estado escribiendo todo el tiempo.»

Un comportamiento paterno como el que aquí se muestra actualmente parece cruel. Elmira, la «Myra» de sus cartas, volvió a entrar en el ámbito de Poe en el último año de su vida, ya como viuda acomodada e independiente. La «juventud» de Edgar por sí misma hubiera estorbado tan poco en 1826, tras un par de años de espera, como la «vejez» de Elmira veinticinco años después. Por el contrario, su total falta de medios, que pronto habría de evidenciarse, se consideraba entonces como un motivo comprensible para impedir un matrimonio. A pesar de ello, fue naturalmente amargo e indignante para Poe encontrarse a su regreso de la universidad a Elmira como novia de otro, y enterarse de que sus cartas le habían sido ocultadas. En uno de sus primeros poemas se lee:

*Te vi el día de tu boda*
*cuando un rubor ardiente mudó tu semblante...*

Pero esa preocupación fue reemplazada después del brutal encuentro por una auténtica necesidad para la que el joven Poe no estaba preparado en absoluto.

## El Oxford del Nuevo Mundo

En Richmond, Poe se había preparado durante más de un año y medio con la ayuda de profesores particulares para las exigencias de la universidad. La escuela en América estaba entonces todavía en un estado desordenado y lastimoso. En las ciudades existían escuelas privadas y la enseñanza particular desempeñaba aún un papel importante. La escolarización obligatoria, la enseñanza gratuita y las escuelas estatales sólo se impondrían a mediados de siglo.

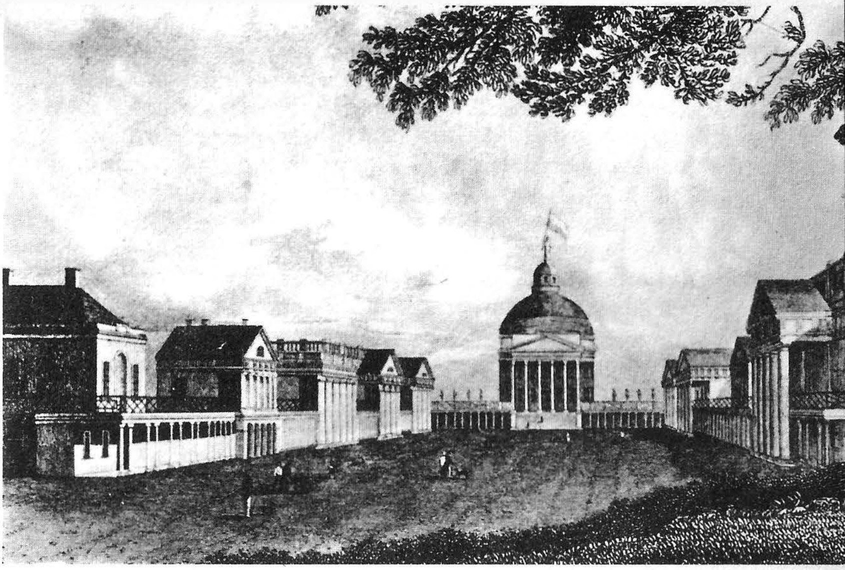
En febrero de 1826 Edgar se puso en camino hacia Charlottesville, donde pocos años antes el gran estadista Thomas Jefferson había fundado la universidad del estado de Virginia cerca de las Ragged Mountains. Orgullosamente se la llamaba «el Oxford del Nuevo Mundo», pero en la época de Poe aún le faltaba un

buen tramo para llegar a ello. Se había logrado contratar a algunos buenos profesores de Inglaterra, pero las ideas de Jefferson, extrañas a la realidad, enfocadas a la libertad total y a la administración propia, dificultaron al principio un ritmo adecuado a la enseñanza superior. En las habitaciones del internado, donde cada estudiante disponía de un pequeño cuarto, había *hotel keepers* (vigilantes) que no sólo se ocupaba de los estudiantes, sino que también velaban por el mantenimiento del orden de la casa, aunque apenas se atrevían a cumplir su misión. Casi todos los ciento setenta estudiantes de entonces recibían de sus padres una amplia o al menos suficiente cantidad de dinero, que gastaban a manos llenas. A pesar de que estaba prohibido, se bebía y se jugaba a las cartas, y casi todas las semanas había alborotos, riñas e incluso tiroteos. Además, servía de poco que alguno de los que habían originado un escándalo mayor fuera castigado. En definitiva, los jóvenes representaban algo así como la flor y nata de Virginia; no pocas veces tenían padres y parientes poderosos e influyentes, a los que había que tener en cuenta incluso políticamente. La estrecha convivencia hacía casi imposible que alguien pudiera permanecer al margen de aquel desorden, ni siquiera los más voluntariosos y ávidos de saber; naturalmente, se sobreentiende que ser chivato era una deshonra.

Poe había elegido lenguas clásicas y modernas, estudios hacia los cuales sentía una innegable inclinación; de las poquísimas noticias que tenemos de él en esa época se desprende que sus profesores estaban contentos con su rendimiento: por una traducción de Tasso obtuvo una mención extraordinaria. Poe vivía en la habitación número 13 del ala oeste (que desde hace ya tiempo se ha convertido en un lugar ligado a la memoria de Poe y hoy es un rincón muy visitado). Hay que aceptar que un joven estudiante con tanta libertad y bajo circunstancias tan confortables se sintiera a gusto. Pero a medida que pasaba el tiempo, Poe sufría cada vez más a causa de vivencias y humillaciones que sólo se aclararían al final del año escolar. De las cartas dirigidas a su padre adoptivo podemos deducir, en primer lugar, las peculiares circunstancias de la vida estudiantil de entonces. En mayo de 1826 escribe: «Esta mañana recibí la ropa que me envió, es decir,

*La Universidad de Virginia, en Charlottesville, fundada por Thomas Jefferson.* ▲
*Col. Cook, Valentine Museum, Richmond.*

*La habitación número 13 del ala oeste, residencia de Poe durante su estancia en la Universidad de Virginia.* ▶





un abrigo, seis metros de paño a rayas para pantalones y cuatro pares de calcetines. El abrigo es muy bonito y me queda muy bien. He considerado que era mejor escribirle cuando las cosas ya se han arreglado. Sin duda habrá oído hablar de desórdenes en el colegio. Muy poco después de su partida la policía produjo entre los estudiantes una terrible situación de miedo, de manera que no se asistía a las clases. Puesto que sus nombres estaban en la lista del *sheriff*, huyeron a los bosques y a las montañas llevándose ropa de cama y comida. Había más de cincuenta en esa lista, por eso pensaban que en el colegio quedarían pocos alumnos. Después de un día de pánico, fue decretada por la facultad una disposición que, bajo la amenaza de una elevada multa, prohibía abandonar los dormitorios entre ocho y diez de la noche (a esa hora iba a venir el *sheriff*) o resistirse a la autoridad. Esa disposición apenas fue respetada por miedo a que la facultad no pudiera hacer nada frente a la policía. La mayoría de los señalados huyeron por segunda vez al bosque. Después de una comprobación por parte de la facultad, al día siguiente recibieron algunos una amonestación, otros fueron suspendidos y uno expulsado.»

En otra carta de septiembre del mismo año se lee:

«Ultimamente hemos vuelto a tener aquí disturbios de todo tipo. La facultad decidió expulsar a Wickliffe por mal comportamiento general, pero fundamentalmente porque desgarró con los dientes un brazo a un estudiante con el que se había pegado. Yo vi toda la pelea, pues tuvo lugar delante de mi puerta. Wickliffe era más fuerte; pero no contento con dominar totalmente al otro, empezó a morderle. Yo vi el brazo después y era realmente algo tremendo: llevaba heridas de mordiscos desde el hombro hasta el codo, hasta el extremo de que tenía desgarrados trozos del tamaño de mi mano.»

Miles George, un compañero de Poe, aún se acordaba en 1880 de su vida de estudiante:

«Peleas a puñetazos entraban dentro de nuestra arrogancia juvenil. A menudo nos pegábamos y el nombre del culpable se olvidaba enseguida y no se volvía a mencionar. Poe era muy versado en el arte de poetizar y a menudo leía poesías que entretenían y alegraban a sus amigos. Pero pronto sufrió un cambio y quiso probar su talento polifacético dibujando con un trozo de carboncillo esbozos en las paredes del dormitorio, figuras maravillosas, fantásticas, grotescas; lo hacía con una habilidad tal que a veces poníamos en duda si sería pintor o escritor. Era muy excitable e intranquilo, a veces cambiante, melancólico y taciturno, pero después volvía a estar de buen

humor, desbordante de alegría, se convertía de nuevo en un compañero muy simpático y agradable.»

Más importante y desastroso para la vida posterior de Poe fue el hecho de que entonces comenzó a beber. Realmente no bebía demasiado, y aunque después aumentara su inclinación por la bebida, nunca fue un alcohólico, un bebedor impenitente, como se ha afirmado durante mucho tiempo. Poe y el alcohol: ésta es una relación especial y en modo alguno se la puede clasificar en un casillero cualquiera. Posteriormente hubo muchos testigos dignos de confianza que coinciden al informar que Poe hacía un gesto de asco cuando bebía. En cualquier caso, es cierto que empezó a beber a los diecisiete años, durante su estancia en Charlottesville, y uno de sus compañeros de entonces lo describe así:

«Agarraba el vaso seductor, normalmente sin añadirle azúcar ni agua, y se lo echaba de un trago sin que pareciera proporcionarle placer alguno y sin parar hasta que la última gota había llegado a sus labios. No podía tomarse más de un vaso. Pero ese vaso era suficiente para poner toda su sensible naturaleza en un estado de excitación que le hacía prorrumpir en palabras fascinantes y entusiásticas que encantaban a los oyentes como cantos de sirena.»

En la ya mencionada narración *William Wilson* se encuentran numerosas, y en parte detalladas, exposiciones de la desordenada vida estudiantil tal y como Poe la conoció en Charlottesville. Aunque en la narración se menciona como lugar de la acción la venerable Universidad inglesa de Oxford, de esta institución y de su vida estudiantil no tenía Poe el más mínimo conocimiento. Comprobaciones posteriores han puesto de manifiesto que Poe se sirvió realmente de experiencias propias y de sus dotes de observador. Esto se deduce, entre otras cosas, del hecho de que una de las más inquietantes escenas de la narración tiene lugar en la habitación de un compañero llamado Preston, y un joven con ese apellido estudiaba realmente en esa época en Charlottesville. El héroe epónimo de la historia es desenmascarado como un jugador tramposo: precisamente con los juegos de azar Poe había tenido en Charlottesville tristes experiencias, ya que siempre perdía. Las deudas de juego serían también las que pronto le llevarían a la ruptura con su padre adoptivo. Lo que no sabemos es si ésta se produjo porque Allan vio en el asunto de las deudas la ocasión propicia que su creciente desafecto hacia Edgar estaba esperando, o porque, a raíz de tal circunstancia, se suscitaron los primeros altercados violentos entre padre e hijo.

## Un joven dandi en la calle

Cuando Poe llegó a Richmond al comienzo de las vacaciones de Navidad había dispuestas en el escritorio de Allan unas cuantas amonestaciones desagradables y algunos recibos. De las deudas de juego ya había sabido Allan algo por su compañero Ellis, al que Poe se había dirigido por escrito cuando necesitó dinero. Se supone que eran dos mil quinientos dólares; según otros informes, sólo unos dos mil dólares o menos. Indudablemente se trataba de una suma considerable para la época, aunque su pago no habría planteado al rico comerciante ningún problema financiero. Hay que pensar, no obstante, que para un escocés que había llegado a América como un pobre huérfano y que se había procurado un gran patrimonio con su trabajo antes de recibir la herencia, las deudas de juego debían de ser una afrenta enorme. A pesar de todo, algo hace pensar que su enorme indignación era injusta y su decisión de echar sin más a la calle al joven Poe, de apenas dieciocho años, fue inhumana.

Esto se desprende principalmente de una carta de Poe a John Allan, del año 1831, cuatro años después de la ruptura, en la que dice:

«Usted dirá que no he vuelto a la universidad por mi propia culpa. Sin embargo, fue usted quien no quiso dejarme volver porque le habían presentado recibos de deudas que yo no deseaba haber pagado. Si me hubiera dejado volver, mi enmienda habría sido segura. Mi comportamiento en los tres últimos meses daba motivo para creerlo así. No habría vuelto a oír nada sobre mis extravagancias. Yo, sin embargo, no puedo declararme culpable de todo lo que se me reprocha y que he aceptado hasta ahora porque era demasiado orgulloso para responder a ello. Quiero expresarlo libremente: es a su tacañería a la que se deben todas mis dificultades en Charlottesville. El coste mínimo de los estudios alcanzaba los trescientos cincuenta dólares por año. Usted me envió ciento diez dólares, de los cuales pagué inmediatamente cincuenta dólares para la manutención y sesenta por las clases con dos profesores; usted no dejó incluso de hacerme reproches porque no asistía a tres cursos. Había que pagar además quince dólares por el alquiler de la habitación. Todo esto había que pagarlo por adelantado, de los ciento diez dólares. A ello había que añadir doce dólares por la cama y otros doce por el mobiliario. Naturalmente tuve que contraer deudas inmediatamente, en contra de las disposiciones de la institución, y ensegui-

da se me miró como a un pordiosero. Usted se acordará de que una semana después de mi llegada le pedí algo de dinero para dejarlo todo en orden y también para poder comprar libros. Usted respondió con extraordinaria agresividad, como si yo fuera el peor del mundo porque no logré pagar ciento cincuenta dólares con ciento diez. En mi carta le había enviado una relación de los costes (como usted me exigió imperiosamente) que alcanzaba los ciento cuarenta y nueve dólares. Restaban por pagar treinta y nueve dólares. Usted me envió cuarenta y me dejó un solo dólar para mis gastos. De modo que tuve que comprar libros a crédito y así fueron creciendo las deudas, y así caí en la desesperación y empecé a jugar, hasta que ya nada se podía hacer. Para juzgar si debía ser reprendido por todo ello, póngase en mi situación y dígame si no hubiera actuado usted de igual modo que yo.»

Esta carta ha sido comprobada por los investigadores americanos de Poe hasta el último detalle. Todo lo que Poe expone en ella es cierto y corresponde a la verdad; por tanto, aclara —y ahí radica su importancia— cuál era la fuente de su creciente ensombrecimiento durante su año de estudios en Charlottesville; y yendo más allá, ofrece una explicación suficiente de cómo llegó al juego y a la bebida. El experimentado Allan conocía bien las costumbres dominantes y sin duda sabía que los hijos de familias acaudaladas eran enviados a la Universidad de Virginia con dinero abundante. Así pues, él llevó conscientemente a su hijo adoptivo a la penosa y humillante situación de contraer deudas. Para cancelar esas deudas y procurarse cierto respiro económico, el inexperto joven de diecisiete años participó en el juego del póquer y en el *écarté,* con el inevitable y conocido resultado de que se hundió en deudas más grandes. No era la pasión del juego, como a primera vista pudiera parecer; en contra de esta suposición hay que aducir el hecho de que Poe, después de su partida de la universidad, fue encontrado a menudo con la ginebra en la mano, pero nunca jugando a las cartas. A todo esto se puede asociar, como es fácil suponer, un desesperante sentimiento de abandono. Por primera vez en su vida llegó a comprender lo insegura y amenazada que era su existencia de hijo no adoptado, lo insoportablemente dependiente que estaba del insondable humor de un hombre con una forma de ser totalmente distinta de la suya. Frances, en el mejor de los casos, podía consolarle, pero no podía ayudarle, pues según las normas de la época no disponía de ningún dinero propio.

Los dos hombres discutieron en la semana siguiente a la fiesta de Navidad de 1826, y tal como estaban las cosas era

irremediable una catástrofe. John Allan calificó a su hijo adoptivo de calumniador y derrochador, y éste se defendió de los injustos reproches seguramente con más vehemencia y desenfreno de lo que hubiera sido aconsejable, habida cuenta de su precaria situación. Al final, John Allan se negó categóricamente a dejarle volver a Charlottesville y le puso ante la disyuntiva de comportarse en el futuro, sin rechistar, según los deseos de su padre adoptivo o bien abandonar la casa. Las condiciones eran seguramente que Edgar se preparara inmediatamente para un oficio práctico o que ocupara un pequeño puesto en la firma de John Allan; esto no ha podido comprobarse con exactitud. Sólo una noche, la del 18 de marzo de 1827, tuvo Edgar para reflexionar. A la mañana siguiente, durante el desayuno, debió de producirse el último altercado. Sobre ello hay una carta de Poe del 19 de marzo en la que informa:

«Deliberadamente ha destruido usted mis esperanzas porque no compartía su opinión y fui forzado a expresarlo claramente. Acto seguido me di cuenta de que yo ya no significaba nada para usted. Usted me exhortó a abandonar la casa e incesantemente me cubrió de reproches diciéndome que era un ocioso y un haragán; aunque usted tenía en su mano la posibilidad de procurarme un puesto. Anteriormente me lo había prometido así y yo lo había considerado como una trayectoria conveniente para mi vida. Me abrumó con sus reproches y con sus ocurrencias no sólo ante de la familia, sino delante de los negros; ese agravio lo consideré intolerable y por eso me marché.»

Hay todavía otras dos cartas de Poe a John Allan en las que le pide urgentemente su maleta, ropa y algo de dinero para el viaje a Boston. El no tenía ni un céntimo para comprarse algo de comer y debía esconderse de los acreedores y de los representantes de la justicia. Allan, entretanto, permanecía firme duro e inconmovible. Parece que Frances y su hermana Valentine le hicieron llegar en secreto lo más necesario, y bajo el nombre falso de Henri le Rennêt se embarcó enseguida hacia Boston.

# 3. Un poeta en el ejército

La ruptura fue, como luego se vería, definitiva y trazó un corte decisivo en la vida del escritor. Su bella y despreocupada juventud se había acabado. Desde ese momento se sentía expulsado del mundo en el que había crecido, cuya educación había recibido y a cuyo espíritu estaba obligado de por vida. El, que no había aprendido nada práctico, estaba poco preparado para el futuro que le esperaba. Era versado en lenguas clásicas, así como en francés y en italiano; también le eran familiares la literatura inglesa y francesa y poseía vastos conocimientos de historia y geografía, de matemáticas y de otras ciencias naturales. Todo esto suponía poco en la América de entonces, sobre todo si se tiene en cuenta que Poe no poseía ningún certificado acreditati-



Ullstein

*Retrato de Edgar Allan Poe, según un grabado de la época. A partir de la ruptura con su padre adoptivo, la vida fácil y despreocupada de Edgar acabó y comenzó para él una existencia repleta de dificultades.*

vo, ningún diploma, ningún grado académico, en suma. Ocurría además, que tampoco tenía ningún conocimiento práctico de América y las circunstancias en que se veía envuelto le hacían sufrir aún más. A pesar de todas las profundas contradicciones, tanto entonces como ahora, el Norte y el Sur eran totalmente de la misma opinión: un hombre sin dinero es un hombre poco digno de atención.

El escaso dinero que Poe llevó consigo a Boston gracias a la ayuda de su madre adoptiva, enferma por entonces, lo invirtió en seguida en una experiencia que, aunque ciertamente tuvo su importancia, al principio sólo le deparó amargura. Concernía a su primer paso en el terreno de la literatura y acabó duramente con la ilusión de que el mundo sólo esperaba al joven poeta para tributarle el debido reconocimiento. En una pequeña imprenta de Boston hizo imprimir a su propia costa su primer libro de versos, *Tamerlán y otros poemas*, en una edición reducida y sin mencionar su nombre. Estaba compuesto, según aparecía en la portada, por un bostoniano. En ese anonimato se debe ver tanto el miedo fundado ante posibles acreedores como la esperanza infundada de que en Boston se prestaría atención a las poesías de un bostoniano.

El proceso de impresión iba lentamente, con muchas dilaciones e interrupciones. Cuando por fin el pequeño volumen apareció en verano, su autor había encontrado desde hacía semanas el único refugio seguro que se le ofrecía en su situación: se había alistado en el ejército americano como soldado raso bajo el supuesto nombre de Edgar A. Perry y a la supuesta edad de veintidós años. Fue destinado para hacer la instrucción a la Batería H del Primer Regimiento de Artillería. El lugar de la guarnición era el Port Independence, que protegía el puerto de Boston. Se trató, sin duda, de una difícil elección para el joven Poe, aunque quizá no fuera una decisión poco inteligente. En el aspecto puramente físico estaba en condiciones de hacer frente a las exigencias del servicio, y como soldado se venía eximido por lo menos de toda preocupación directa sobre su subsistencia. Como simple «artillero Perry» podía desaparecer en cierta medida, era inalcanzable para todos los que le conocieran o le buscaran. Y sobre todo, allí podía consolarse de la decepción de que su primer libro hubiera encontrado una falta de atención casi total. Nadie lo

*Ilustración de Edmond Dulac para una de las ediciones del poema* Tamerlán, *de Edgar Allan Poe. Biblioteca de Catalunya. Este poema formaba parte del primer libro publicado por Poe.*



comentaba, nadie lo compraba. El librito, cuyo precio al parecer era de doce centavos y medio, es hoy una de las piezas más raras y más buscadas por los anticuarios americanos.

En esta obra temprana es fácil reconocer las influencias que gravitaban sobre el joven Poe. En primera línea estaban los románticos ingleses, con Byron a la cabeza. Todo artista comienza imitando o siguiendo el ejemplo de aquellos a los que admira. Sin embargo, en no menor medida aparecen en estas composiciones de juventud (que según datos del propio Poe habían surgido a los catorce años, y de las que más tarde él mismo rechazaría muchas y otras las reharía) temas, referencias y resonancias que son inconfundibles y permiten reconocer su originalidad. Lo más importante es fundamentalmente la cadenciosa musicalidad de los versos. No se contentaba en ningún momento con el cómodo procedimiento de la rima, sino que aspiraba incluso inconscientemente a imágenes sonoras e ininterrumpidas. Más fuertes que el sentido y el significado de las palabras eran su sonido y su semejanza sonora. Desde muy pronto Poe tuvo la intuición de que generar una emoción es más importante que describirla. En algunos casos, resultaría perceptible incluso en las mejores traducciones de sus poemas posteriores, cuyas dificultades de traducción llegan hasta el extremo de que el encanto lingüístico del original apenas se puede intuir. De esta primera colección es el poema *Espíritus de la muerte:*

*Tu alma estará sola consigo misma*
*en medio de los oscuros pensamientos de una tumba gris.*
*De entre la multitud, nadie vendrá a espiar*
*tu hora más secreta.*

*Guarda silencio en esta soledad*
*que no es tan solitaria, porque ahora*
*los espíritus de la muerte, que estuvieron*
*en la vida antes que tú, están de nuevo*
*rodeando tu muerte, y su poder*
*te eclipsará: ten calma.*

*La noche, aunque clara, entornará sus párpados*
*y las estrellas dejarán de mirar*
*desde sus altos tronos celestiales*
*con luz que es esperanza para el hombre;*
*pero sus rojas órbitas, sin brillo,*
*serán, en tu cansancio,*

*como una quemadura y una fiebre*
*que no han de cesar nunca.*

*Ahora tienes sospechas que no disiparás*
*y visiones que no se desvanecen;*
*quedarán para siempre ya en tu espíritu,*
*como gotas de rocío entre la hierba.*

*Corre aún la brisa —respiración de Dios—*
*y la niebla sobre la colina,*
*oscura —oscura— y todavía cerrada,*
*es símbolo y señal:*
*¡flota sobre los árboles*
*un misterio supremo!*

Totalmente extraño parece el último poema de la primera colección, un soneto con el título *A la ciencia;* está dirigido contra la ciencia, cuya utilización como medio literario será posteriormente uno de los logros más importantes de Poe. En el fuerte Independence de Boston Poe sólo permaneció medio año escaso. Sobre su servicio y su vida apenas se sabe nada. Parece que no mantuvo correspondencia con nadie de su círculo anterior. Algunas vagas insinuaciones sobre lo que había hecho poco antes de su partida de Richmond desembocarían en la leyenda, creída durante mucho tiempo, de que en los años siguientes a esa partida estuvo en París y en San Petersburgo y participó en la guerra de liberación griega. La verdad sólo se conoció bastante después de su muerte y han sido necesarias continuas comprobaciones en los archivos militares hasta que se disiparon todas las dudas.

En octubre o a primeros de noviembre de 1827 la batería de Poe fue trasladada a Fort Moultrie, cerca de Charleston. El fuerte estaba en la isla de Sullivan, situada frente al puerto y llena de colorida y olorosa vegetación subtropical. Entre la isla y la ciudad de Charleston apenas había medios de transporte. El año 1828, durante el que Poe estuvo casi todo el tiempo en la isla, fue, a pesar de lo agobiante de su situación, uno de los más felices de su vida y de los más importantes para su desarrollo interior. El servicio en la armada americana antes de la guerra tenía un corte patriarcal casi entrañable. Pronto se supo en la batería que el artillero Perry procedía de un círculo que no era el habitual entonces entre los soldados. Así pues, al inteligente joven, inclinado a escribir, se le destinó rápidamente a la oficina. Allí se ganó en-



BBC Hulton Picture Library

*Vista de Charleston, con la isla de Sullivan al fondo, señalada por una flecha.*

seguida el favor de oficiales y suboficiales, y fue nombrado con asombrosa rapidez suboficial y pronto incluso *sergeant major* (un grado semejante a brigada): éste era el cargo más elevado que podía alcanzar como suboficial. En la ciudad de Charleston parece que no hizo mucha vida social, en parte para no encontrarse con ningún conocido, en parte porque la ciudad despertaba en él el recuerdo melancólico de su madre, que había actuado allí en muchas ocasiones con gran éxito. Entusiasmado, Poe recorría los alrededores y sus frondosos bosques, y sobre todo la salvaje y solitaria isla.

Esta isla, que por sí misma es verdaderamente insignificante, se hizo célebre en todo el mundo, y especialmente en América, como escenario de la narración *El escarabajo de oro,* que en realidad no fue escrita hasta 1843 en Filadelfia. En ella Poe ofrece la siguiente descripción:

«Esta isla es muy peculiar. Está formada casi por completo por la arena del mar y su longitud es de unas tres millas. Su ancho no excede en ningún punto de un cuarto de milla. La separa de tierra firme un arroyo apenas perceptible, que discurre por un yermo de juncos y barro, punto de reunión favorito de las fojas. La vegetación es naturalmente pobre, o alcanza escasa altura. Arboles, no se ven ni grandes ni pequeños. En su extremo occidental, donde se encuentra el fuerte Moultrie y se levantan algunos edificios miserables que en verano habitan los que huyen del polvo y la fiebre de Charleston, puede descubrirse la presencia del erizado palmito; pero la isla entera, con excepción de la punta oeste y una franja de playa blanca en la costa, está cubierta por una densa maleza de arrayán, planta muy apreciada por los horticultores ingleses. Este arbusto alcanza con frecuencia una altura de quince o veinte pies y forma un soto casi impenetrable, que impregna el aire con su fragancia.»

Otros recuerdos de Charleston y sus alrededores se encuentran en las narraciones *Metzengerstein, El engaño del globo* y *La caja oblonga.* La ya mencionada fiebre, ante la cual algunos habitantes veraniegos de Charleston se ponían a salvo en la isla, era todo menos una ficción. Casi todos los años se producía una epidemia de fiebre amarilla y atacaba tan terriblemente que en ocasiones causaba mil víctimas. El *yellow jack* era entonces, y aún lo sería durante mucho tiempo, especialmente temido. Es casi seguro que tanto la abuela de Poe, Mrs. Arnold, como también Charles Hopkins, el primer marido de su madre, sucumbieron a la fiebre amarilla. Las condiciones de higiene eran aún extraordinariamente lamentables y de la verdadera naturaleza de las enferme-

dades contagiosas todavía no se sabía nada. Sobre una grave epidemia de fiebre amarilla ocurrida en Nueva Orleans en los primeros treinta años del siglo pasado se dice en un informe: «Cuando habían muerto todos en el hospital e incluso los médicos y las enfermeras habían sucumbido a la enfermedad, se quemaron edificios y cadáveres.»

## Ropa de luto y poesías

Un nuevo golpe del destino afectó a Poe el 28 de febrero de 1829, poco después del traslado de su batería de la isla de Sullivan a Fortress Monroe, en Virginia. Frances Allan, su íntimamente querida madre adoptiva, había muerto. Poe fue informado tan tarde que sólo pudo llegar a Richmond al día siguiente del entierro. Pudo ser localizado, pese a su desaparición y al falso nombre de Perry, debido a que, al sentirse ya suficientemente castigado y encontrándose en una situación cada vez más agobiante, había enviado a Allan algunas cartas desesperadas en los meses anteriores. Quizá el triste y enfermizo escocés hubiera preferido no darse por enterado tampoco ahora de las noticias de su antiguo hijo adoptivo. Pero era bien sabido, incluso más allá del estricto círculo familiar, que la moribunda Frances había seguido añorando a Edgar y había implorado a su marido que volviera a recoger en casa al repudiado. De esta forma, el entonces joven de veinte años volvió después de dos años de ausencia a la casa que para él, a pesar de todo, seguía siendo el único hogar que conocía y que tanto había añorado. Naturalmente, faltaba ahora la mujer que había sido su más firme apoyo. Pero el profundo duelo que reinaba en la casa tampoco había dejado insensible el ánimo de Allan y recibió a Edgar, si no cordialmente, sí al menos cortésmente y en cualquier caso con mayor comprensión. Hizo que le confeccionaran ropa de luto, le cedió su antigua habitación en el piso superior y, a petición de Edgar, consintió, no sin reservas, que éste abandonase su actual situación militar para solicitar la admisión en la escuela de oficiales de West Point. Poe juzgaba al viejo correctamente cuando consideró esa conformidad como lo máximo que podía alcanzar de él en tal situación. Y Allan se dejó convencer, ya que de esa manera podía zafarse del asunto sin perder crédito ante la sociedad de Richmond. De la propuesta no sólo le agradó que se tratara de una institución con una estricta disciplina y en la que no existía una vida de estudiante como en Charlottesville, sino quizá aún más

que el incómodo joven tuviera que vivir alejado de Richmond. Con la aceptación escrita de Allan, *el sergeant major* Perry pudo volver a convertirse en Mr. Poe, y el 15 de abril fue despedido con todos los honores y con brillantes certificados para ser admitido en West Point. Este detalle es digno de atención en un hombre como Poe, al que cualquier coacción le resultaba odiosa. Y es aún más digno de atención porque en modo alguno volvería a repetirse un éxito semejante en West Point.

Hasta llegar allí, aún tenía por delante bastante camino. A pesar de las recomendaciones y de las poderosas influencias, Poe tuvo que esperar hasta el otoño del año siguiente a que hubiera una plaza libre para él. Desde Washington, donde se había presentado en el Ministerio de Guerra, se trasladó en primer lugar a Baltimore. Tenía allí muchos parientes a quienes aún no conocía. Baltimore entonces era una de las ciudades intelectualmente más despiertas de América; había bibliotecas y se publicaban numerosos periódicos y revistas. Poe quería llenar su tiempo de espera con la actividad que, como es lógico pensar, más le interesaba. A pesar del poco tiempo libre que sus obligaciones de soldado le dejaban para leer y escribir, había compuesto algunos poemas nuevos, y entre ellos uno más logrado que *Tamerlán*, con el extraño título de *Al Aaraaf*. Según datos del propio Poe, éste era el nombre de una estrella que en su día descubriera Tycho Brahe: en esta estrella sitúa él el purgatorio de los mahometanos, «ese término medio entre cielo e infierno, donde los hombres no sufren castigo alguno, sino que se les dispensa la paz y la felicidad que es la quintaesencia para los creyentes en el paraíso». En este poema todavía se pueden detectar influencias de Byron y Moore, lo que contrasta fuertemente con la poesía de madurez de Poe. A pesar de ello, ya se perciben ciertos progresos. Algunos pasajes suenan inmediatamente como una anticipación de la música seductora de *Las campanas* o de *Ulalume*. Poe se va dando cada vez más cuenta de que debe aplicar conscientemente esta forma musical predominante en sus poemas: se trata de una lograda utilización del encanto lingüístico del sonido y sus combinaciones. Como éste es un elemento esencial en la lírica de Poe y de importancia literaria en la época, merece la pena mencionar al menos el hecho de que en determinadas investigaciones histórico-literarias sobre la musicalidad de Poe se ha hablado de su herencia irlandesa. En nuestra época, es posible encontrar este mismo elemento, si bien más ampliado, en obras como el *Finnegans Wake* de James Joyce. Como poeta que encuentra necesario añadir a su obra, de difícil comprensión, un apéndice con

aclaraciones y explicaciones, Edgar A. Poe es un precursor de T. S. Eliot. En ese «aparato crítico», que consta de veinticuatro puntos, se encuentra en el número veinte una reveladora y poco común observación: «A menudo me ocurría que podía oír claramente la oscuridad cuando venía en secreto por el horizonte.»

Lamentablemente Poe era tan inconsciente como para pedirle a su apenas apaciguado padre adoptivo cien dólares para acometer la impresión de *Al Aaraaf.* El viejo parecía haber estado esperando un motivo semejante para sermonear al reincidente joven breve y duramente. De carta en carta se iba mostrando más perverso y más frío, como si le produjera un verdadero placer que Edgar se viera obligado a mendigar el dinero cada vez con más humildad y sumisión. Durante la mayor parte del tiempo que pasó en Baltimore, Poe vivió en la más amarga necesidad, sostenido en cierta medida sólo por la esperanza de ser llamado a West Point y quizá por otra aún más fuerte: la promesa de una editorial de publicar doscientos cincuenta ejemplares de su nuevo libro de poemas. Si Poe tuvo protectores para ello o si la editorial corrió realmente el riesgo de imprimir la obra de un principiante desconocido, es algo que no ha podido establecerse con seguridad. En todo caso, en diciembre apareció el tomo *Al Aaraaf, Tamerlán y pequeños poemas,* esta vez con el nombre completo de Poe. Del título se desprende inmediatamente que se trata de una recopilación del primer volumen, desaparecido en Boston, con algunos poemas nuevos escritos posteriormente. Entre éstos es especialmente importante *Israfel:* destaca entre las otras composiciones, que en su mayoría reflejan un oscuro estado de ánimo, como un testimonio imperturbable de confianza en sí mismo. Poe parece haberse interesado entonces mucho por el Islam y el Corán. Incluso el nombre Israfel procede de estas fuentes. Israfel es presentado en una nota a pie de página como un ángel cuyo corazón es un laúd y que posee la voz más dulce de todas las criaturas de Dios.

ISRAFEL

*Vive un espíritu en el cielo*
*«cuyo corazón es un laúd»:*
*nadie canta mejor*
*que el ángel Israfel;*
*y dice la leyenda que las estrellas frívolas*
*interrumpen sus himnos y permanecen mudas,*
*prendidas del encanto de su voz.*



*Ilustración de E. Dulac para el poema* Israfel, *de E. A. Poe, incuido en el libro* Las campanas y otros poemas. *Londres, 1922.*

*Suspendida allá arriba*
*en su punto más alto,*
*la enamorada luna*
*se sonroja de amor,*
*y también el relámpago*
*(con las veloces pléyades,*
*que son siete)*
*se detiene a escuchar.*

*Y afirman todos ellos (el coro de los astros*
*y los seres que escuchan)*
*que el fuego de Israfel*
*procede de la lira*
*con la que toca y canta*
*—las cuerdas palpitantes*
*de ese extraño instrumento.*

*Pero el ángel habita allá en los cielos,*
*donde tan sólo existen pensamientos profundos,*
*donde el amor es un dios verdadero*
*y donde las miradas de las huríes tienen*
*toda esa belleza*
*que adoramos nosotros en los astros.*

*Por lo tanto, no estás equivocado,*
*oh ángel Israfel, que desdeñaste*
*un canto sin pasión.*
*¡Tuyos son los laureles, vate excelso,*
*porque eres el más sabio!*
*¡Larga y dichosa vida!*

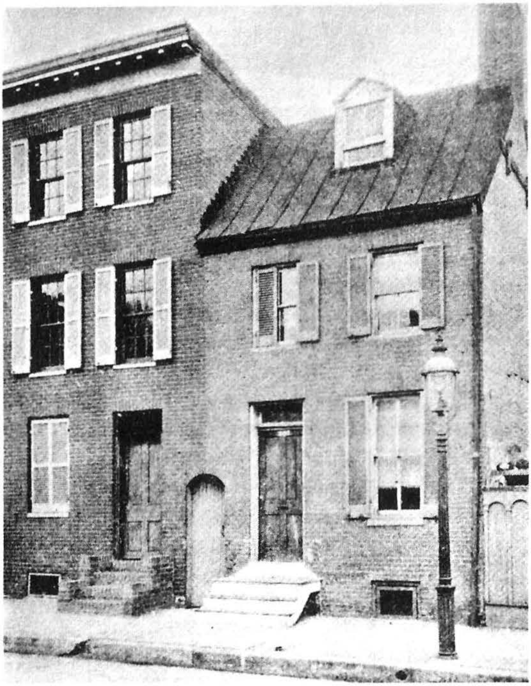
*Allá arriba, los éxtasis*
*encajan con tu ardiente condición*
*—tu alegría, tu pena, tu amor, tu odio,*
*con el fervor de tu laúd—.*
*¡Qué importa que los astros enmudezcan!*

*Sí, el cielo es tuyo, pero éste*
*es un mundo de dulzura y amargor:*
*nuestras flores son... simplemente flores,*
*y la sombra de tu perfecta dicha*
*es nuestro sol.*

*Si yo pudiese vivir*
*donde Israfel*
*ha vivido, y él donde vivo yo,*
*no podría entonar tan armoniosamente*
*una canción mortal,*
*en tanto que una nota más estridente que ésta*
*se elevara desde mi lira al cielo.*

Se comprende que cualquier traducción sólo puede ofrecer un débil y remoto reflejo del original; por eso, Stéphane Mallarmé, uno de los grandes admiradores de Poe en Francia, se ha servido, en su famosa traducción, de la prosa rítmica. *Israfel* fue, por cierto, el título de la voluminosa y entusiasta biografía de Poe escrita más tarde por Hervey Allen.

Esta segunda publicación de su poesía juvenil tuvo, al contrario que la primera, cierto eco. La mayoría de las reseñas tenían, sin embargo, un tono protector; resaltaban más la juventud del autor que el valor de los poemas. Pero Poe recibió animosos escritos y en Baltimore estaba considerado, al menos en los círculos amantes de las letras, como un «autor muy prometedor». Cuando por fin apareció el libro, en diciembre de 1829, Poe llevaba ya algunos meses viviendo en casa de su tía Maria Clemm, que en lo sucesivo y hasta el final de sus días cuidaría de él, adoptando desde entonces el papel de una verdadera madre en la difícil y siempre amenazada existencia del escritor. Sin la fidelidad y la ayuda altruista de esa modesta mujer, Poe hubiera sucumbido mucho antes. Mrs. Clemm era viuda y tenía una hija, Virginia, de siete años, y un hijo, Henry, que trabajaba como peón de albañil. En la casa vivían además la abuela paralítica de Poe, encadenada al sillón, viuda del fallecido (casi sin recursos) «general» Poe, y el hermano mayor de Edgar, Henry, que había estado un par de años en el mar y ahora iba consumiéndose de tuberculosis poco a poco y sin esperanza. Mrs. Maria Clemm cubría las necesidades de esta familia numerosa y llena de preocupaciones con la pequeña pensión de su madre y los pocos dólares que su hijo le entregaba, si es que no se había emborrachado antes. Cualquier centavo era de vital importancia en tales circunstancias y Mrs. Clemm era feliz cuando podía ganar algo de dinero con trabajos esporádicos de costura en casa de sus vecinos. Es comprensible que Edgar aportara los dólares que de mala gana y con suma irregularidad recibía de John Allan, pues se había mudado a esa humilde casita llena de necesidades porque no sabía arreglarse de otra manera. Vivía con su hermano



*La casa de Baltimore, donde vivía Edgar Allan Poe junto con la familia Clemm.*

Pratt Library

enfermo en la pequeña buhardilla; le cuidaba tan bien como podía, dejaba que le contara durante buena parte de la noche sus viajes marinos o trabajaba en sus manuscritos a la luz oscilante de una vela. Es fácil comprender que no dudara ni un momento cuando John Allan le permitió pasar en Richmond el tiempo de espera restante. Seguía manteniendo calladas esperanzas en el sentido de la justicia del hombre al que durante toda su primera juventud había llamado padre; además, añoraba el lujo y la despreocupación, ahora que había conocido sobradamente la necesidad y la miseria. Sin embargo, como puede suponerse, el siniestro escocés no le había hecho volver por afecto. Inmediatamente después de su llegada, en enero de 1830, Edgar se dio cuenta de que el viudo, contra sus costumbres de hombre tacaño y lacónico, colmaba de atenciones y deferencias a su cuñada Valentine, quien seguía llevando la administración de la casa de forma ejemplar. A Valentine, que para Poe era la familiar «tía Nancy», no se le había escapado esto y al parecer habló bastante sinceramente con el favorito de su fallecida hermana. Todo



*Maria Clemm, tía y protectora de Poe, en un daguerrotipo realizado en 1849.*

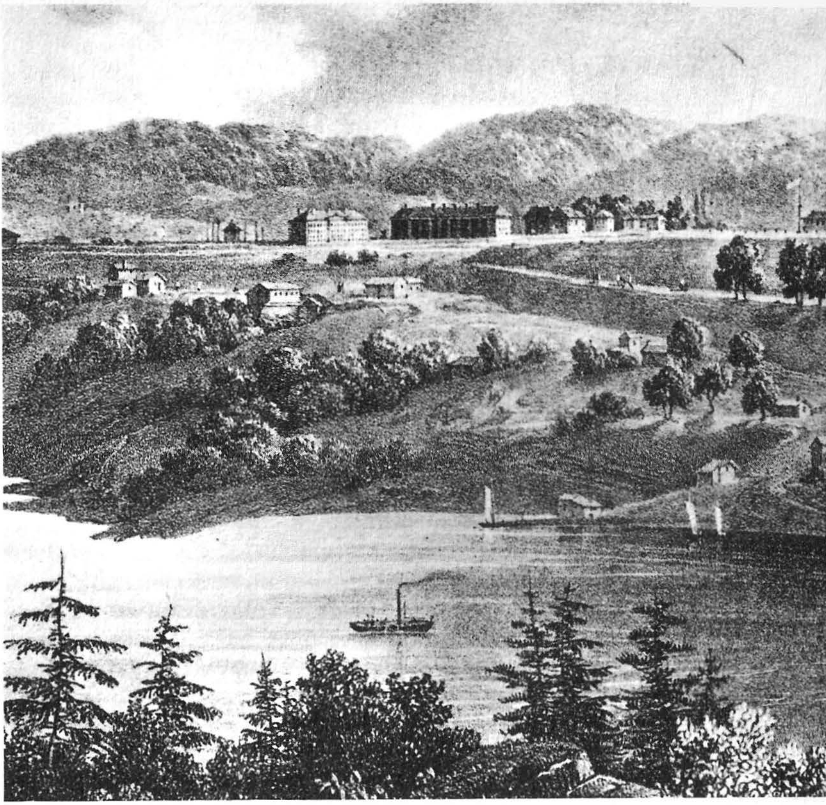
parece indicar que la actitud de Allan no se debía sólo al hecho de que «tía Nancy» había apelado a la conciencia del viejo en favor de Poe, sino que también aquél, mediante esta prueba de benevolencia, quería granjearse una postura favorable. Lo cierto es que no recibió a Poe de manera hostil: su antigua habitación había sido arreglada, los servidores negros, de probada fidelidad, leían cualquier deseo en sus ojos y los sastres se apresuraban a proveerle de elegantes trajes. Frente a la amarga y precaria situación vivida en la casa de Mrs. Clemm en Baltimore, este cambio produjo en Poe una sensación de aturdimiento. Visitaba a antiguos amigos y conocidos, daba largos paseos a caballo por los alrededores y contaba —¿quién se lo iba a tomar a mal?— historias fabulosas sobre sus viajes y vivencias en los años que en realidad había pasado como simple soldado en el ejército. Así, él mismo contribuyó considerablemente a crear la ya mencionada leyenda en torno a su vida, cuya aclaración tanto esfuerzo ha costado a sus biógrafos. Pero un joven caballero de Virginia no podía admitir entonces que pudiera seguir en el ejército otro

camino que la carrera de oficial. En aquella época, tales prejuicios de clase no sólo eran válidos en América, sino en todo el mundo civilizado. Con todo, y aun cuando la carrera de oficial no tenía en América una consideración distinta a la que poseía en el viejo continente, West Point, donde Poe ingresaría pronto, era algo aparte.

Allan, por su parte, se convenció entonces de que no podía achacarse a la dejadez de Edgar el que éste aún no hubiera recibido ningún requerimiento de incorporación. Puso en marcha una vez más sus influyentes relaciones y logró que un senador de Washington interviniera urgentemente ante el Ministerio de Guerra. A finales de marzo o principios de abril, ya estaba todo arreglado y el cadete Poe sólo tenía que someterse a las pruebas de ingreso convocadas para primeros de junio. El hecho de que abandonara Richmond el 12 de mayo y pasara unas semanas en Baltimore, en casa de la familia Clemm, antes de incorporarse a su lugar de destino, se explica nuevamente por un grave altercado —esta vez el último— que tuvo con John Allan en los primeros días de mayo. Acerca del motivo y las circunstancias en que éste se produjo sólo pueden hacerse suposiciones. Decisivo, sin embargo, fue el hecho de que Edgar desaconsejara vehementemente a su tía Nancy el matrimonio con el hombre que le había deparado a su hermana una vida tan frustrante. Ella, después de algunas dudas, le dio a John Allan una clara negativa. Seguramente Edgar también había expresado abiertamente su punto de vista al airado viejo y había asestado con ello un duro golpe en su amor propio al hombre más rico de Virginia, golpe que éste ya no estaba dispuesto a perdonar. Poe también lo había entendido así porque un año después le escribió: «Cuando me despedí de usted en el muelle, sabía que no le volvería a ver». Mrs. Valentine, sin embargo, se quedó en la casa y aún la siguió llevando durante bastante tiempo. Posteriormente, John Allan contrajo de nuevo matrimonio con Miss Louisa Gabriella Patterson, que había accedido a casarse con él sin dudarlo.

## El desesperado cadete de West Point

En junio de 1830, Poe pasó su examen de ingreso en West Point sin dificultades, aguantó dos meses de dura instrucción y en septiembre empezó con la verdadera enseñanza de oficiales. A pesar de las pocas ilusiones que se había hecho y aunque ya había servido dos años como soldado y se había acostumbrado a



*La academia militar de West Point. Detalle de una litografía de Beroy, realizada según un dibujo de Th. Milbert. Public Library, Nueva York.*

la vida militar, se sintió aún más sorprendido de que aquí la disciplina y el servicio fueran tratados con más mezquindad y desprecio que en su antiguo regimiento de artillería. Los cadetes vivían en barracones, tres en cada habitación, en la que como único lujo había una estufa. Continuamente se producían vejatorios controles de habitaciones y taquillas. Era poco menos que imposible no infringir una de las 304 ordenanzas, de las que la número 173 decía: «Ningún cadete debe tener sin permiso novelas, poesía y otros libros que no correspondan al curso»; y otra incluso prohibía el juego del ajedrez. Para decepción suya, a Poe tampoco le fue concedido un periodo de formación más corto en consideración a sus dos años como soldado. El había

esperado, quizá precipitadamente, poder hacer el examen de oficial después de seis meses. La rutina burocrática militar no permitía excepción alguna, y Poe pudo comprobar en seguida que casi no había tiempo libre alguno en un servicio que empezaba al salir el sol y que, interrumpido brevemente sólo por las comidas, duraba hasta las nueve y media de la noche. A las diez se apagaban las luces. La idea de que esta vida aún debía durar cuatro años, sin aligeramiento alguno y sin otra perspectiva que volver a esperar un ascenso durante años en cualquier mísera guarnición como teniente, sin ningún subsidio paterno, le debió sumir aún más en la desesperación, sobre todo cuando después del segundo matrimonio de Allan no podía ya esperar pasar las vacaciones en la casa de su juventud. Tenía veintidós años y no divisaba ni un rayo de esperanza, en un futuro próximo, de volver a alguna actividad creadora si permanecía en la carrera por la que se había decidido a la ligera, sin apasionamiento y fundamentalmente por aplacar a su padre adoptivo. Este no volvió a contestar a las cartas de Poe después de su nuevo matrimonio; tampoco respondió cuando Poe le pidió un razonamiento escrito de por qué le había vuelto la espalda. Entonces Edgar tomó el desesperado camino que parecía por lo menos llevarle a la libertad: originó en poquísimo tiempo suficientes motivos para ser expulsado del ejército de Estados Unidos, el 28 de enero de 1831, por un tribunal militar de la institución, bajo la acusación de «abandono del deber y desobediencia».

El 19 de febrero caminaba por las frías calles de Nueva York sin llevar en el bolsillo más que la pequeña suma que había sido reunida por sus camaradas para un nuevo volumen de poesías. El cadete había deparado mucha diversión a sus compañeros de destino con sus improvisados versos sarcásticos sobre las vejatorias ordenanzas y es bastante presumible que esperaran algo de ese género, cuando lo que les aguardaba era una lírica extraña y difícil. A las dos docenas de suscripciones debió asociarse seguramente la benevolencia de un editor neoyorquino para asegurar la impresión. En abril de 1831 apareció el volumen de 124 páginas *Poemas* de Edgar A. Poe, segunda edición, con la dedicatoria «al cuerpo de cadetes de U.S.». Se trata en su mayor parte de poemas ya publicados, algunos de los cuales, sin embargo, fueron rehechos y considerablemente mejorados, como por ejemplo el poema *A Helen*. De las pocas aportaciones nuevas hay que suponer con cierta seguridad que habían surgido durante el tiempo de espera antes de la entrada en la academia. Entre ellas destaca especialmente *La ciudad del mar*, con su estrofa inicial:

*He aquí que la muerte ha erigido un trono*
*en una extraña ciudad solitaria*
*allá lejos, en el sombrío Oeste,*
*donde el bueno y el malo y el peor y el mejor*
*han encontrado el descanso eterno.*

*Su templos, sus palacios y sus torres*
*(torres intemporales que no tiemblan)*
*en nada se asemejan a los nuestros.*
*Y, como el viento ha olvidado su oficio,*
*las aguas melancólicas de los alrededores*
*permanecen en calma bajo el cielo.*

Mucho después obtendría este poema de difícil simbolismo el título actual: en ese tomo de 1831 se llama *La ciudad maldita* y algo después *La ciudad de los pecados*. Hoy es considerada en el mundo anglosajón como una obra maestra que fue guía para el simbolismo en la poesía del siglo XIX. Sin embargo, lo que hace aún más destacable este tomo es la introducción teórico-artística en forma de carta dirigida a un señor B., inicial que posiblemente se refiera a Mr. Bliss, el editor de la obra. En ella, Poe escribe: «Bajo mi punto de vista, un poema está destinada, en contraposicion a una obra científica, a provocar un estímulo inmediato, no a transmitir la verdad.» Este pensamiento, como otros de ese mismo prólogo, no sólo se encuentra también en Coleridge, sino que está casi tomado de la *Biografía literaria* de éste; pero Poe amplía sustancialmente su significado al considerar que las novelas e incluso los romances están en clara oposición a la pura poesía, que «no provoca una reacción determinada, sino indeterminada, a través estímulos indeterminados, de los que la música es el más esencial».

Poe aborda por primera vez en este prólogo uno de los grandes temas de su vida, quizá incluso el más grande si se consideran las extraordinarias consecuencias que tendría para la literatura universal. El superdotado poeta que ya se había puesto de manifiesto en sus primeros poemas abordó con ello algo así como la otra cara de su ser, la segunda característica dominante de su genio: el frío pensar, teorizar, analizar; o sea, el cálculo lógico. Esto, junto con la fuerza de su fantasía, es lo que hizo a Poe tan inconfundible y único. Como esta primera iluminación de la pasión analítica coincidió justamente con aquellos meses terriblemente desgraciados que pasó en Nueva York, sobre los cuales sólo disponemos de pocas y confusas noticias, se puede intuir que la crisis nerviosa que debió de sufrir inmediatamente después del

abandono de West Point le deparó el primer conocimiento inquietante de sí mismo. Como se sabe por posteriores informaciones de algunos de sus camaradas, había abandonado el cuartel en una situación hipernerviosa y patológicamente excitado, y algunos días después estuvo semiinconsciente y muy enfermo en un oscuro albergue. Tales circunstancias se repetirían más tarde, y de forma más grave. Esta primera crisis conocida no debe considerarse sólo como una reacción humana, comprensible en una naturaleza sensible enfrentada al entrenamiento militar. En ella se anuncian más bien unos factores hereditarios enormemente desequilibrados y funestos, bajo cuyo peso veremos errar a Poe en el oscuro espacio que media entre el genio y la locura. Cómo se combinaron esos factores hereditarios y a partir de qué predisposiciones familiares, seguirán siendo preguntas de muy difícil, por no decir imposible, respuesta, ya que no se sabe casi nada de los padres de Poe.

El padre, David Poe, era indudablemente un bebedor y un hombre sometido a impulsivos cambios de humor; la madre era algo exaltada y poseía un encanto mórbido. Estos datos son, sin duda, insuficientes para aclarar la constitución patológica de Poe. La historia de la familia pone de manifiesto una innegable decadencia biológica. De los tres hijos de la pareja de actores, el mayor, Henry, era un enfermo pulmonar que fanfarroneaba y exageraba continuamente, y murió a los veinticuatro años; la hermana, Rosalie, sufrió a los doce años un trastorno de origen desconocido y siguió siendo desde entonces, hasta su muerte en 1874, un ser infantil, necesitado de cuidados constantes. Sobre Edgar, las investigaciones psiquiátricas y psicoanalíticas han dado resultados tan contradictorios y diferentes, que lo único de lo que no se puede dudar es del hecho de que poseía un espíritu continua y gravemente amenazado. Se sobreentiende que esto no explica ni el genio ni el arte. Pero, según el empalidecido modelo de genio del siglo XIX, Poe y su trágica vida encajan con el prototipo del *poète maudit* de manera seductora. La mayoría de las investigaciones patográficas que sobre él se han hecho siguen esta dirección. Aún hoy resulta indudable que Poe consiguió con el tiempo un conocimiento considerable de la funesta disposición de su espíritu, y en lo posible se esforzó por lograr cierto equilibrio. Así pues, es lícito considerar el empeño crítico-analítico contenido en el prólogo a sus poesías editadas en 1831 como su primer «intento de salvación» en ese sentido.

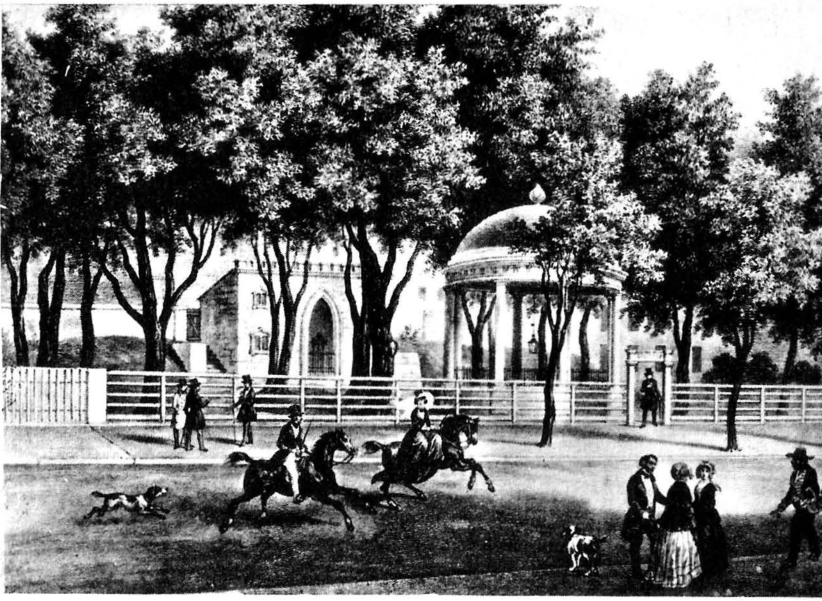
*Daguerrotipo de Edgar Allan Poe, realizado probablemente en Baltimore a principios de 1840.* ▶



Maryland Historical Society

# 4. Los principios del narrador

No se sabe exactamente cuándo regresó Poe de Nueva York a Baltimore. En cualquier caso, la primavera ya había alboreado y, después de la amargura de los pasados meses, tuvo que resultarle agradable que Mrs. Clemm le volviera a acoger con espontánea cordialidad en aquel hogar lleno de preocupaciones. Especialmente contenta estaba la joven Virginia, a la que Edgar volvería a ayudar ahora en los deberes de la escuela. Henry, su hermano, apenas se levantaba de su cama de enfermo; murió de tuberculosis el 1 de agosto de ese año. La pensión honorífica —doscientos cuarenta dólares al año— de la abuela de Poe, paralítica, seguía siendo el principal sostén económico de toda la familia. La descripción de la vida exterior de Poe, sobre todo en su aspecto material, durante los cuatro años y medio que tuvo que pasar en Baltimore apenas aporta algo más que una inconsolable monotonía de pobreza y miseria. A sus escasos amigos y conocidos les debió de resultar difícil comprender al principio por qué este joven, que no parecía apto para ningún oficio ni para ganar dinero, había abandonado West Point, donde, a pesar del duro servicio, por lo menos tenía cubiertas sus necesidades mínimas. Los desesperados años pasados en Baltimore no dejaron de ser, sin embargo, menos importantes para el desarrollo literario de Poe. En primer lugar, fue la estricta necesidad la que le arrastró a la prosa y sobre todo a la narración breve (la denominación *short story* vendría después), pero esto no es óbice para apreciar debidamente el significado de este paso: es incuestionable que Poe fue el primero en reconocer las posibilidades literarias de ese género y el que le dio, por así decirlo, su forma clásica. Seguramente hubiera preferido escribir nuevos poemas, y siempre habrá biógrafos e investigadores de la literatura que consideren un tercio de sus apenas cincuenta poemas como la cumbre de su arte, y por ello lamenten que Poe sólo se dedicara a la poesía al principio y al final de su carrera. A pesar de su escasa producción poética, Poe figura entre los grandes líricos de toda la literatura de



Maryland Historical Society

*Una imagen primaveral de la ciudad de Baltimore, hacia 1848.*

habla inglesa. Su prosa, sin embargo, sus narraciones y sus ensayos le convirtieron en una figura de la literatura universal. La prosa ofrece muchas menos dificultades de traducción que la poesía, y fueron precisamente las narraciones de Poe la parte de su obra que primero se tradujo a las grandes lenguas universales.

A pesar de todo, es asombroso y sigue siendo casi un milagro que Poe encontrara en esos oscuros años fuerza y estímulo para escribir, aunque ésa fuera la vocación de su vida. Él hecho de que tuviera que dirigirse en repetidas ocasiones a John Allan con cartas implorantes e incluso vergonzosamente humillantes es un claro síntoma de su extrema miseria. En diciembre de 1831, involucrado en una deuda que se había originado por la enfermedad y la muerte de su hermano, estuvo incluso a punto de ir a la cárcel.

«Baltimore, 15 de diciembre de 1831. Querido padre: Estoy seguro de que a la vista de mi situación de miseria no me dejará abandonado. ¡Cuántas veces ha ayudado a personas absolutamente extrañas en condiciones que eran mucho menos desesperadas que la mía!

»¿Cómo podría rehusar ayudarme cuando le pido socorro

Balt:
Novr. 18. 1831.

My Dear Pa,

I am in the greatest distress and have no other friend on earth to apply to except yourself if you refuse to help me I know not what I shall do. I was arrested eleven days ago for a debt which I never expected to have to pay, and which was incurred as much on Hy's. account as on my own about two years ago.

I would rather have done any thing on earth than apply to you again after your late kindness — but indeed I have no other resource, and I am in bad health and unable to undergo as much hardships as formerly or I never would have asked you to give me another cent.

If you will only send me this one time $80, by Wednesday next, I will never forget your kindness & generosity. — if you refuse God only knows what I shall do, & all my hopes & prospects are ruined forever — Yours affectionately

E A Poe

I have made every exertion but in vain.

en el nombre de Dios? Sé que he desperdiciado todas sus bondades y que no debo albergar ninguna esperanza de volver a ganarme su aprecio. Pero, por el amor de Cristo, no me precipite en el abismo por una cantidad de dinero que para usted apenas significa nada y que a mí puede salvarme de la más terrible necesidad.»

Al no recibir contestación, escribió de nuevo el día 29 del mismo mes:

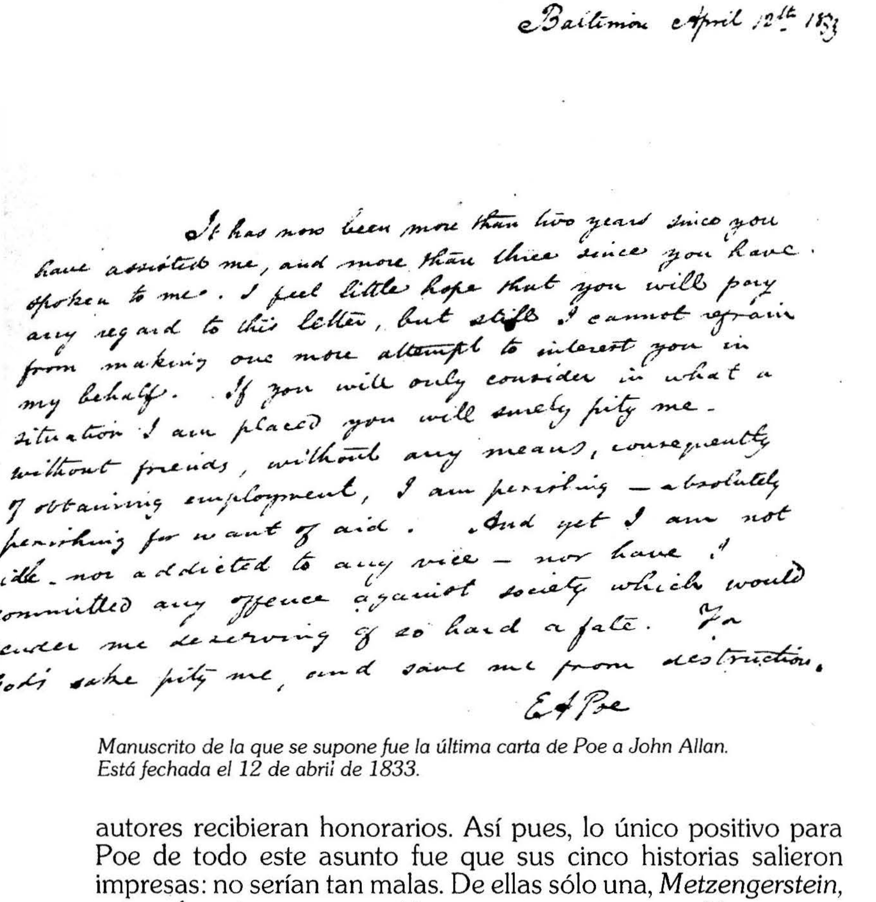
«Sé que no tengo ningún derecho a su magninimidad y que desde hace mucho me hice indigno de su más mínimo aprecio. Pero por todo lo que haya querido alguna vez, por el amor con el que en un tiempo me meció en sus rodillas y por el recuerdo de aquella época en la que yo le llamaba padre, no me lo niegue esta vez. Dios se lo agradecerá.»

Parece que John Allan, aunque no le contestó, le hizo llegar a través de un banco veinte dólares.

La última carta de Poe recibida por John Allan fue escrita el día 12 de abril de 1833 y es igual de quejumbrosa que las anteriores. En esa época el antiguo padre adoptivo era un hombre gravemente enfermo; el año anterior había hecho su testamento, en el que mencionaba a sus hijos naturales, pero no destinaba ni una palabra ni un centavo a su antiguo hijo adoptivo, Edgar, que había vivido dieciséis años en su casa. El testamento de Allan produjo gran sorpresa después de su muerte, en marzo de 1834, en la sociedad de Richmond, pero en el aspecto jurídico era inatacable. Su rica viuda se limitó a rechazar la posibilidad de cualquier diálogo con Poe.

A pesar de todo, la imagen que se obtiene de este asunto a través de las cartas de Poe es sólo la de una de las partes. El seguía incesantemente activo y también tenía éxitos, aunque eran éxitos que no habrían producido la más mínima impresión favorable en John Allan. En la buhardilla que ocupaba él solo desde la muerte de su hermano surgió la primera docena de sus narraciones cortas. Cinco de ellas aparecieron de forma anónima en 1831 en el *Philadelphia Saturday Courier*. Poe las había enviado para un concurso. El premio no lo había recibido precisamente él, sino la autora de una sensiblera novela de amor, pero las condiciones del certamen disponían que también se podrían publicar los trabajos no premiados, aunque, como después se vería, sin que sus

◀ *Carta de Poe, fechada el 18 de noviembre de 1831, pidiendo ayuda a su padre adoptivo, John Allan. Historical Society, Pensilvania.*



Baltimore April 12th 1833

It has now been more than two years since you have assisted me, and more than three since you have spoken to me. I feel little hope that you will pay any regard to this letter, but still I cannot refrain from making one more attempt to interest you in my behalf. If you will only consider in what a situation I am placed you will surely pity me — without friends, without any means, consequently of obtaining employment, I am perishing — absolutely perishing for want of aid. And yet I am not idle — nor addicted to any vice — nor have I committed any offence against society which would render me deserving of so hard a fate. For God's sake pity me, and save me from destruction.

E A Poe

*Manuscrito de la que se supone fue la última carta de Poe a John Allan. Está fechada el 12 de abril de 1833.*

autores recibieran honorarios. Así pues, lo único positivo para Poe de todo este asunto fue que sus cinco historias salieron impresas: no serían tan malas. De ellas sólo una, *Metzengerstein,* era realmente una narración, aunque en comparación con sus posteriores obras maestras se trata más bien de una especie de borrador. En cuanto a las otras, eran historias grotescas llenas de un sarcasmo amargo que Poe durante toda su vida confundió con el humor: la auténtica risa no pertenecía a su mundo.

Más importante fue el resultado de otro premio para la mejor historia creado por el *Baltimore Saturday Visiter* en 1833: en él venció Poe con su narración *Manuscrito hallado en una botella* y obtuvo el extraordinario premio de cincuenta dólares. La expectación fue grande, y traspasó las fronteras de Baltimore cuando al final del otoño apareció la historia premiada en la primera página de la importante publicación. Poe comentó poste-

riormente esta primicia subestimándola: según él, en dicha narración la expresión de «horror» se alcanza por medios demasiado externos y todavía no se ha asentado en las regiones intelectuales. A pesar de ello, la historia es una de las más emocionantes que Poe haya escrito y hoy, con razón, no falta en casi ninguna antología. El escenario es el mar, utilizado aquí en un sentido metafórico que también se da en su más joven contemporáneo Melville. La botella arrojada al mar con un mensaje contiene las descripciones de un viajero que en un choque con un barco gigantesco durante un huracán fue catapultado a su cubierta y pronto descubrió que se encontraba a bordo de un navío holandés errante. Hombres vetustos hacían el servicio sin haberse percatado de la presencia de un extraño. El barco cayó finalmente en una gran corriente y se precipitó en un violento torbellino.

Sin la menor dificultad se reconoce la cercanía de este relato a *Maelstrom* y a *Arthur Gordon Pym*. El más auténtico Poe se nos muestra también en un comienzo autobiográfico: «De mi país y mi familia poco tengo que contar. Malos hábitos y el correr de los años me arrancaron del uno y me alejaron de la otra. La fortuna de mi familia me permitió recibir una educación superior a lo común, y la inclinación contemplativa de mi carácter me facilitó la tarea de ordenar metódicamente todos los conocimientos que había llegado a acumular en mis tempranos estudios. Las obras de los moralistas alemanes, en especial, me proporcionaban un gran placer; y ello no por una equivocada admiración de su elocuente locura, sino por la facilidad con que mis rígidos hábitos mentales me permitían detectar sus falsedades. Con frecuencia se me ha reprochado la aridez de mi talento, y también, como si de un crimen se tratara, mi falta de imaginación; el pirronismo de mis opiniones me hizo siempre célebre. En realidad, temo que mi fuerte inclinación hacia la filosofía natural haya impregnado mi pensamiento de un concepto erróneo muy frecuente en nuestra época: estoy hablando de la costumbre de referir todo hecho, aun el menos indicado para ello, a los principios de dicha disciplina.» El hecho de que en estas historias el narrador sea un heredero tan rico y apesadumbrado y el de que casi todas ellas estén narradas en primera persona permiten concluir que, en el fondo, el poeta no se había conformado con su repudio y su desheredamiento.

Otra importante consecuencia del premio fue que el miembro más destacado del jurado, John Pendelton Kennedy, fijó su atención en Poe. Kennedy no sólo era el más conocido y popular de los escritores, sino un miembro del Congreso y fiscal general;

en suma, una de las personalidades más relevantes de la ciudad. Kennedy perdió a Poe de vista cierto tiempo después de conocerle, pero se acordó enseguida de él cuando supo que el joven escritor intentaba en vano conseguir un puesto de maestro en una escuela municipal. Inmediatamente le invitó a cenar a su casa y se sintió muy impresionado cuando recibió como respuesta la siguiente carta:

«Su amable invitación a cenar hoy me ha llegado al corazón. Por desgracia no puedo ir precisamente debido al lamentable aspecto de mi vestimenta. Puede imaginarse lo doloroso que es para mí hacerle esta aclaración, pero es necesaria. Si usted puede llevar su amistad hasta el extremo de prestarme veinte dólares, le iré a visitar mañana. De otro modo será imposible y tendré que conformarme con mi destino.»

La reacción de Kennedy la describe él mismo en los recuerdos de su vida:

«...Le encontré en Baltimore casi muerto de hambre. Le di ropa, un sitio fijo en mi mesa al mediodía y puse a su disposición



*Retrato de Thomas Willis White, editor del* Southern Literary Messenger, *de Richmond, publicación en la que Poe entró a trabajar como redactor en 1835. Valentine Museum, Richmond.*

un caballo. Logré remediar su lamentable aspecto exterior. Después le conseguí una colaboración en el *Southern Literary* editado en Richmond por Mr. White. Sus habilidades le permitieron conseguir un considerable brillo en esa revista durante todo el tiempo que estuvo en ella.»

Para un caballero de Virginia —y esto es lo que Poe se sintió a lo largo de toda su vida— fue justamente el caballo que Kennedy puso a su disposición una prueba de amistad que él valoró en grado sumo. En Virginia este detalle era propio de la amistad entre personas de la misma categoría.

Los honorarios de Richmond parece que fueron al principio bastante exiguos, pero el editor encontraba cada vez más interesantes los trabajos de Poe —narraciones y reseñas—, al tiempo que comprobaba un creciente interés por parte de los lectores. En junio le propuso al brillante colaborador entrar en la redacción de la revista. Era la primera vez en la vida de Poe que le ofrecían un puesto de trabajo fijo.

«Me pregunta usted si estaría dispuesto a ir a Richmond en caso de que el próximo invierno se presente la ocasión para ello. Yo respondo que lo haría con el mayor gusto. En el pasado había tenido muchas veces el deseo de visitar Richmond y sería feliz si encontrara un motivo razonable para hacerlo. En realidad, incluso me agradaría mucho establecerme en esa ciudad y si usted ve una posibilidad de ofrecerme un puesto adecuado lo aceptaría gustoso, aunque el sueldo fuera pequeño. Le estaré muy agradecido si alcanzo esa meta mediante su empleo.»

Poco después de esto, en el verano de 1835, Poe obtuvo el consentimiento formal del editor, y a primeros de agosto probablemente se encontraba ya en Richmond.

Durante mucho tiempo la leyenda de Poe ha afirmado que, en 1832, el escritor realizó personalmente un último intento para hacer cambiar de opinión a John Allan y que en tal encuentro se produjeron trágicas y penosas escenas. Nada de ello ha podido demostrarse de forma concluyente. Es bastante posible que en ocasiones Poe hubiera jugado con esa idea, pues le resultaba incomprensible la dureza de corazón del riquísimo hombre, pero no parece probable que su situación económica le permitiera realizar un viaje semejante. Debido a que durante esos años intercambiaba cartas con antiguos amigos suyos de Richmond, estaba bien informado de la opinión que se seguía teniendo sobre él en casa de los Allan. Finalmente, Poe no podía prever que John Allan alcanzara sólo los 54 años de edad. De igual modo, una supuesta historia de amor que Poe habría vivido con la joven de

diecisiete años Mary Devereaux, vecina suya, ha sido desmentida después de laboriosas investigaciones. No es incomprensible que el escritor, en su miseria, se diera a la bebida. Más inquietante, sin embargo, resulta el hecho de que no buscara refugio sólo en el alcohol, sino también en el opio. Se trataba de un preparado llamado láudano que entonces se utilizaba frecuentemente para combatir el dolor de muelas y otras dolencias. En aquellos años se podía comprar en cualquier *drugstore*, ya que las leyes contra la droga y el comercio de estupefacientes no se promulgarían hasta medio siglo después. Naturalmente, se desconoce cuándo y cómo descubrió Poe el opio, con el que más tarde llegaría a un intento de suicidio. La prueba de que lo tomaba se deduce tan exactamente del análisis patográfico de sus obras que en este hecho por lo menos hay que inclinarse ante la evidencia. En algunas narraciones que escribió en Baltimore, y en otras posteriores, están descritos con justa y clínica exactitud los efectos del opio y especialmente los sueños que produce. Y si tenemos en cuenta que entonces no había modelos ni investigaciones científicas sobre este asunto, hay que admitir que sólo la propia experiencia de Poe puede explicar que describiera tales vivencias con tanta precisión en *Ligeia* y *Berenice*. Se ha llegado incluso a sospechar que desde entonces hubo en la confusa vida de Poe etapas en las que estaba preponderantemente bajo el influjo unas veces del opio y otras del alcohol. Y se ha dicho también que el opio actuaba sobre él como un estimulante productivo, mientras que el alcohol sólo le provocaba aturdimiento y le sumía en largos periodos de absoluta incapacidad para el trabajo. Todo esto es indemostrable.

Entre las más importantes y significativas vivencias de Poe correspondientes a esta época pasada en Baltimore figuran sus recuerdos de la epidemia de cólera de 1831 y la aparición del cometa Halley en 1833. Una primera descripción de sus estremecedoras impresiones sobre la epidemia aparece en la narración *El Rey Peste,* escrita en dicha ciudad. Pero es en *La máscara de la Muerte Roja,* compuesta después, donde el tema se trata en toda su amplitud simbólica. La aparición del cometa, por el contrario, era una experiencia cósmica, y con otras especulaciones físicas y astronómicas ocupará un lugar significativo en la última gran obra de Poe, *Eureka.*

Por otra parte, entre Baltimore y Ohio se inauguró entonces la primera línea de ferrocarril de Estados Unidos. El estridente silbido de las locomotoras venía a unirse al ulular de los numerosos barcos de vapor. Pero todo el audaz y perplejo empresariado

comercial de la gran ciudad en la que cada año irrumpían miles de inmnigrantes no parecía ofrecerle a Poe ninguna posibilidad ni despertaba en él admiración. Incluso las luchas por la presidencia entre Andrew Jackson y Henry Clay, que mantenían en tensión a toda América, le dejaban indiferente. En aquella época ya se mostraban con cierta claridad las cada vez más profundas contradicciones entre el Norte y el Sur, que algunas décadas después llevarían a la guerra civil. La categórica democracia, con sus mítines electorales y la inevitable propaganda de masas, siempre le pareció a Poe un horror; su opinión al respecto aparece duramente expresada en *Conversaciones con una momia:*

«Hablamos entonces de la belleza e importancia de la democracia, y nos costó mucho hacer entender debidamente al conde las ventajas de que disfrutábamos con un sufragio *ad libitum*, y sin ningún rey.

»Nos escuchó muy interesado, y me dio la impresión de que le divertía muchísimo nuestro relato. Cuando terminamos, nos contó que, mucho tiempo atrás, se había organizado entre ellos algo parecido. Trece provincias egipcias decidieron ser libres y dar juntas un magnífico ejemplo al resto de la humanidad. Reunieron a sus hombres más sabios al objeto de que elaboraran una constitución tan ingeniosa como pudiera concebirse. Durante un tiempo las cosas les fueron bastante bien; lo único malo era su escandalosa tendencia a la fanfarronería. Todo terminó, sin embargo, cuando estas trece provincias iniciales, junto con otras quince o veinte que se les habían agregado, consolidaron el más odioso e insoportable despotismo que jamás se haya visto sobre la superficie de la tierra.

»Pregunté el nombre del tirano usurpador.

»El conde creía recordar que se llamaba *Populacho.*»

Esta posición respecto a la democracia, que también se encuentra en otros lugares de la obra de Poe, se puede explicar en gran medida por los hábitos educativos y la tradición aristocrática de Virginia y otros estados del Sur. Con todo, no deja de resultar sorprendente que Poe permaneciera fiel a este modo de ver la vida después de haber sido expulsado de la casa de su rico padre adoptivo, y con ello también de la mayor parte de los círculos sociales que no eran tan aristocráticos como para considerar incondicionalmente a un pobre diablo con traje raído y zapatos gastados como uno de los suyos. Será en sus últimos años de escritor cuando mostrará cierto resentimiento: en su última narración, *Hop-Frog*, aparece con total claridad, e incluso con un extraordinario dominio artístico. Hasta entonces, Poe se había escudado, a

pesar de todos los golpes que el destino le deparó en la segunda parte de su vida, en un orgullo que, si bien algunos de sus contemporáneos lo interpretaron como una arrogancia insoportable, correspondía a la actitud de un dandi desheredado.

## Virginia en Virginia

El regreso de Poe a Richmond, en agosto de 1835, no fue precisamente una vuelta al hogar, ya que se vio obligado a vagar como un pobre ayudante de redacción miserablemente pagado por las mismas calles donde todo el mundo lo conocía como el hijo repudiado del recientemente fallecido Allan. Buena parte de su sombrío estado de ánimo, que tanto llamó la atención de amigos y conocidos en los primeros meses después de su reingreso, puede explicarse por esa circunstancia. Poco antes de su salida hacia Richmond había muerto su abuela en Baltimore a los 79 años. Esto aumentaba sus preocupaciones, ya que la familia Clemm, tras la desaparición de la pequeña pensión que recibía la abuela, había caído en la más negra de las miserias. Poe, que había vivido muchos años en esa casa sin aportar la mayor parte del tiempo ninguna compensación económica, no podía dejar a Mrs. Clemm y a su hija Virginia al borde del abismo. Y menos aún si se tiene en cuenta que su inclinación por la agradable y afectuosa Virginia era más fuerte de lo que pensaban incluso sus amigos más íntimos. Durante mucho tiempo los biógrafos de Poe estuvieron de acuerdo en que el matrimonio del escritor con su prima Virginia había que atribuirlo más a los deseos de Mrs. Clemm que al amor de Poe, pero una carta conocida posteriormente muestra un lenguaje tan apasionado que apenas cabe duda acerca de los sentimientos del escritor. Tras la muerte de la abuela, un pariente lejano, Neilson Poe, que había estado casado con una hermanastra de Mrs. Clemm, se ofreció para hacerse cargo de la educación y el mantenimiento de Virginia. Cuando Mrs. Clemm se lo comunicó por carta, Edgar A. Poe sufrió un agran conmoción, como se puede comprobar por su respuesta del 29 de agosto:

«Usted sabe que yo amo a Virginia con fervor. Casi no puedo expresar con palabras lo que siento por mi primita, mi único tesoro. Pero, ¿qué debo decir yo? Piense usted por mí, pues yo soy incapaz de pensar. No hago más que darle vueltas a la suposición de que las dos preferirían ir a casa de N. P. ... y eso es más de lo que yo puedo soportar. Sería inútil para mí ocultarle a usted que si Virginia se va a casa de N. P., yo la perdería; eso es absolutamente seguro. Tenga usted compasión, querida tía, com-




*Virginia Clemm, prima de Poe, contrajo matrimonio con el escritor el 16 de mayo de 1836, cuando aún no había cumplido los catorce años.*

pasión. Aquí no puedo confiarme a nadie, vivo entre extraños y sufro más de lo que puedo soportar. Es absurdo esperar un consejo de mí. ¿Qué debería decir yo? ¿Puedo decir sincera y honradamente: Virginia, no te vayas? ¿No vayas allí donde puedes tener lo necesario e incluso ser feliz? Y, por otra parte, ¿podría yo renunciar? ¿Hubiera tenido que declinar la oferta indignado si ella me quisiera realmente? ¡Dios me asista!... He localizado una casita, pequeña y agradable, se ha quedado libre hace poco, con un gran jardín y todo lo demás por sólo cinco dólares al mes. Cada día y cada noche, desde la separación, soñaba con volver a veros: vosotras sois lo único que quiero sobre la tierra. Yo habría estado orgulloso de acomodaros aquí a las dos y llamarla a ella mi mujer. Usted habla de la formación de Virginia y de su presentación en sociedad, lo dice usted textualmente. ¿Está usted segura de que la haría más feliz, de que podría querer a alguien más que a mí? Aquí tendrá muchas más oportunidades de entrar en sociedad que en casa de N. P. Todos me reciben con los brazos abiertos. Adiós, querida tía. Yo no puedo darle ningún consejo. Pregunte a Virginia. Déjela decidir. Ella debe escribirme de su propia mano una carta de despedida, despedida para siempre; preferiría morir y mi corazón se rompe..., pero no diré nada. (Posdata para Virginia:) Mi querida, mi entrañable Sissy, mi querida mujercita, reflexiona bien antes de romperle el corazón a tu primo Eddy...»

Era una carta desesperada, llena de contradicciones, y con una letra muy diferente de la precisa belleza de su escritura normal, como solía ocurrirle a causa del alcohol. Precisamente en las semanas que tan importantes eran para su nuevo puesto, se volvió a encontrar otra vez en un estado de grave crisis nerviosa, como le ocurriera tras el abandono de West Point y —muy probablemente— como también más de una vez le sucedió en Baltimore. Unas dos semanas después escribió a Kennedy, su protector, la siguiente carta:

«Oí decir ayer al doctor Miller que está usted otra vez en casa. Me apresuro, pues, a escribirle, a manifestarle por escrito lo que siempre he temido decirle de palabra: mi más profundo agradecimiento por su ayuda y su amabilidad. Por su intercesión se decidió Mr. White a emplearme como redactor en su revista con un sueldo anual de 520 dólares. Mi situación era favorable, pero desgraciadamente siempre me sucede algo, como si nada pudiera producirme alegría ni me estuviera permitida la menor satisfacción. Mi estado actual es lamentable. Sufro una depresión psíquica como nunca hasta ahora. Inútilmente he intentado luchar contra esta molesta melancolía; créame que me siento completa-

mente desgraciado a pesar de la enorme mejora de mi situación. Mi corazón está abierto para usted; si considera que vale el esfuerzo, lea en él. Me va muy mal y no sé por qué. Proporcióneme su consuelo si puede hacerlo, pero hágalo pronto, si no podría ser demasiado tarde. Escríbame en seguida que merece la pena, que es necesario vivir, y me probará que es verdaderamente amigo mío. No considere como una broma lo que le escribo aquí. Tenga usted compasión de mí; me doy cuenta de que escribo de forma incoherente, pero no quiero ocultarle nada. Usted podrá comprobar que sufro una depresión psíquica que acabará conmigo si persiste durante algún tiempo. Escríbame rápidamente. Empújeme al camino correcto. Sus palabras tendrán para mí más peso que las palabras de otros, pues usted es mi amigo, si es que alguien lo es...»

No siempre era sencillo ser amigo de Poe, y cada vez resultaría más difícil ayudarle, en la medida en que tal cosa fuera posible. Para completar documentalmente la imagen de una de sus típicas depresiones nerviosas, transcribimos una carta que Mr. White, su nuevo empresario, le mandó a finales de septiembre a Baltimore, a donde Poe se había marchado abandonándolo todo:

«Querido Edgar: ¡Si al menos estuviera en mis manos expresarme ante usted con tanta claridad como requieren las circunstancias! Pero no puedo hacerlo y tengo que contentarme con hablarle llanamente, en mi propio estilo. Yo creo que usted ha meditado sinceramente respecto a su promesa. Pero, Edgar, si vuelve a dejarse llevar por esos derroteros, me temo que incumplirá sus buenos propósitos. Entonces tendrá que apurar el vaso hasta las heces. Si confía sólo en sus fuerzas, está perdido. Pídale ayuda a su Creador y estará salvado. Nadie en el mundo, excepto yo mismo, sabe cuánto he lamentado su marcha. Contaba con usted, aún sigo contando y me gustaría hablar de su regreso, si no temiera que pronto volvería a marcharse. Si se decidiera a alquilar una vivienda en un barrio como el nuestro, donde no hay alcohol, aún habría esperanza para usted. Pero si se le ocurre irse a vivir donde haya una taberna o donde se beba, entonces ya no tendrá salvación posible. Hablo por experiencia. Usted tiene tanto talento, Edgar, que está obligado a cuidar de sí mismo. Aprenda a respetarse a sí mismo y pronto comprobará que es respetado. Sepárese para siempre del alcohol y de los borrachos. Dígame si quiere y puede, y con sus buenos propósitos evite cualquier intento. Si quiere volver a Richmond y trabajar de nuevo conmigo, puede hacerlo, pero con la condición de que todas las estipulaciones serán nulas en el momento en que usted se dé a la bebida.

Ningún hombre que beba en el desayuno es digno de confianza; un hombre que empieza así no puede ir a su trabajo como Dios manda.»

Edgar recibió numerosos consejos bienintencionados como éste a lo largo de su vida, y naturalmente tampoco faltaron los buenos propósitos de su parte; incluso en ocasiones llegó a dejar la bebida durante un tiempo asombrosamente largo, hasta que una nueva desesperación conseguía vencerle. El mismo lo expresó claramante más tarde: «Mis enemigos atribuyen la locura a la bebida y no la bebida a la locura.» No se puede llamar borracho a un hombre que apenas aguantaba un vaso y al que el olor del alcohol le daba asco.

A finales del mes de octubre, Poe volvió a Richmond, y con él, Mrs. Clemm y Virginia. Había conseguido convencer a su tía para que uniera su destino y el de su hija al suyo. Desde entonces consideró a su tía como una segunda madre e indudablemente los continuos cuidados de esta caritativa y capacitada mujer fueron una bendición para él. En todas las biografías de Poe aparece la actuación de Mrs. Clemm como una luz clara y transfiguradora, pues aunque no fuera capaz de seguirle intelectualmente, humanamente le comprendió como nadie en su vida. Nunca le hizo reproches, jamás protestó, sino que le cuidó siempre, le apoyó y le consoló incluso en la época en que se veía obligado a pedir por caridad a los vecinos dinero o comida. Es indudable que tuvo que sufrir mucho, pero nunca se quejó ni se lamentó ante nadie. Cuidaba de la limpieza y el orden en la medida de sus fuerzas; se sentaba junto a Edgar cuando éste tenía miedo de estar solo, vigilaba su sueño y sus delirios. Esta llana y humilde mujer de gran corazón ha entrado con justicia en la historia de la vida de Poe como una de las figuras que más contribuyeron a aliviar el destino del artista. Ella tenía ciertamente una doble relación de parentesco con Edgar A. Poe: no sólo seguía siendo su tía, sino que también era su suegra. El 16 de mayo de 1836 el escritor se casó con Virginia, a la que tan apasionadamente había pretendido. En el certificado de matrimonio se hizo constar que Virginia tenía veintiún años cuando en realidad apenas había cumplido los catorce; en cuanto a la edad, por tanto, era prácticamente una niña. No se debe juzgar un matrimonio de estas características con nuestra mentalidad actual. En la mayoría de los estados las parejas se casaban jóvenes, incluso demasiado jóvenes. Las formalidades oficiales eran escasas. La madre del propio Poe tampoco había cumplido quince años cuando se casó por primera vez.

Pero hay que seguir preguntándose por qué Poe deseaba

tanto casarse con esta joven muchacha que, en principio, no podía ser la mujer que él necesitaba (tampoco lo sería después) y que, en definitiva, no parecía la más indicada para convertirse en su compañera espiritual. En conjunto, las relaciones de Poe con las mujeres fueron muy peculiares. Continuamente aspiraba a relacionarse con mujeres bellas y comprensivas, y volvía a interesarse, a veces con penoso ímpetu, por esta o por aquella que a él le parecía que incorporaba todas las ventajas. Casi siempre, sin embargo, cuando la relación estaba a punto de convertirse en una situación estable, sucedía algo, que por otra parte no se puede denominar desgracia ni mala suerte, sino que era, en suma, algo así como una huida semiinconsciente, no tanto de la unión matrimonial en sí como de la convivencia matrimonial. Si este comportamiento escondía algún defecto físico o psíquico es algo que sigue siendo blanco de interminables suposiciones contradictorias. El único dato digno de confianza es el curioso hecho de que en todas sus obras el erotismo no tiene el más mínimo papel. Está ausente en una medida que va más allá de todos los tabúes implantados por los convencionalismos de entonces. Las mujeres de las historias de Poe son casi incorpóreas, seres etéreos de belleza enigmática y casi siempre cercanos a la enfermedad y la muerte.

La infantil Virginia con la que Poe se casó en 1836, su prima *Sissy*, su *child-wife* como él mismo la llamaba, correspondía en ese sentido, excepcionalmente, a todo lo que se sabe de él como hombre. Con ella podía limitarse a su caballeroso papel de protector y, a pesar de ello, gracias a las habilidades domésticas de su tía y suegra, disfrutar de una familia protectora. Además, Virginia satisfacía todas las aspiraciones de belleza que él pudiera buscar en una mujer. Tenía una constitución delicada, un rostro de extraña palidez, grandes ojos enigmáticos y una abundante cabellera negra. Por su belleza había llamado también la atención en el pequeño Richmond. Ella y su marido formaban una pareja atractiva y poco habitual.

## El descubrimiento de la literatura norteamericana

Poe ya estaba protegido contra la soledad y las tentaciones alcohólicas; interiormente se volvió algo más tranquilo y equilibrado, en la medida en que era capaz de ello. Se demostró también que bajo condiciones medianamente soportables era un aplicado y fructífero trabajador. Durante sus dos años de actividad en el




Valentine Museum, Richmond

*Edificio de Richmond en el que se editaba el* Southern Literary Messenger. *La casa fue destruida en 1916.*

*Southern Literary Messenger* escribió personalmente la mayor parte de las colaboraciones de esa revista mensual, dirigió la redacción y la impresión, y mantuvo además una extensa correspondencia. Especialmente sus trabajos críticos y ensayísticos crearon una gran expectativa en Estados Unidos hacia la hasta entonces totalmente insignificante revista y elevaron su tirada de quinientos ejemplares a más de tres mil.

La historia de la literatura norteamericana considera a Poe no sólo el primero de los críticos significativos del país, sino el primero que separó la entonces aún joven literatura norteamericana de la inglesa y señaló los caminos hacia la autonomía y las verdaderas normas críticas. Es significativo que, con pocas excepciones, los autores de los que se ocupó Poe hoy estén casi olvidados. Incluso figuras tan celebradas como Henry W. Longfellow o Washington Irving han tenido que contentarse con lugares modestos. En este periodo, las críticas y recensiones de Poe le procuraron más enemigos que amigos, no sólo entre los afectados, sino también en los círculos literarios que velaban por la fama local y que entonces, como bastante después, ponían más énfasis en las cualidades morales que en las estéticas. Un crítico como Poe, que durante toda su vida insistió en que una obra de arte no podía medirse con otras normas que las artísticas, tuvo que levantar más de un escándalo en un país donde los libros edificantes o moralizantes estaban en primera línea. Poe mantenía, además, extensas polémicas sobre problemas líricos y de teoría del arte. Fue precisamente entonces cuando fijó algunos principios básicos que más tarde, en sus grandes ensayos, abordaría con mayor profundidad y con nuevos argumentos. Las obras de los dos hermanos Schlegel, y sobre todo la de A. W. Schlegel *Lecciones sobre arte dramático y literatura,* fueron traducidas al inglés en parte o al menos en extractos; su influencia sobre Poe es innegable, aunque no siguiera el método propuesto al pie de la letra. Sus conocimientos de alemán eran seguramente demasiado restringidos como para poder leer un libro de ese idioma en el original. Lo que conocía de Goethe, Schiller y E.T.A. Hoffmann se lo debía a las traducciones inglesas.

Su trabajo crítico más extenso publicado en la revista citada, y al mismo tiempo su obra más importante de esos años, es el ensayo *El jugador de ajedrez de Maelzel.* En él desarrolló por primera vez su ingenioso sistema de investigación que después sería la base de sus historias de crímenes. Se trata de una obra en la que el componente lógico-analítico de la polifacética mente de Poe brilla por primera vez en todo su esplendor.

El objetivo de la investigación era el hoy casi olvidado jugador autómata de ajedrez construido por el barón Von Kempelen, quien después se lo había vendido al músico vienés Maelzel para que fuera exhibido públicamente. Este invento había despertado ya mucha expectación en París, San Petersburgo y Londres, cuando en 1827 llegó a América y fue exhibido durante un tiempo en Baltimore. Es discutible si Poe llegó a ver alguna

representación. Seguro es, sin embargo, que posteriormente oyó muchos comentarios sobre el asunto. Había también algunas publicaciones que sospechaban que el autómata era una superchería de Maelzel, aunque no podían ofrecer pruebas válidas de sus sospechas.

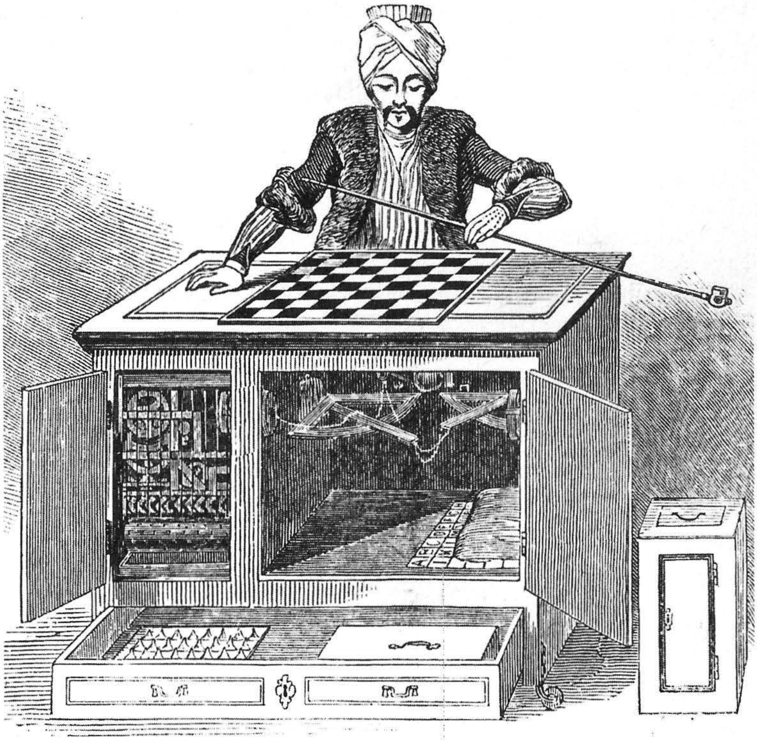
El autómata estaba formado por una gran caja tapada con un paño, tras la cual se sentaba el «jugador de ajedrez», con la apariencia y las ropas de un turco. Todo aquel que deseara jugar con el autómata debía pagar una determinada cantidad, que le era devuelta, aumentada con un premio, si ganaba. Pero casi nunca ocurría que alguien ganara, pues el autómata jugaba extraordinariamente bien; aún hoy se utilizan algunas de sus mejores partidas en las colecciones de competiciones famosas de ajedrez. Cuando le tocaba mover, el autómata hacía algunos movimientos mecánicos con la mano izquierda mientras se oían chirriar las ruedas y traquetear las bisagras. Antes de cada demostración Maelzel se dirigía al público, aseguraba que allí todo eran cosas normales e iluminaba con una vela el interior de la caja; cualquiera podía cerciorarse de que allí sólo había tornos, varillas, engranajes y poleas.

En 1836 Poe reunió los resultados de sus reflexiones y en su ensayo desarrolló los principios según los cuales debería haberse construido una máquina de jugar al ajedrez. ¿Qué diferenciaba una máquina jugadora de ajedrez de un hombre jugador de ajedrez? El juego del ajedrez es matemáticamente comprensible, sus operaciones obedecen a una estricta lógica consecuente. Detrás de cada partida perdida hay un fallo que hubiera sido lógicamente evitable si se pudiera eliminar la fuente de los errores humanos. Si el lugar del hombre imperfecto lo ocupa una máquina sin defectos, entonces el mejor jugador no tendría la más mínima oportunidad...

«Una vez que se ha descubierto el *principio* por el cual la máquina puede *jugar* una partida de ajedrez, una extensión del mismo principio debería permitirle *ganar* una partida, y una extensión posterior capacitarla para *vencer en todas* las partidas.»

Pero el autómata perdía una partida de vez en cuando, bien es verdad que raramente. ¿Muestra, pues, una máquina que gana a menudo, pero que también pierde de vez en cuando, el comportamiento propio de una máquina o más bien el de un hombre jugador de ajedrez, que sólo tiene el «defecto» de ser un hombre?

Poe no se conforma con haber reducido *ad absurdum* al pretendido autómata, sino que añade y combina otras observaciones. El autómata utiliza siempre el brazo izquierdo. Al iluminar la



BBC Hulton Picture Library

*El jugador de ajedrez de Maelzel, el autómata inventado por el barón Von Kempelen que Poe describió y analizó en su ensayo homónimo.*

parte interior de la gran caja que contiene el mecanismo, Maelzel sigue un orden determinado al que sólo se le conocen desviaciones en insignificantes pequeñeces, pero que en principio es rígido. Durante cierto tiempo se ilumina la parte izquierda, la derecha y la del medio, cada vez una sola parte, pero no dos ni las tres a la vez. ¿Qué movimientos tendría que llevar a cabo un hombre que estuviera dentro de la caja y cuánto tiempo necesitaría para permanecer verdaderamente invisible? Y así prosigue su aguda observación en los otros diecisiete puntos que componen el ensayo. En conjunto, forman una cadena cerrada de pruebas: en la máquina hay un hombre escondido en un determinado, aunque también incómodo, lugar, pero capaz de llevar a cabo los movimientos que se supone realiza el autómata. Un romántico se

hubiera conformado seguramente con utilizar el ajedrez automático como un recurso secreto, dejándolo en su realidad aparente, en su totalidad mecánica, como se muestran los autómatas que en las obras de E.T.A. Hoffmann imitan a los hombres. Poe hizo lo contrario. Desencantó al autómata y mostró al mismo tiempo lo fascinante que puede resultar un desencantamiento tal, más exactamente: lo fascinante que hace parecer al desencantador. He aquí un memorable pasaje del citado ensayo:

«Maelzel está interasado en presentarnos al jugador como una simple máquina; no lo declara directamente, pero indirectamente y sin el menor escrúpulo se muestra ansioso por convencernos de ello a través de las acciones del autómata; ahora bien, si el jugador fuera realmente lo que de sus acciones parece deducirse que es, Maelzel estaría encantado de confirmarlo con el testimonio inmediato de su palabra; por tanto, si calla es porque sabe que *no* se trata simplemente de una pura máquina; sus acciones no pueden acusarle de falsedad, pero sus palabras sí.»

Desde aquí ya sólo hay un corto paso al método Dupin para el esclarecimiento de enigmáticos delitos y, más allá, está la teoría artística de Poe que afirma que una poesía o una novela se desarrolla con la estricta lógica de un problema matemático. Según esto, una obra de arte posee algunas ventajas de las que el autómata jugador de ajedrez no dispone; al contrario que Maelzel, Poe no sentía ningún reparo en servirse del testimonio directo de las palabras. Un poema como *El cuervo* no era ningún fraude; su técnica simplemente estaba allí y se podía comprobar estrofa por estrofa, verso a verso, palabra por palabra: así había surgido, se habían efectuado tales y tales operaciones verbales para arribar a una aceptable solución matemática del ejercicio. ¿Quién, en todo el mundo, era capaz de desenmascarar esas palabras como un fraude?

Más adelante veremos cómo las intuiciones esenciales de ese ensayo de Poe fueron maduradas intensamente hasta el final. Este extraordinario artista —pues así hay que calificarle anticipadamente— no sólo analizó los componentes fundamentales de su talento (los lógico-analíticos y los imaginativo-fantásticos) y los desarrolló colocándolos por separado al servicio de su actividad creadora, sino que también consiguió dominarlos juntamente y con su unión creó algunas de sus obras más fascinantes. A partir del ensayo sobre el autómata jugador de ajedrez parece haber comprendido las dos almas que había en su interior. La cooperación y reciprocidad entre ambas constituyeron desde entonces la auténtica originalidad de Poe.

# 5. El poder de la ficción

El editor de Poe en Richmond, White, se encontró seguramente en dificultades financieras a finales de 1836. Dos números de la revista dejaron de publicarse. Alentado por la notoriedad que había adquirido como articulista, Poe se creyó capaz de probar fortuna en una gran ciudad, en uno de los centros de la vida intelectual americana de entonces. Abandonó Richmond en febrero y se marchó con su familia, instalándose inicialmente en Nueva York. En los dieciocho meses que pasó allí, las ilusiones que él había llevado a la ciudad de las ciudades no se cumplieron; la causa principal de ello reside en la gran bancarrota del 6 de abril de ese año, por la que cientos de prestigiosas empresas tuvieron que declarar suspensión de pagos y diez mil ahorradores y pequeños comerciantes quedaron arruinados. Toda la vida comercial del Norte se vio afectada y, al igual que muchos otros periódicos y revistas, también *The New York Review*, que parecía estar dispuesta a aceptar a Poe en la redacción, dejó de aparecer. En esta época se volvió a poner de manifiesto una vez más el espíritu práctico de Mrs. Clemm. Abrió en una pequeña casa de Carmine Street, no lejos de la iglesia de St. John, una pequeña pensión, y con los ingresos de tres o cuatro inquilinos alimentaba mal que bien a su pequeña familia. Uno de esos inquilinos, el librero William Gowans, se hizo amigo de Edgar y le ayudó en lo que pudo. Años después, irritado por la campaña difamatoria levantada contra Poe tras su muerte, escribiría lo siguiente: «Yo querría expresar aquí mi opinión sobre ese superdotado y a la vez desgraciado espíritu. El valor de lo que diga puede ser relativo, pero aunque hable de lo que he visto y oído, mi testimonio es digno de la mayor confianza. Ocho meses o puede que más vivimos juntos en la misma casa y comimos en la misma mesa. En ese tiempo le conocí bien y tuve ocasiones suficientes para hablar con él. Quiero aclarar que no vi en él nada de dipsomanía u otros vicios; que, por el contrario, era una de las personas más corteses, distinguidas e inteligentes que yo jamás haya conocido en mis




*Una vista del barrio de Broadway, en Nueva York, hacia 1840.*

viajes y estancias por medio mundo. Contaba con abundantes razones para ser tanto un hombre respetable como un buen marido, pues tenía una mujer de indescriptible belleza y gracia, sus ojos eran bonitos como los de una hurí y su rostro hubiera exigido un Canova. Poseía el alma más delicada y cuidaba de su marido y de su trabajo como una madre de su primer hijo. En ese tiempo, Poe escribía su más larga obra en prosa, *Na-*



*rración de Arthur Gordon Pym.* De todas sus obras es la que menos éxito tuvo. Aunque fue publicada por la influyente casa Harper & Brothers, que compuso la edición en una semana, no se vendió.»

El mencionado libro, en el que Poe trabajó duramente la mayor parte del tiempo que pasó en Nueva York, podría ser calificado hoy como una sagaz superchería. Lo que hoy, sin embargo, no se puede establecer con seguridad es si dicha superchería correspondía desde el principio al plan del autor. En

Norteamérica e Inglaterra fue aceptado entonces como un informe sobre hechos auténticos y como tal fue comentado. El extraordinario esfuerzo con que Poe ofreció descripciones lo más veraces posibles de peculiaridades y detalles geográficos y marítimos y las numerosas observaciones y notas a pie de página eran, en todo caso, adecuadas para desorientar a lectores y críticos. También el marco en que Poe sitúa el libro indica al menos un intento de superchería. Mr. A. G. Pym, autor ficticio, aclara en ese sentido: «Entre estos caballeros de Virginia que se habían mostrado tan interesados en mi relato, y muy especialmente en la parte referente al océano Antártico, se encontraba Mr. Poe, por aquel entonces director de la *Southern Literary Messenger,* revista mensual de Richmond editada por Mr. Thomas W. White. Fue él quien, con otros amigos, me insistió en que preparara una crónica completa de lo que había visto y sufrido, y la confiara a la sagacidad y al buen sentido del público, añadiendo, muy convencido, que las imperfecciones formalas de mi libro, si las hubiera, no harían sino reforzar la impresión de veracidad del relato.

»Pese a todas estas observaciones, no me decidía yo a llevar a cabo la empresa. Ante mi indecisión, Mr. Poe me propuso entonces que le permitiese escribir un relato de la primera parte de mis aventuras, basado en los hechos que le había referido, y le autorizara a publicarlo en el *Southern Messenger* como si se tratara de una *ficción*. Acepté, con la única condición de que no se hiciera público mi verdadero nombre. Fue así como se publicó en dos números del *Messenger* —los de enero y febrero de 1837— esta pretendida ficción, y para que nadie dudara de que se trataba de un relato imaginario, el nombre de Mr. Poe apareció en el índice de la revista como autor de las dos partes.

»La forma en que fue recibida esta *ruse* me ha decidido al fin a emprender una compilación y publicación regular de las aventuras en cuestión, pues, a pesar del ingenioso tono empleado para imprimir un carácter de ficción a las partes publicadas por el *Messenger* —sin por ello alterar o deformar ni un solo hecho—, el público no pareció inclinado a aceptarlas como una obra de ficción, como lo prueba el hecho de que Mr. Poe recibiera numerosas cartas que expresaban una clara convicción de lo contrario. Esta experiencia demostró que los hechos contenidos en mi narración eran de tal naturaleza que tenían en sí mismos la prueba suficiente de su autenticidad, y que, por tanto, poco debía temer por lo que se refiere a la incredulidad del público.»

Poe ha escrito las primeras historias del género de ciencia-ficción: hoy pasan por las precursoras de esta literatura tan

floreciente en la actualidad. Pero —y esto es importante— no estaban enfocadas así. Realmente Poe se divirtió siempre poniendo a prueba la credibilidad del público americano, que se dejaba engañar con cualquier patraña y ante cualquier noticia o absurda afirmación, por el simple hecho de que estuvieran impresas y tuvieran un aspecto verosímil, bien por la alusión a alguna fuente de información inventada o mediante la referencia a alguna autoridad. A consecuencia de esto, las utopías científicas de sus historias casi siempre están enfocadas desde una perspectiva irónica y sarcástica, pues Edgar A. Poe aborrecía el progreso y afrontaba los tiempos venideros con franco pesimismo. Aunque él indudablemente sea el verdadero inventor del género utópico-científico, sin embargo fue un inventor contra su voluntad. Aquí, en *Gordon Pym,* se deja llevar más allá de todo control de su propia fantasía, se deja fascinar por su propia imaginación. Aunque fue su más grande superchería (el *Diario de Julius Rodman,* del mismo género, publicado en 1840, es mucho menos interesante), es al mismo tiempo la más inconsecuente. El escritor se convierte en fabulador y deja que su pluma vierta en el libro casi todo lo que de niño había oído en casa de su padre adoptivo a los capitanes y hombres de negocios que volvían de viaje, verdades e historias fantásticas de marineros, sobre los demonios del mar (como ya aparecen en el *Manuscrito hallado en una botella),* informes de piratas y amotinamientos, de tormentas y catástrofes, mundos extraños, islas perdidas y gestas erizadas de peligros. No olvidemos, finalmente, que él mismo había hecho grandes viajes por mar y que era un magnífico deportista de vela.

Que el libro aún hoy siga siendo no sólo legible sino también arrebatador y emocionante, sólo puede atribuirse a su valor literario y a la imaginativa fantasía que acaba por convertirlo en una extraordinaria narración. La opinión pública americana se ocupaba entonces de los informes de la expedición de J. N. Reynolds al Antártico. (Es bastante probable que Poe conociera incluso personalmente al citado Reynolds y le hubiera admirado: en las fantasías febriles que padeció poco antes de su muerte pronunció varias vaces ese nombre.) Poe hace que Gordon Pym escape de su casa y le deja caer, como polizón, en todos los desmanes de un amotinamiento y los terrores de un naufragio, para enviarle después a la exótica región del Antártico. El barco y sus pasajeros se convierten en botín de salvajes indígenas. Gordon Pym se salva con un compañero y ambos se van a las montañas. Tras horribles privaciones, consiguen descender, llevan a cabo una última lucha con los aborígenes y se hacen a la

mar en un bote. Muy pronto son atrapados por una fuerte corriente que les arrastra hacia el sur, cada vez más rápido, a zonas oscuras, cálidas y ocultas por la niebla. También el agua se va haciendo cada vez más lechosa y caliente. Las tres últimas anotaciones del diario dicen:

«*9 de marzo.* — La sustancia cenicienta caía ahora sin interrupción sobre nosotros en grandes cantidades. La barrera de vapores se alzaba como un prodigio al sur, a lo largo del horizonte, y comenzaba a cobrar poco a poco una forma precisa. Sólo se me ocurre compararla con una catarata sin límites, que caía silenciosamente sobre el mar desde algún inmenso y lejanísimo acantilado del cielo. En una gigantesca cortina que cubría por entero el horizonte sur. No producía ningún ruido.

»*21 de marzo.* — Una lóbrega oscuridad se cernía sobre nosotros, pero por la borda de la canoa subía una luminosidad lechosa que brotaba de las profundidades del océano. Nos encontrábamos ahora casi cubiertos por la lluvia blanca y cenicienta que se depositaba sobre nosotros y la canoa, pero que en contacto con el agua se disolvía. La cumbre de la catarata se perdía por completo en la oscuridad y la distancia, y, sin embargo, notábamos que nos estábamos acercando a ella a una terrible velocidad. A intervalos se hacían visibles como desgarrones enormes, instantáneos, y de aquellas aberturas, en cuyo interior se advertía un caos de imágenes furtivas e imprecisas, brotaban vientos huracanados, pero silenciosos, que agitaban en su curso el embravecido mar.

»*22 de marzo.* — La oscuridad había aumentado, y ahora tan sólo la aliviaba aquel extraño resplandor del agua que nacía de la blanca cortina desplegada frente a nosotros. Gran cantidad de pájaros gigantescos, de fantasmal blancura, volaban continuamente sobre nosotros procedentes de aquel velo blanco, y mientras se perdían de vista, lanzaban su eterno "¡Tekeli-li!". Un estremecimiento recorrió entonces a Nu-Nu, tendido en el fondo de la canoa; al tocarle descubrimos que su espíritu le había abandonado. De improviso nos vimos precipitados en el abrazo de la catarata, al tiempo que se abría en su seno un abismo dispuesto a recibirnos. Pero en aquel momento surgió a nuestro paso una figura humana velada, cuyas proporciones eran mucho más grandes que las de cualquier habitante de la tierra. Y la piel de aquella figura tenía la perfecta blancura de la nieve.»

Aquí se interrumpe la narración. El libro queda inacabado, tal vez porque alguna inhibición secreta ha impedido al autor escribirlo hasta el final. Pero justamente este final abrupto, en su fantasía cosmogónica y con su lenguaje embriagante, correspon-



*Ilustración de Pierre Falke para la edición de* Narración de Arthur Gordon Pym, *de Poe, publicada en 1921. Biblioteca Nacional, París.*

de a lo más grandioso que Poe haya escrito nunca; es un verdadero torrente de imágenes y visiones, del que el escritor seguramente sólo se pudo salvar al precio de interrumpir la narración. Añadió un epílogo seudocientífico en el que se informaba de la muerte de Mr. Pym, lamentando al mismo tiempo la falta de dos o tres capítulos finales:

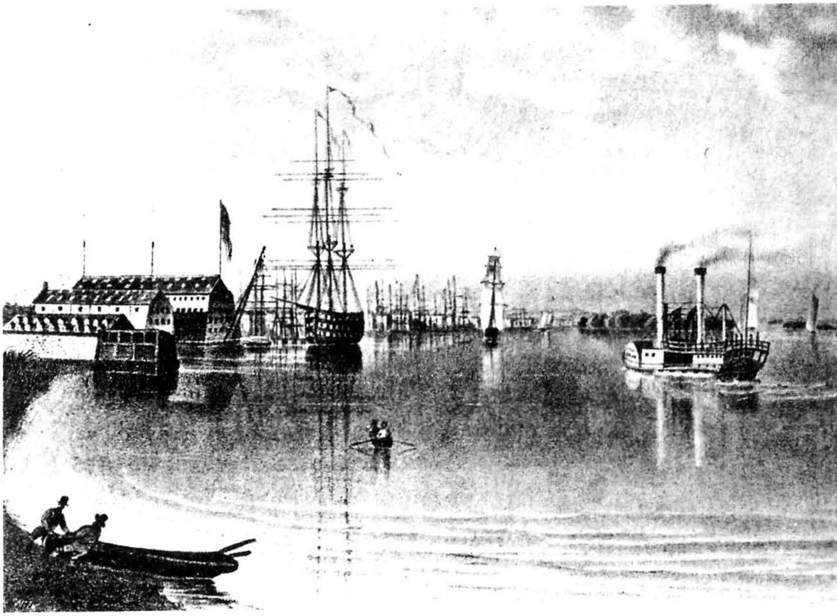
«Se ha intentado por todos los medios, aunque en vano, cubrir esta laguna. El caballero cuyo nombre se menciona en el prefacio, y que según allí mismo se indica podría estar en condiciones de completar lo que falta, se ha negado a hacerlo; no carece para ello de razones de peso, como son la inexactitud general de los detalles que le fueron proporcionados y la circunstancia de que no cree en la verdad de la última parte de la narración.»

El «caballero del prólogo» no era, naturalmente, otro que el mismo Poe. Cuando el libro, tras algunas vacilaciones, apareció en julio de 1838, Poe acababa de abandonar Nueva York, sumido aún en sus dificultades económicas, y se había trasladado con su familia a Filadelfia.

## Escándalos y éxitos

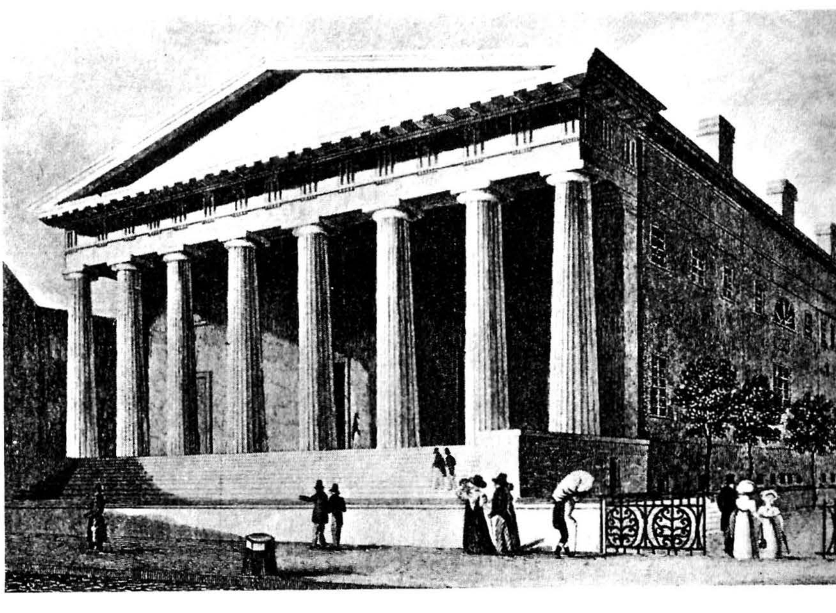
Filadelfia era entonces, con sus 220.000 habitantes, la segunda ciudad de la Unión y, justamente por ello, aunque aún permanecía bajo la influencia de los cuáqueros, había conseguido limitarla a una medida que dejaba un espacio para la libertad personal semejante al de otras grandes ciudades. Seguía siendo, sin embargo, una ciudad sin vida nocturna, en la que las actividades se interrumpían lo más tarde a las diez de la noche, y el domingo se cerraban las calles de los alrededores de las numerosas iglesias para no causar molestias a las celebraciones religiosas. Pero el bienestar general era innegable y la gran quiebra económica producida bajo la presidencia de Jackson no había tenido consecuencias tan desoladoras como en otras partes. En Filadelfia había algunas editoriales que disponían de imprentas decididas a funcionar rentablemente y muchas revistas con un considerable número de lectores, aunque de un nivel medio. Poe conocía la ciudad por visitas anteriores y tenía también allí un pequeño círculo de personas amigas.

Durante sus años de redactor en Richmond, y aún más en Nueva York, se había fijado en su pensamiento la idea de que sus expectativas y deseos sólo podrían realizarse en una revista en la que él pudiera actuar a su antojo. En consecuencia, lo mejor sería fundar una nueva publicación bajo su total responsabilidad. Para ello le faltaba el capital o por lo menos un editor amante del riesgo. Pero parece que en el primer año que pasó en Filadelfia decidió de forma consciente soportar una situación de necesidad material a cambio de no tener que atarse demasiado apresuradamente a un editor. Al no poder vivir de las pocas posibilidades de



*Sede del Banco de Estados Unidos en Filadelfia, hacia 1839.*

*Una vista del puerto de Filadelfia. Historical Society, Pensilvania.*



publicación, se vio envuelto en una de las más dudosas empresas de su vida: un asunto de plagio que le aportó pocas ganancias, muchos disgustos y numerosas calumnias. Se trataba de un libro para uso escolar sobre conquiología, sobre moluscos y crustáceos, en el que utilizó aportaciones de distintos autores relativas al tema, sólo un poco cambiadas y recortadas, uniformemente redactadas y publicadas bajo su nombre. Hoy día no es fácil entender una empresa tan discutible, y mucho menos defenderla. Pero Poe vivía en una época en la que todavía estaba lejos la protección de la propiedad intelectual y el reconocimiento de los derechos de autor. Su delito consiste sólo en que aportó su nombre y fue pagado por ese nombre, que era bastante conocido en Filadelfia y en otras ciudades, aunque no precisamente por sus conocimientos de zoología. Entre miles de casos similares, que han sido olvidados, se destaca éste como curioso porque va unido al nombre de un gran escritor.

Que era un gran escritor lo había demostrado hacía poco tiempo con la primera edición de su narración *Ligeia*. Había aparecido en septiembre, pero no en Filadelfia sino en el *American Museum* de su amigo el doctor J. E. Snodgrass, en Baltimore. Encontraremos a este doctor Snodgrass nuevamente en las horas oscuras de Poe. Por muy raro que parezca, Poe prefería vender su nombre para una empresa dudosa que colaborar en las mediocres revistas de Filadelfia, lo cual, por otra parte, es perfectamente comprensible si se tiene en cuenta que por una obra tan sobresaliente como *Ligeia* cobró diez dólares. En la América de entonces era prácticamente imposible ganarse la vida como escritor independiente; para poder estar en activo literariamente había que ser o bien redactor contratado o tener otra ocupación fija, ya fuera la de funcionario de correos, como Whitman, la de funcionario de aduanas, como Melville, o la de profesor de universidad, como Longfellow; naturalmente, eso si no se pertenecía a una familia acomodada o incluso rica, como Cooper o Irving (y como hubiera sido el caso de Poe, de cumplirse sus esperanzas de heredar a John Allan). *Ligeia,* cuya primera concepción corresponde a sus primeros años en Baltimore, es también la historia que Poe consideró como la mejor entre las suyas hasta el final de su vida. Hay que concederle por lo menos que el tema es más importante que los de buena parte del resto de su obra. No se trata sólo del asunto romántico de la interacción entre amor, belleza y muerte. Poe lo prolongó hasta ofrecer una visión de la fuerza del amor vencedora de la muerte. Después del fallecimiento de su inolvidable esposa Ligeia, el narrador se casa con lady

Rowena, aunque, lejos de amarla, la detesta. Después de la boda, Rowena se consume rápidamente a causa de una enfermedad misteriosa, mientras que su marido vive totalmente bajo la influencia de las fantasías producidas por el opio. En una ocasión en que lleva a su esposa un vaso de vino, «vi o tal vez soñé que veía caer dentro del vaso, como surgidas de un surtidor invisible en la atmósfera del aposento, tres o cuatro grandes gotas de un líquido brillante, del color del rubí». Todos los movimientos y manifestaciones de la moribunda daban a entender una lucha secreta con un ser invisible, precisamente con el espíritu de Ligeia que el opiómano conjuraba con apasionada nostalgia. En la cuarta noche, el narrador estaba ya de velatorio junto al cadáver. Pero entonces la muerta pareció despertar repentinamente... «¿Podía ser, realmente, Rowena vuelta a la vida la figura que tenía delante? ¿Podía ser realmente Rowena, lady Rowena Trevanion de Tremaine, la de los cabellos rubios y los ojos azules? ¿Por qué, *por qué* lo dudaba? El vendaje le deformaba la boca, pero ¿podía no ser, acaso, la boca de lady de Tremaine? Y las mejillas, adornadas con rosas como en la plenitud de su vida... Sí, podían ser en verdad las hermosas mejillas de lady Tremaine vuelta a la vida. Y el mentón, con sus hoyuelos, como cuando estaba sana, ¿podía, acaso, no ser el suyo? *Pero entonces, ¿es que había crecido durante su enfermedad?* ¿Qué inefable locura se apoderó de mí al pensarlo? De un salto llegué a sus pies. Estremeciéndose a mi contacto, dejó caer las horribles vendas que envolvían su cabeza, y entonces, en la atmósfera tensa del aposento, cayó una enorme masa de cabellos desordenados: *¡eran más negros que las alas de cuervo de la medianoche!* Y lentamente se abrieron *los ojos* de la figura que estaba ante mí. "¡En esto al menos —grité—, nunca, nunca podré equivocarme! ¡Estos son los grandes ojos, los ojos negros, los extraños ojos de mi perdido amor, los de lady... los de LADY LIGEIA!"»

Con esta narración Poe supera todos los modelos corrientes de historias románticas de espíritus y sueños. Un miedo y una nostalgia primitivos susurran juntos en un oscilante y simbólico sueño de opio. Aunque determinados efectos de esa droga estén tan exactamente descritos (y sólo podían ser descritos así porque se basaban en la experiencia), Poe los ha utilizado sólo como medio artístico y con un calculado efecto de gradación. En esa historia incluyó más tarde otro poema, *El gusano vencedor*, que es una de las más tenebrosas y amargas composiciones de su lírica. El desesperado cantor eleva sus estrofas paradójicamente contra la prometedora magia de la historia misma.

En junio de 1839 Edgar A. Poe entra como redactor y editor colaborador en el entonces relativamente floreciente *Gentleman's Magazine*, del antiguo director de teatro y comediógrafo William E. Burton. Gana un sueldo semanal de diez dólares y se compromete a trabajar como mínimo dos horas diarias en la redacción. Seguramente conoció a Burton en el Falstaff Hotel, que entonces era en Filadelfia el punto de reunión de escritores, artistas y actores. Poe se sentía especialmente bien. En esa tertulia hizo amistad con el pintor Thomas Sully, cuyo sobrino había sido compañero de escuela de Poe en Richmond, y con John Sartain, que entonces era también pintor y más tarde sería editor.

El motivo principal por el que Poe tuvo que aceptar esa situación no independiente y sólo medianamente bien pagada fue el precario estado de salud de su joven esposa. Virginia sufría probablemente los primeros síntomas de tuberculosis, pero al principio sólo consistían en desvanecimientos, ligero cansancio y frecuentes catarros. Nadie se atrevía entonces a explicar correctamente tales síntomas; se pensaba en anemia o cosas parecidas, y se estimaba necesaria, lo que en ningún caso era incorrecto, una mejor alimentación. Poe se esforzó al máximo —y esto es demostrable— por embellecer y hacer más fácil la vida de su mujer, aunque esto le impusiera a él privaciones adicionales.

Cuando empezó a conocer mejor al algo vanidoso y no especialmente culto Burton, quizá se arrepintió de su decisión. Burton estaba ausente a menudo durante semanas y Poe le tenía que sustituir personal y comercialmente, y llevar el peso total de la redacción y la editorial; se comprende que aquello no requería sólo las dos horas acordadas, sino de seis a ocho horas diarias. Resulta incomprensible que no recibiera por ello sueldo suplementario alguno. Al parecer, lo único que Mr. Burton pagaba especialmente eran los grandes trabajos. Los múltiples pequeños trabajos de Poe, las recensiones de libros o alguna serie de artículos cortos bajo el encabezamiento «Del arte y la ciencia» pertenecían, por el contrario, a la actividad rutinaria. Sin embargo, esta serie era una de las secciones más celebradas de la revista. Poe informaba allí sobre viajes en globo, nuevas máquinas de vapor, los progresos de la daguerrotipia y otras muchas investigaciones y descubrimientos científicos. El valioso sedimento de esa preocupación por el «progreso» lo encontramos en algunas de sus narraciones e historietas grotescas.

Un grandioso regalo para Burton y su revista fue la primera publicación de la narración *La caída de la casa Usher*. Aún con más fuerza que en *Ligeia*, consiguió Poe la unidad de atmósfera y

BURTON'S

# GENTLEMAN'S MAGAZINE.

EDITED BY

WILLIAM E. BURTON AND EDGAR A. POE.

VOLUME V.

FROM JULY TO DECEMBER.





By a gentleman, we mean not to draw a line that would be invidious between high and low, rank and subordination, riches and poverty. No. *The distinction is in the mind.* Whoever is open, just, and true; whoever is of a humane and affable demeanor; whoever is honorable in himself, and in his judgment of others, and requires no law but his word to make him fulfil an engagement;—such a man is *a gentleman*;—and such a man may be found among the tillers of the earth as well as in the drawing rooms of the high born and the rich.

DE VERE.

PHILADELPHIA.

PUBLISHED BY WILLIAM E. BURTON,

DOCK STREET, OPPOSITE THE EXCHANGE.

1839.

*Portada de uno de los números de* Gentleman's Magazine, *correspondiente a 1839, revista en la que Poe trabajó como redactor y editor colaborador. En ella publicó algunas de sus mejores obras como* La caída de la casa Usher *y* El hombre que se gastó.

acción, y por primera vez abordó también el tema del miedo torturante, del miedo ante extravíos y locuras. De esa clase de miedo tenía Poe ciertamente experiencias personales y lo podía describir con total autenticidad. También aquí se narra en estilo directo, pero el yo narrador es en cierta medida sólo una caja de resonancia para la acción inquietante, excitante y torturadora del amigo del narrador, Roderick Usher, que desde hacía mucho tiempo se encontraba en las sombras de la demencia. El problema de la identidad está aquí desdoblado en Roderick y su hermana gemela Madeline, la cual sale de la cripta en la que había sido sepultada aparentemente muerta, y con un solo grito y un gesto provoca la muerte de su hermano loco. Con una habilidad impresionante, Poe sincroniza el lento acercamiento y la aparición de la hermana con la lectura en voz alta de una antigua leyenda de caballeros que tiene una extraña correspondencia con el hecho actual. Esto origina una sensación de eco, un *crescendo* de efectos que confluyen en el famoso final, donde el título de la historia se convierte en una única y lívida visión del hundimiento:

«Huí aterrado de aquel aposento, de aquella mansión. La tormenta seguía con furia cuando me encontré cruzando la vieja avenida. De pronto cayó sobre el sendero una luz extraña y me volví para ver de dónde podía venir un fulgor tan insólito, pues a mis espaldas tan sólo estaban la enorme casa y sus sombras. El resplandor venía de la luna llena, roja como la sangre, que brillaba ahora a través de aquella grieta casi imperceptible que al principio descubrí y que corría zigzagueante desde el tejado a la base del edificio. Mientras la contemplaba, la grieta se ensanchó rápidamente, un golpe furioso de viento pasó a su través y el disco del satélite irrumpió de pronto, completo, ante mis ojos; mi ánimo vaciló al ver desmoronarse los poderosos muros; hubo un prolongado y tumultuoso estruendo como la voz de mil torrentes, y a mis pies el profundo y corrompido estanque se cerró sombrío, silencioso, sobre los restos de la casa Usher.»

## «Ese terror no viene de Alemania»

Los aspectos románticos en esta o aquella historia de Poe realmente son sólo accesorios, adornos metafóricos que corresponden a la utilización de un vocabulario sentimental, tal como el escritor lo había heredado de los románticos ingleses. En realidad, con *La caída de la casa Usher* se estaba anticipando al simbolismo. No es nada extraño que tres cuartos de siglo más tarde

Maeterlinck se aferrara ansiosamente a ese género. Ni es menos superficial que tales historias se designaran como *psycho-thrillers*. Poe mismo se dio cuenta de ello. Cuando se le hizo el reproche de que su preferencia por lo terrorífico e inquietante remitía a modelos alemanes, explicó:

«Esa acusación atestigua mal gusto y las bases sobre las que descansa evidentemente han sido investigadas con mucha imprecisión. Supongamos en primer lugar, por una vez, que esas piezas de fantasía sean alemanas o lo que se quiera. Habría que añadir que es el momento actual el que inclina a tal preferencia por lo alemán. Mañana no seré otra cosa que alemán, de la misma forma que ayer era todo lo contrario. Mis amigos podrían culpar con el mismo derecho a un astrónomo de que se ocupara demasiado de la astronomía, o a un escritor de ética que tratara prolijamente la moral. La verdad es que, con algunas excepciones, los eruditos no han podido encontrar en ninguna de esas historias los signos de ese tipo de seudohorror que calificamos de alemán porque nos hemos acostumbrado a identificar con esa extravagancia a algunos autores de segundo orden de la literatura alemana. Si en muchas de mis creaciones el tema principal es el miedo, yo afirmo que ese terror no viene de Alemania sino del alma, que yo he sacado ese terror de fuente legítima y lo he llevado después hasta su legítimo resultado.»

En *Gentleman's Magazine* publicó Poe también una de sus mejores farsas: *El hombre que se gastó.* En él narra la visita a un viejo general de cuyo cuerpo sólo han quedado algunos rudimentos después de una vida pródiga en luchas. Precisamente, cuando el narrador le visita el antiguo general está arreglándose y su sirviente negro le va colocando, uno tras otro, su pierna y su brazo artificiales, los huesos del pecho y la espalda también artificiales, la peluca, los ojos postizos, la dentadura e incluso una lengua artificial.

La narración *William Wilson* (con el tema del desdoblamiento de la personalidad) apareció también en esta revista. Se trataba de una segunda impresión, pues Poe la había vendido primeramente, como muchas de sus mejores historias, al almanaque *Gift*, cuya editora, Miss Leslie, era una de sus admiradoras y pagaba honorarios considerablemente más elevados que *Gentleman's*. Estos almanaques, que aparecían normalmente por Navidad en la mayoría de las ciudades americanas, desempeñaban entonces en América un papel más importante que en el continente europeo; su gran difusión llevaba los nombres de los autores a todo el país, y precisamente de los autores de narraciones cortas, a

quienes de otro modo les resultaba muy difícil superar los reducidos límites de las revistas para las que escribían.

En este sentido, nada demuestra mejor la consideración alcanzada por Poe en esa época que el hecho de que la apreciada editorial Lea & Blanchard de Filadelfia decidiera publicar toda su obra en prosa en una edición de dos tomos, con el título *Tales of the Grotesque and Arabesque.* En la primera página figuraba una cita de Goethe; estaba torpemente citado y demostraba los escasos conocimientos de alemán de Poe: *A la extraña hija de Júpiter / a su niña mimada / a la fantasía.* La edición comprendía 1.750 ejemplares, los dos tomos contaban en total con 400 páginas y contenían veinticinco historias y un prólogo. Tales ediciones eran raras entonces, y la mayoría de las veces pagaba la impresión el autor mismo. Hay que adelantar, sin embargo, que el riesgo editorial con los autores americanos era entonces considerable. Sin dudarlo, Poe firmó un contrato que aseguraba la difusión de sus historias, aunque en lugar de un tanto por ciento sobre las ventas únicamente le proporcionaría unos cuantos ejemplares gratuitos. El eco que estas publicaciones encontraban en la prensa era entonces ciertamente grande, casi siempre favorable y con cierta frecuencia entusiasta.

En el prólogo Poe califica como *Arabescos* las piezas que son resultado de una invención fantástica y como *Grotescas* las que poseen un carácter burlesco o satírico. (Después se apartaría de esta diferenciación.) El libro se puso a la venta en la Navidad de 1840 y comprendía todas las piezas narrativas que Poe había escrito y publicado hasta entonces. La obra maestra era naturalmente *La caída de la casa Usher,* seguida a corta distancia por historias como *Ligeia* o *William Wilson.*

No parece que este éxito abriera los ojos a Mr. Burton sobre la importancia de su colaborador editorial. En la primavera del año 1840, la relación entre ambos, que hasta entonces había sido más bien fría, se volvió tirante a causa de las quejas de Burton sobre la dureza de las recensiones de Poe. Como Poe no quería hacer concesión alguna en ese sentido, Burton, que se traía entre manos nuevos planes con el teatro, buscó la forma de seguir molestando a su incómodo colaborador. Llegó incluso a retirarle pequeños anticipos que el escritor tenía que pagar a plazos con un interés por encima de lo normal y acusó a Poe de falta de interés y también de irregularidades con el alcohol. Estas circunstancias se conocen a través de una carta de un tal Mr. Ch. W. Alexander, dueño de la imprenta en la que se imprimía la revista. Dicha carta es de 1850, año en el que, poco después

de la muerte de Poe, se llevó a cabo una campaña de difamación contra él. Los amigos del escritor, irritados, reunieron numerosos testimonios para poner en entredicho al tristemente famoso Mr. Griswold, quien tras la muerte del escritor llevó a cabo una labor ignominiosa como editor de sus obras. En esa carta se dice, entre otras cosas:

«...Que Mr. Poe tenía faltas que perjudicaban sus propios intereses nadie lo discute. Desgraciadamente son demasiado conocidas en los círculos literarios de Filadelfia como para poder negarlas, pero era él solo quien las sufría y no aquellos que sacaban sus ganancias del extraordinario talento del escritor, dándoles igual lo irregular que fuera su vida o lo impuntuales que llegaran ocasionalmente sus colaboraciones. Yo le conocí y le traté durante mucho tiempo familiarmente y me alegro de disponer de esta oportunidad para testimoniar lo respetable que era su persona y el buen corazón que Mr. Poe tenía. Con todas sus faltas, fue siempre un caballero, y esto es más de lo que se puede afirmar de aquellos que hacen suya la horrible tarea de injuriar la figura de Mr. Poe...»

Este testimonio es, en este sentido, más importante que las afirmaciones del propio Poe, especialmente a su amigo Snodgrass de Baltimore, acerca de su sobriedad casi total después de las desgraciadas experiencias de Richmond. Si realmente hubiera sido el borrachín que Burton decía, no hubiera podido llevar a cabo en ese periodo de su vida el trabajo del que, con razón, se mostraba tan orgulloso. Hoy día se considera un tanto grotesco que el escritor tuviera que defenderse tan denodadamente del reproche de alcoholismo en un país en el que este vicio sólo era sobrepasado por el de la hipocresía. Fue entonces cuando emprendió su tarea la tan poderosa American Society for the Promotion of Temperance; eran los primeros pasos para la promulgación de la ley de prohibición. Se comprende que en la más que piadosa y moralizante Filadelfia fuera preciso prestar aún más atención que en Baltimore o en Nueva York para no desagradar a la sociedad que imponía los criterios de conducta. Para un hombre como Poe, que siempre estuvo sometido a enigmáticos estados de angustia y crisis de nervios, no deberían haber sido válidas las medidas aplicadas al promedio de la población; y en cualquier caso, no lo son desde un punto de vista actual: nosotros conocemos lo que son la neurosis y la psicosis y sabemos, además, lo impotente que contra ellas se muestra a menudo la más fuerte voluntad; y desde que sabemos eso podemos comprender al infeliz Poe mejor que sus coetáneos.

# 6. Entre la luz y las tinieblas

Poe rompió en junio de 1840 con la revista de Burton, medio año antes de que fuera vendida y se uniera con otra, el *Casket*, para formar una nueva e importante publicación, que alcanzaría gran renombre gracias al trabajo posterior de Poe. Se trata del *Graham's Magazine*, llamada así por su emprendedor empresario George Rex Graham, un hombre de negocios que se había hecho a sí mismo. Graham, nacido en Filadelfia, había empezado como ebanista, se había preparado para la carrera jurídica y después, cuando tenía veintisiete años y trabajaba como redactor en el *Saturday Evening Post* de Atkinson, se había apasionado tanto por el periodismo que invirtió todos sus ahorros en fundar una nueva publicación. Graham tenía desde el principio la idea de ganarse a Poe para su nueva revista, pues era sabido que la pluma de éste le había creado en relativamente poco tiempo una gran fama al *Gentleman's Magazine* y había multiplicado su tirada. Se pagaba entonces un dólar por cada abonado y Burton obtuvo 3.500 dólares por algo que un año antes le había aportado mucho menos dinero. No fue ésta la única vez que Poe enriqueció a sus editores sin percibir él mismo más que una pequeña ganancia material.

Cuando recibió la llamada de Graham, Poe dudó una vez más, pues tras la ruptura con Burton había hecho un decidido intento de crear su propia revista. El *Philadelphia Saturday Courier* publicaba en junio de 1840 una invitación abierta para la suscripción a un cuadernillo literario mensual que Poe pensaba editar bajo el título *The Penn Magazine* y cuyo primer número estaba previsto para enero del año siguiente. La revista, como entonces se puso de manifiesto con gran énfasis, debería ser totalmente independiente y servir sólo a la verdad y a la justicia crítica. Poe prometía una dura campaña ante todo contra las reseñas mercenarias e indignas y contra aquellos «cenáculos que estaban ligados como una pesadilla a la literatura norteamericana, obedecían a cualquier señal de los libreros y falseaban con ello

# PROSPECTUS

OF

# THE PENN MAGAZINE,

## A MONTHLY LITERARY JOURNAL,

### TO BE EDITED AND PUBLISHED IN THE CITY OF PHILADELPHIA,

BY EDGAR A. POE.

---

To THE PUBLIC.—Since resigning the conduct of The Southern Literary Messenger, at the commencement of its third year, I have had always in view the establishment of a Magazine which should retain some of the chief features of that Journal, abandoning or greatly modifying the rest. Delay, however, has been occasioned by a variety of causes, and not until now have I found myself at liberty to attempt the execution of the design.

I will be pardoned for speaking more directly of The Messenger. Having in it no proprietary right, my objects too being at variance in many respects with those of its very worthy owner, I found difficulty in stamping upon its pages that *individuality* which I believe essential to the full success of all similar publications. In regard to their permanent influence, it appears to me that a continuous, definite character, and a marked certainty of purpose, are desiderata of vital importance, and only attainable where one mind alone has the general direction of the undertaking. Experience has rendered obvious, what might indeed have been demonstrated *a priori;* that in founding a Magazine of my own lies my sole chance of carrying out to completion whatever peculiar intentions I may have entertained.

To those who remember the early days of the Southern periodical in question it will be scarcely necessary to say that its main feature was a somewhat overdone causticity in its department of Critical Notices of new books. The Penn Magazine will retain this trait of severity in so much only as the calmest yet sternest sense of justice will permit. Some years since elapsed may have mellowed down the petulance without interfering with the rigor of the critic. Most surely they have not yet taught him to read through the medium of a publisher's will, nor convinced him that the interests of letters are unallied with the interests of truth. It shall be the first and chief purpose of the Magazine now proposed to become known as one where may be found at all times, and upon all subjects, an honest and a fearless opinion. It shall be a leading object to assert in precept, and to maintain in practice the rights, while in effect it demonstrates the advantages, of an absolutely independent criticism—a criticism self-sustained; guiding itself only by the purest rules of Art; analyzing and urging these rules as it applies them; holding itself aloof from all personal bias; acknowledging no fear save that of outraging the right; yielding no point either to the vanity of the author, or to the assumptions of antique prejudice, or to the involute and anonymous cant of the Quarterlies, or to the arrogance of those organized *cliques* which, hanging like nightmares upon American literature, manufacture, at the nod of our principal booksellers, a pseudo-public-opinion by wholesale. These are objects of which no man need be ashamed. They are purposes, moreover, whose novelty at least will give them interest. For assurance that I will fulfil them in the best spirit and to the very letter, I appeal with confidence to the many thousands of my friends, and especially of my Southern friends, who sustained me in the Messenger, where I had but a very partial opportunity of completing my own plans.

In respect to the other features of the Penn Magazine, a few words here will suffice. It will endeavour to support the general interests of the republic of letters, without reference to particular regions; regarding the world at large as the true audience of the author. Beyond the precincts of literature, properly so called, it will leave in better hands the task of instruction upon all matters of *very* grave moment. Its aim chiefly shall be *to please;* and this through means of versatility, originality, and pungency. It may be as well here to observe that nothing said in this Prospectus should be construed into a design of sullying the Magazine with any tincture of the buffoonery, scurrility, or profanity, which are the blemish of some of the most vigorous of the European prints. In all branches of the literary department, the best aid, from the highest and purest sources, is secured.

To the mechanical execution of the work the greatest attention will be given which such a matter can require. In this respect it is proposed to surpass, by very much, the ordinary Magazine style. The form will nearly resemble that of The Knickerbocker; the paper will be equal to that of The North American Review; the pictorial embellishments will be numerous, and by the leading artists of the country, but will be introduced only in the necessary illustration of the text.

The Penn Magazine will be published in Philadelphia, on the first of each month, and will form, half yearly, a volume of about 500 pages. The price will be $5 per annum, payable in advance, or upon the receipt of the first number, which will be issued on the first of January, 1841. Letters addressed to the Editor and Proprietor,

EDGAR A. POE.

*Anuncio de la próxima aparición de la revista* The Penn Magazine, *proyectada por Edgar Poe.*

la opinión pública». Pero desgraciadamente Poe había sobrevalorado el interés del público por una revista semejante. Efectivamente, hubiera sido la primera de estas características en Estados Unidos. Algunos meses después pudo comprobar que una revista tal no podía sobrevivir sólo mediante suscripciones, es decir, sin ningún capital propio o sin un crédito fijo. En abril escribió a un amigo diciéndole que le había sido negado inesperadamente un crédito con el que contaba; entretanto, había aceptado la oferta de Mr. Graham.

Con ello comienza un capítulo en la vida de Poe que supone casi en todos los sentidos el punto culminante de su existencia. Recibía un salario anual de 800 dólares y, además de un trabajo en la redacción, tenía la obligación de escribir todos los meses una historia y redactar las más importantes reseñas de libros.. Su sueldo era mayor que los que había recibido hasta entonces, y Mrs. Clemm, su suegra, que llevaba la casa, podía verse libre, en cierto modo, de los agobios sufridos e incluso pensar en algunas adquisiciones que hicieran la casa algo más cómoda. Poe vivía entonces en la Coates Street (sólo dos años más tarde se cambiaría a la casa de Spring-Garden que, convertida hoy en Museo Poe, contiene valiosos recuerdos del escritor). La salud de Virginia seguía siendo delicada, pero aún no era inquietante. Las tres personas vivían en la mayor armonía y tranquilidad. Los informes directos de que se dispone son unánimes respecto al cuidadoso trato de que Poe hacía objeto a su joven esposa, de cuya animación infantil él recibía tanta alegría que apenas echaba de menos su falta de intelectualidad. Al menos no se conoce ninguna manifestación del escritor en ese sentido. El poseía todo lo que necesitaba: un hogar tranquilo y pequeño, y personas de absoluta confianza. Porque Poe se había convertido en una persona desconfiada, lo que, si se tienen en cuenta las experiencias de su amarga biografía, no resulta extraño. Sobre este nuevo periodo de su vida debe haber soplado por un momento un hálito de felicidad, pues Edgar, que entonces contaba treinta y un años, se encaminaba hacia aquellos logros literarios que habrían de convertirle en uno de los grandes pioneros de la literatura venidera.

Ya antes de ocupar su nuevo puesto había publicado en la revista una historia completamente distinta a las anteriores: *El hombre de la multitud.* Llama la atención, en primer lugar, el hecho de que respecto a muchas de sus narraciones, trazadas a menudo con una fina tensión y unos efectos muy estudiados, ésta realmente apenas tenga acción. En contra de la férrea ley de la historia, aquí no pasa casi nada:

«No hace mucho tiempo, en un atardecer de otoño, me hallaba sentado junto al gran ventanal del café D..., en Londres. Había pasado varios meses enfermo, y ahora, convaleciente, recuperaba poco a poco mis fuerzas y sentía esa agradable disposición anímica que es el reverso exacto del *ennui;* disposición de vehemente apetencia, en la que se disipan las brumas de la visión interior —el *αχλυζ η πριν επηεν*— y el intelecto electrizado supera su nivel habitual, lo mismo que la vívida aunque ingenua razón de Leibniz supera la alocada y endeble retórica de Gorgias. El simple hecho de respirar era un goce, e incluso extraía placer de muchas fuentes legítimas del dolor. Todo lo que me rodeaba me producía un interés sereno, pero inquisitivo.»

El narrador observa el espeso gentío en una calle de la City de Londres: abogados, especuladores de bolsa, empleados, vendedores de coches, transportadores de carbón y otros trabajadores, vendedores ambulantes, jugadores, carteristas, prostitutas. Estudia su aspecto, la expresión de sus caras, su paso...

«A medida que la noche se hacía más profunda, también era más profundo mi interés por la escena; no sólo cambiaba materialmente el aspecto general de la multitud (pues sus rasgos más agradables iban borrándose a medida que el sector ordenado de la población se retiraba, para dar paso a otros más ásperos que se reforzaban a medida que todas las especies de infamia arrancadas a sus guaridas por lo avanzado de la hora hacían su aparición), sino que los resplandores del gas, débiles al comienzo en su desigual lucha contra el día, crecían por fin y esparcían en derredor una luz agitada y deslumbrante. Todo era negro y, sin embargo, espléndido, semejante al ébano con el cual fue comparado el estilo de Tertuliano.

»Los extraños efectos de la luz me indujeron a examinar las caras de la gente una por una y, aunque la rapidez con que aquel mundo pasaba por delante de la ventana me impedía lanzar más de una ojeada a cada rostro, me pareció que, en mi especial estado de ánimo, era capaz de leer la historia de muchos años en el reducido espacio de una mirada.

»Pegada la frente a los cristales, me ocupaba en contemplar la multitud, cuando de repente se me hizo visible un rostro (el de un anciano decrépito de unos sesenta y cinco o setenta años)...»

El narrador siente la imperiosa necesidad de saber más sobre ese hombre. Rápidamente se enfunda en su abrigo, coge sombrero y bastón y se apresura a salir para seguirle. Todos los lectores están en tensión por saber lo que va a pasar. Lo extraordinario en esta historia es que no pasa nada. El observador sigue

horas y horas por plazas y calles, a través de comercios y tabernas, desde los barrios pobres al centro de la ciudad. El viejo va siempre a la búsqueda de los lugares más animados, hacia el gentío, con el que se mezcla. Así, finalmente, se vuelve a hacer de día, transcurre la mañana, el mediodía y de nuevo es por la tarde y el perseguidor está al límite de sus fuerzas. Se enfrenta con el incansable caminante y le mira directamente a la cara, pero el viejo no se da cuenta, pasa indiferente por su lado para continuar su interminable camino. «Este anciano —dice el narrador al final— representa el arquetipo y el genio del profundo crimen. Se niega a estar solo. *Es el hombre de la multitud.* Sería inútil seguirle, pues no aprenderé ya nada más sobre él ni sobre sus acciones. El peor corazón del mundo es un libro más detestable que el *Hortulus animae,* y quizá sea uno de los grandes regalos de Dios el que *er lässt sich nicht lesen.*»

No puede extrañar que esta narración haya sido interpretada por la moderna sociología. El hombre de la multitud parece ser, al menos en algunos de sus rasgos, la anticipación de un tipo de persona que incluso había escapado a la perspicaz observación de Balzac. No se debería pasar por alto que en una parte considerable ésta es una narración autobiográfica: era el autor mismo quien periódicamente buscaba la soledad y huía de ella cuando tenía miedo de sí mismo. ¡Cuánta experiencia personal hay escondida en la descripción del caminante sin meta ni rumbo, cuánto autorreconocimiento y desprecio de sí mismo! Básicamente, esta narración constituye, como suele ocurrir en Poe, una visión del miedo.

La primera historia que aportó, ya en abril, a la nueva revista es quizá su narración más conocida: *Los crímenes de la calle Morgue.* Es la primera de un conjunto de tres narraciones protagonizadas por el erudito detective aficionado Auguste Dupin. También Dupin es, naturalmente, una de las muchas máscaras tras las cuales se escondía Poe en sus historias mientras se esforzaba en presentar lo más directamente posible una de las disarmónicas facetas de su talento. El genio analítico de Poe-Dupin se sirve de los principios que en el ensayo *El jugador de ajedrez de Maelzel* había desarrollado como método infalible y riguroso. Aquel autómata fraudulento pudo ser desenmascarado porque su comportamiento y sobre todo sus fallos eran de procedencia humana. Casi todos los delincuentes cometen errores, precisamente porque son hombres y sus hechos delictivos permiten sacar conclusiones sobre el autor. Cuando Dupin hubo investigado todas las circunstancias sobre el cruel crimen de Madame




*Ilustración perteneciente a la obra de Poe* Los crímenes de la calle Morgue, *primer relato publicado por el escritor en la revista* Graham's Magazine. *Biblioteca Nacional, París.*

L'Espanaye y su hija, pudo decir con seguridad que el asesino no había sido un hombre, sino un mono. Al contrario de los métodos policiales al uso, esta explicación era el resultado de un estricto análisis, o sea, una reacción puramente intelectual como la que se cita al principio de la narración:

«Los rasgos de la inteligencia que suelen calificarse de analíticos son en sí mismos poco susceptibles de análisis. Los apreciamos únicamente a través de sus resultados. De ellos sabemos, entre otras cosas, que, para aquel que los posee en alto grado, son fuente de los más vivos goces. Así como el hombre robusto se complace en su habilidad física y se deleita con aquellos ejercicios que exigen la acción de sus músculos, del mismo modo el analista encuentra placer en esa actividad del espíritu que consiste en *desentrañar*. Igual da que se trate de las ocupaciones más triviales; gozará de ellas siempre que pongan en juego su talento. Le apasionan los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, que soluciona con un grado de perspicacia que al común de las mentes parece sobrenatural. Fruto esencialmente del método, sus resultados tienen, no obstante, toda la apariencia de una intuición.»

Entonces, como hoy, era poco habitual que un autor hablara de lo que podríamos llamar su «laboratorio» antes de contar la historia. Casi cinco páginas de la narración están dedicadas a la introducción teórica, por así decirlo, hasta que al final se afirma: «El relato siguiente representará para el lector algo así como un comentario de las afirmaciones que anteceden.» Nada sería más equivocado que ver en ello una actitud narcisista; se trata con mucho de la tesis de Poe más original y apasionante. Joseph Wood Krutch, que publicó en 1926 un estudio exhaustivo, aunque también enormemente especulativo, sobre Poe (*E. A. Poe, A Study in Genius*), lo ha expresado con gran claridad: «Poe inventó las historias detectivescas para no volverse loco.» Es indudable que Poe llevó a cabo una lucha tenaz y encarnizada con las fuerzas oscuras que le amenazaban constantemente, lucha de la que nadie durante su vida intuyó nada. El desgraciado escritor se conocía a sí mismo mucho más exactamente de lo que casi nadie en su tiempo podía imaginar. Poseía un conocimiento personal, cada vez más terrible, de los contrapuestos e irreconocibles elementos de su interior, que eran tanto el miedo de sí mismo como la esperanza, tan continuamente frustrada, de autosalvación, cifrada con vigor e implorante elocuencia en la fuerza superior del análisis. Durante mucho tiempo creyó haber encontrado en ella un punto fijo en sí mismo, y se aferraba a él con tenacidad. Tras los métodos ingeniosos y desconcertantes que desarrolla en sus

historias se encuentra la permanente búsqueda del auténtico método secreto para vencerse a sí mismo. Las tres etapas más claras de ese inquietante pero admirable círculo son el ensayo sobre el jugador de ajedrez de Maelzel, el grupo de las historias detectivescas emparentadas estrechamente con la narración criptográfica *El escarabajo de oro* y, finalmente, los dos ensayos teórico-artísticos. Por desgracia, en su propio caso no se trataba, como en el mensaje cifrado, de un enigma que (según su definición) podía ser descifrado por el ingenio humano porque había sido inventado por éste. En un determinado grado del extravío mental, la más sublime inteligencia no tiene ningún poder sobre la ilusión, sino que se sitúa más bien a su servicio. De este proceso también hay huellas en las obras de Poe. Pero a principios de los años cincuenta, cuando estaba en Filadelfia, apenas se encuentran.

Poe no escribió sus tres historias detectivescas de forma inmediatamante sucesiva. *El misterio de Marie Rogêt* y *La carta robada* aparecieron después. El hecho de que sólo utilizara en tres ocasiones a su maestro de detectives Dupin y después, aparentemente distraído, abandonara un género que hasta hoy sigue en auge y que ha aportado a quienes lo utilizaron después de Poe éxito mundial y riquezas, muestra de manera especialmente conmovedora que para él se trataba mucho más de una aventura intelectual que del provecho propio. Poe descubrió un filón de oro, pero, al contrario que los descubridores californianos, no lo explotó, sino que, absorto en sus propios sueños, siguió su camino.

La historia que publicó al mes siguiente en el *Graham's Magazine* no está tan alejada de su ruta intelectual, en cuanto a género, medio y acción, como puede parecer en un principio. *Un descenso al Maelström* se desarrolla en las Lofoten, las islas azotadas por el viento cerca de la costa noruega; y en la división habitual de la obra de Poe no se encuentra entre los «tales of mistery» sino entre los «tales of terror», aunque en cierta medida ambas son sólo modulaciones del tema dominante del miedo. En *Un descenso al Maelström,* como en algunas otras historias posteriores, se trata de un determinado fenómeno: el llamado miedo paralizador. Contra este tipo de miedo lucha el pescador de Lofoten en la narración cuando con su pequeño barco cae en la profundidad de un torbellino marino en forma de embudo gigantesco, entre la costa y las islas, que se abre y se cierra con el cambio de las mareas. A pesar del miedo paralizador, se atrevió después de un tiempo a abrir los ojos. Por encima del tronar y el bramar del terrible torbellino estaba la solemne belleza de la luna

llena que brillaba hasta lo más profundo, donde se extendía el arco iris. Amanecer y belleza, sorpresa y miedo. El hombre, arrastrado en el resbaladizo y negro muro de agua del embudo, sintió de pronto más admiración que miedo, de la sorpresa pasó a la curiosidad, empezó a pensar y se hizo en poco tiempo la decisiva observación de que «a cada giro de nuestra barca sobrepasábamos algún objeto, como un barril, una verga o un mástil; por el contrario, muchos de los restos, que al abrir yo por primera vez los ojos para contemplar la maravilla del remolino se encontraban a nuestro nivel, estaban ahora muy por encima de nosotros y parecían haberse movido muy poco de su posición inicial». Se lanzó, pues, al agua atado a un pequeño tonel y pudo salvarse, mientras su hermano paralizado por el miedo se hundía. En resumen, en esta historia se muestra al hombre pensante, el que calcula lógicamente, el que tiene algo que oponer a la amenazante aniquilación derivada de las fuerzas naturales.

Este mismo triunfo de la inteligencia humana aparece en la historia publicada dos años más tarde en el almanaque *Gift,* pero escrita ya un año antes: *El pozo y el péndulo.* Aquí no se trata de vencer fuerzas de la naturaleza, sino el terror a la Inquisición española. Un condenado a muerte escapa, mediante la superación del miedo y con su agudo ingenio, a los golpes de su cruel y astuto verdugo hasta que finalmente le salva uno de los «milagros» que nunca llegan a producirse cuando se espera inactivo. También él es atrapado por el miedo y la desesperación cuando ve acercarse cada vez más hacia su cuerpo la oscilante cimitarra. Pero...

«Comprendí que al cabo de diez o doce oscilaciones el acero rozaría mi ropa, y en el mismo instante en que hice esa observación invadió mi espíritu toda la penetrante calma concentrada de la desesperación. Por primera vez en muchas horas —quizá días— me puse a *pensar.*»

He aquí de nuevo la palabra que se puede considerar clave en Poe: ¡pensar! Nunca habían estado presentes en la literatura esas observaciones agudas, precisas y analíticas, que contraponen sus claves combinatorias a situaciones peligrosas e incluso mortales. En la gran epopeya de Homero, la *Odisea,* admiramos al hombre astuto y, sin embargo, nos damos cuenta de que la lejana e influyente Palas Atenea le protege y finalmente le ayuda en el viaje a Itaca. Nadie protege a los héroes de Poe, que quizá no quieren apelar a ninguna fuerza sobrenatural. Más bien exponen sus causas a la aguda inteligencia, a la deliberación de un espíritu fríamente osado.

En el tiempo de su pertenencia al *Graham's Magazine*, Poe realizó también un intento fallido, aún no aclarado satisfactoriamente, para obtener uno de esos puestos del Estado, bien pagado y de poco trabajo, como los que no raras veces poseían otros escritores americanos y que les aportaban la base material necesaria para su creación. Comprensiblemente Poe estaría encantado con la idea de obtener, como Clerk en el Treasury Department, mil dólares anuales por un cómodo trabajo de oficina. Así, aproximadamente, le pintó las perspectivas su amigo F. W. Thomas, a quien había conocido en sus primeros años en Baltimore. Thomas se había hecho abogado y disponía de importantes relaciones políticas. Cuando después de la muerte del presidente Harrison tomó las riendas el vicepresidente Tyler, al que se le atribuyen aficiones literarias, se suponía que habría gran cantidad de puestos, como era normal en un cambio semejante. El plan de procurarle a Poe una situación acomodada fracasó esta vez fundamentalmente porque la influencia de Thomas no era suficiente.

Poe pudo soportar esta decepción fácilmente porque con el florecimiento de la nueva publicación volvían a renovarse sus esperanzas de que aún le sería posible fundar su propia revista literaria, probablemente con la ayuda de Graham. Sus relaciones personales con éste eran entonces extraordinarias y tampoco más tarde dejarían de ser amistosas. Graham era un hombre ingenioso y muy sociable, que tenía siempre abierta su casa. Poe y su mujer eran invitados a menudo a cenar y coincidían en la mesa con algunos conocidos: pintores como Sully y Sertain, literatos como Willis, Th. D. English y la entonces tan popular escritora Grace Greenwood. Incluso Henry Clay aparecía ocasionalmente. Graham había hecho abrir una entrada directa entre su casa y la de un vecino comerciante de vinos. Este hecho hacía posible que allí, en medio de la piadosa y abstemia Filadelfia, se pudiera beber alcohol sin ser molestado ni observado. Que esto fuera conveniente para Edgar A. Poe es cuando menos dudoso; no pocas veces abandonaba la casa de sus amigos en un estado extremadamente excitado y aún visitaba con algunos colegas este o aquel bar, antes de encontrar el camino a casa. Mrs. Clemm, que conocía a Edgar muy bien, iba personalmente a buscarle cuando el escritor tardaba demasiado.

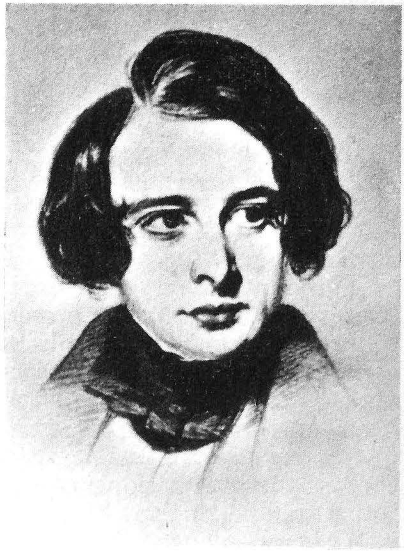
La agradable prosperidad de la casa Graham tenía sin embargo para Poe un pequeño fallo. Aunque el número de abonados de la revista subía de mes en mes, y pasó de los cinco mil iniciales hasta alcanzar los cuarenta mil, Graham, por muy encantador que se mostrara, no hizo el más mínimo gesto de subirle el

sueldo al hombre a quien principalmente debía esa prosperidad. El *Graham's Magazine* fue pronto no sólo la mayor sino la más influyente y considerada revista de Estados Unidos. Casi todo el mundo sabía cuánto habían contribuido a ello la brillante pluma de Poe y sus eficaces esfuerzos para conseguir la colaboración de los mejores escritores de América. Sólo Graham parecía pasar por alto este hecho o darlo por sobreentendido. Sin embargo, Poe guardó su malestar para sí mismo durante bastante tiempo, pues esperaba conseguir que el emprendedor Graham aportara el capital necesario para su propia revista, el *Penn Magazine*.

El rendimiento del trabajo de Poe en esta época fue enorme. No sólo entregó una tras otra sus espléndidas narraciones, sino que desplegó también una extensa actividad crítica. Así, fue él uno de los primeros que reconocieron en América el genio de Charles Dickens y, frente a Bulwer, al principio mucho más conocido, le situó en el lugar que le correspondía. Para ello escribió también aquella frase que se hizo famosa: «No se expone una situación para hacerla verdadera sino para que al que la observa se lo parezca.» La consideración y la definición de la revista eran suficientemente grandes como para llevar su voz incluso hasta Londres. Durante la primera de sus giras por América, Dickens conoció a Poe personalmente y le manifestó su admiración. El escritor inglés tenía grandes deseos de conocer al hombre que había anticipado correcta y rápidamente toda la andadura de su novela *Barnaby Rudge* tan sólo después de la primera entrega. «Usted tiene que estar en complicidad con el diablo», le escribió.

También fue Poe el primero en reconocer el gran talento de Nathaniel Hawthorne, que en 1842 publicó su primer libro de poemas y aún estaba lejos de su fama posterior. Con esos y otros artículos literarios, Poe se enfrentó, de manera consciente y tajante, a la forma en que entonces, con muy pocas excepciones, se hacía la crítica literaria. Probablemente esto no sirvió para hacer más cómoda su situación en Filadelfia, donde denunció con toda claridad al cenáculo dominante y escribió una vez: «Si hubiese, en casos aislados, algún que otro hombre con un severo sentido de la justicia y una voluntad indomable, entonces se pondrían en movimiento contra él vejaciones privadas, calumnias indignas y una despiadada campaña para desacreditarlo.» Quien, como Poe, no estaba dispuesto a hacer ningún tipo de concesiones en cuestiones de arte y de crítica se veía obligado a sufrir las consecuencias, sobre todo cuando él mismo dependía de la crítica de los demás. La fama que hoy se le reconoce a Poe como pionero de la joven literatura americana durante su vida no hizo más que

*Retrato del escritor inglés Charles Dickens, cuyo talento fue reconocido en el continente americano en primer lugar por Edgar Allan Poe.*



Ullstein

causarle problemas. Unicamente algunos, como por ejemplo Longfellow, soportaban las críticas y, a pesar de ellas, no disimulaban su alta estima hacia la obra poética de Poe.

## Toda seguridad es quimera

De las narraciones de Poe escritas en la época siguiente destacan *La máscara de la Muerte Roja* y *Eleonora*. La primera es una de sus historias más cortas y trata de la epidemia de cólera que asoló Baltimore en 1832. Ante la irrupción de tales epidemias, las familias acomodadas huían al campo y esperaban allí hasta que la enfermedad contagiosa había pasado. De esa manera se sentían más seguros, pero, ¿no es toda seguridad en la tierra una quimera? Con una reflexión así empieza *La máscara de la Muerte Roja*. El príncipe Próspero, cuyo país ha sido despoblado por la epidemia, se refugia con su corte en un castillo rodeado por altos muros. «Estaba decidido a que no se le permitiese la entrada a la desesperación ni salida a la locura.» Después de algún tiempo el príncipe ofrece a sus invitados una fiesta, un espléndido baile de máscaras de gran colorido. La desenfrenada multitud experimenta una corta interrupción cada hora cuando escucha las campanadas de un gigantesco reloj de ébano, tan penetrantes que incluso

la música se calla y se percibe una extraña zozobra entre los reunidos. Entonces, cuando dan las doce...

«...Tal vez por eso los pensamientos acudieron en masa a la mente de aquellos que reflexionaban en medio de la multitud entregada a la fiesta. Y acaso también por eso antes de que los últimos ecos del carillón se hubieran perdido en el silencio, muchos de los presentes tuvieron tiempo de advertir la presencia de una figura enmascarada que hasta entonces había pasado inadvertida para todos.»

Es la máscara de la Muerte Roja, la epidemia de la que con tanta seguridad se habían preservado. Cuando se abalanzaron sobre ella, descubrieron que tras los ropajes y la máscara no había escondida ninguna figura tangible. Y entonces —concluye la obra—, nadie podía desmentir la presencia de la Muerte Roja, había entrado de noche como un ladrón...

Si examinamos esta narración, nos daremos cuenta de que con las figuras y situaciones convencionales de las historias truculentas, como el príncipe y su corte, la peste, las campanadas del reloj y la media noche, ahora se ha llegado a un significado más profundo mediante la incorporación del baile de máscaras. Trajes y máscaras son, por así decirlo, un recurso de la necesidad de seguridad: se necesita todavía un pequeño motivo para vencer el miedo. El miedo, entonces, adopta una figura, es reconocido como máscara entre las máscaras, y precisamente como la máscara de lo que se teme: la muerte. Esta historia, que entonces todavía tenía cierto trasfondo satírico, ha ganado terreno desde hace tiempo por la transparencia que ofrece de una realidad muy frecuente: la perspectiva de la ilusión universal de la seguridad. De esta forma, ha sobrevivido y ha sobrepasado su sentido inicial, acrecentando su simbolismo, como ocurre con algunas obras de Cervantes, Swift o Melville. Tales variaciones y transformaciones en el cambiante espíritu del tiempo corresponden a la vida de la obra de arte.

*Eleonora* no apareció en el *Graham's Magazine,* sino en el almanaque *Gift.* Esta narración contiene claves especialmente profundas sobre la vida interior de Poe. Ya el principio pone de manifiesto un angustioso conocimiento de sí mismo:

«Vengo de una raza que destaca por la fuerza de la imaginación y el ardor de las pasiones. Los hombres me han llamado loco; pero nadie ha resuelto aún la cuestión de si la locura es o no la forma más elevada de la inteligencia, si buena parte de lo glorioso, e incluso todo lo profundo, no brota precisamente de una enfermedad del pensamiento, de *estados de ánimo* exaltados a

expensas del intelecto general. Aquellos que sueñan de día perciben muchas cosas que ignoran los que sueñan sólo de noche. En sus grises visiones tienen atisbos de eternidad y al despertar se estremecen viendo que han estado muy cerca del gran secreto. Aunque de modo fragmentario, aprenden algo de la sabiduría propia del bien y mucho más del simple conocimiento propio del mal. Y consiguen penetrar, sin timón ni brújula, en el extenso océano de la "luz inefable", reviviendo, como los aventureros del geógrafo nubio, el *agressi sunt mare tenebrarum quid in eo esset exploraturi*.

»Concedamos que estoy loco o, por lo menos, que hay dos estados distintos en mi existencia psíquica: el de razón lúcida, sobre el cual no cabe discusión y que corresponde a la memoria de los sucesos que acontecieron en la primera etapa de mi vida, y un estado de sombras y duda, que pertenece al presente y a aquellos recuerdos que forman la segunda gran época de mi existencia. De modo que podéis creer lo que voy a contaros del primer periodo; respecto de lo que pueda relatar del último, concededme tan sólo el crédito que merezca, o dudad abiertamente; si no podéis dudar, haced lo que Edipo ante el enigma.»

Son estas confesiones, aquí y en otras historias, las que han hecho de Poe uno de los precursores de la moderna psicología profunda. En este sentido, se sitúa en la gran línea de Balzac. Gérard de Nerval, Baudelaire, Novalis, Kleist, Hoffmann, Gogol y Dostoyevski, quienes informaron sobre fenómenos que ya ellos conocían y que más tarde confirmaría la ciencia dando lugar a la configuración de un sistema. El mismo Poe con sus historias del detective aficionado Dupin fundó la criminología como ciencia. También intentó profundizar en el conocimieno del alma de asesinos y delincuentes, por ejemplo en *El gato negro,* en *El corazón delator* o en *El demonio de la perversidad,* narración en la que alguien que ha cometido un crimen perfecto no soporta que nadie sepa nada de esta estremecedora obra maestra y cae en la paradójica e imperiosa necesidad de hablar él mismo de aquello que de otra forma nadie habría sabido. Son verdaderos paseos por el infierno del miedo y de la locura, ofrecidos en una lengua de impecables frases sonoras, en una prosa de gran musicalidad, y precisamente por eso la mayoría de las veces difícil de traducir. Poe también se sumergió en estos abismos, y de tales tinieblas del alma y del espíritu extrajo la condición que él mismo ponía al artista: mantener siempre una actitud de crítica que controlase su actividad. Esa actitud de crítica, que puede identificarse con el espíritu analítico personificado por Auguste Dupin,

acompañaba siempre al soñador y guiaba su mano incluso cuando temblaba. «Mi vida espiritual está formada por dos sustancias diferentes», reconoce Poe, y deja al criterio del mundo la credibilidad que quiera otorgar a ese oscuro reino de sombras y miedo. El tuvo desde muy temprano la satisfacción de que logró imponerse a sí mismo el conocimiento en lugar de la fe, y eso es algo que que hoy se le reconoce.

Ante la voluminosa obra psicoanalítica sobre Edgar A. Poe (tres tomos), el propio Sigmund Freud escribió una pequeña introducción en la que dice:

«Mi amiga y alumna Marie Bonaparte ha iluminado en este libro, con la luz del psicoanálisis, la vida y la obra de un gran escritor de naturaleza enfermiza. Gracias a su trabajo de esclarecimiento se entiende ahora en qué medida su obra está condicionada por la propia naturaleza del hombre, pero también se comprende que ésta era el sedimento de fuertes ligazones emocionales y vivencias dolorosas de su primera juventud. Tales investigaciones no sirven para aclarar el genio del escritor, pero muestran qué motivos le han impulsado y qué carácter le fue aportado por el destino. Tiene un encanto especial estudiar las leyes de la vida anímica del hombre en individuos relevantes.»

El tono tímido, callado y restringido del gran erudito es digno de atención. El anciano Freud censuró no pocas veces las interpretaciones divagantes acerca de ciertas personalidades geniales hechas por algunos de sus alumnos.

*Eleonora* es, sin embargo, no sólo extraordinariamente reveladora de la psicopatología de Poe, sino que en sí misma constituye una narración inquietante a causa de sus proféticas anticipaciones de acontecimientos de la vida del escritor. El narrador informa en ella cómo le es arrebatada por la muerte su bella y adorada mujer, después de haberle prometido que no se volvería a casar; pero no es capaz de mantener su juramento y contrae matrimonio con una muchacha a la que llega a amar aún más ardientemente que a la muerta, y al final recibe en una visión el perdón y la dispensa de su voto. El argumento, en principio, es semejante a otros de Poe, pero de Eleonora se dice al principio: «La amada de mi juventud, acerca de la que escribo ahora con calma y claridad estos recuerdos, era la única hija de la hermana de mi madre, fallecida hace mucho tiempo. Mi prima se llamaba Eleonora.» Y

*Ilustración de Edmond Dulac para el poema de Poe* Eleonora, *incluido en el libro titulado* Las campanas y otros poemas. *Biblioteca de Catalunya, Barcelona.* ►



algunas páginas después: «Vio el dedo de la muerte posado en su pecho, y comprendió que, al igual que la efímera, había sido creada perfecta en su belleza sólo para morir.» Es cierto que la mujer de Poe no se llamaba Eleonora, pero sí era su prima, si bien su madre, Mrs. Clemm, no era hermana de la madre de Poe sino de su padre. También otros pasajes de la narración indican claramente que Poe ha tomado a su pequeña familia como modelo. El «dedo de la muerte» tocó a Virginia pocos meses después de la aparición de la historia: el 20 de enero de 1842, a sus diecinueve años, sufrió el primer vómito de sangre con el que empezaría a manifestarse un proceso tuberculoso cuya duración de cinco años minaría también la salud de Poe. Y aunque aún sobrevivió a Virginia durante tres cortos años, sus extraviados y a menudo penosos intentos de darle una sucesora como a Eleonora no terminaron en un nuevo matrimonio, sino en la muerte.

Sus fragmentos citados de *Eleonora* son una clara muestra de que Poe ya temía en esa época por la salud de Virginia y se entregaba a oscuras suposiciones tal como las producía su desbocada imaginación. Este primer vómito de sangre, del que Virginia se repondría varios meses después, aunque de forma pasajera, alarmó a Poe y llevó su inestable sistema nervioso a un extremo desorden. Graham informaría más tarde:

«El amor por su mujer era una especie de apasionada adoración por la imagen de la belleza que veía desaparecer ante sus ojos. Yo vi cómo la cuidaba cuando se puso enferma con toda la delicada angustia de una madre por su primogénito. El más pequeño ataque de tos le hacía exaltarse y después se quedaba visiblemente anonadado. Un atardecer de verano di un paseo con ellos. Todavía recuerdo, como si fuera una canción melancólica, el gesto de sus ojos vigilantes posándose continuamente sobre el rostro amado y prestando atención al más leve cambio. Era la anticipación, hora a hora, de la pérdida de su esposa, que haría de él un hombre ensimismado y triste y proporcionaría a su obra inmortal un tono de aflicción.»

## «Me volví loco»

Aflicción y olvido, desesperación y aturdimiento... el miedo por la salud de Virginia se unió aquella angustia básica que formaba parte del ser de Poe. Ahora, los que hasta entonces se podían llamar desvíos alcohólicos pasaron a ser excesos. Sin duda alguna, también aquí Poe era consciente del problema,

aunque durante toda su vida esperara en vano una auténtica comprensión. Seis años más tarde escribiría al perplejo George Eveleth:

«Usted me pregunta: ¿Puede explicarme más o menos qué tremendo dolor ha sido el causante de que usted lleve esa vida tan deplorable y extraña? Sí, sí puedo, y puedo darle incluso más que una explicación. Ese dolor fue el más grande que persona alguna pudiera soportar. Hace seis años, a mi mujer, a la que quería más de lo que hombre alguno puede querer, se le reventó un vaso sanguíneo mientras cantaba. Su vida se dio por perdida, yo le dije adiós para siempre y pasé junto a ella todo el tiempo de su lucha con la muerte. Sin embargo, se repuso parcialmente y de nuevo tuve esperanzas. A finales de año volvió a reventársele un vaso sanguíneo. Nuevamente viví la misma escena, después otra vez, y otra vez en periodos diferentes. En cada ocasión volvía su agonía, y en cada recaída de su enfermedad la amaba más ardientemente y me aferraba a su vida con una obstinación desesperada. Pero yo soy de constitución extraordinariamente sensible y nervioso en un grado poco común. Me volví loco y en medio de mi locura tuve momentos de una terrible clarividencia. Durante estos ataques de enajenación bebí; Dios sabe cuánto y lo a menudo que lo hice. Y, entiéndame bien, mis enemigos atribuyeron la locura a la bebida y no la bebida a la locura. Ya había perdido la esperanza de curarme, pero me restablecí tras la muerte de mi mujer, pérdida que puedo soportar y la soporto como corresponde a un hombre. Pero la terrible e inacabable oscilación entre esperanza y desesperación no hubiera podido soportarla por más tiempo sin perder totalmente la razón. Así, acepto desde la muerte del ser que era mi vida un destino nuevo, pero, ¡oh Dios!, un destino atormentado.»

El último párrafo de esa carta, que habla de una nueva vida, quedó, como se sabe, en una vana esperanza. En todos los aspectos era demasiado tarde para Poe. Virginia moriría de la enfermedad que afectó repetidas veces a la familia Poe, de la misma muerte que su padre, su madre y su hermano; sin embargo, nadie estaba tan predispuesto a esa muerte como el propio Edgar A. Poe, pese a lo cual, de manera extraña, durante toda su vida permaneció inmune a la tuberculosis; no se contagió de su hermano Henry, con el que convivió en la reducida buhardilla, ni de Virginia. En cambio, estaba señalado desde el principio por otra enfermedad, que no sería menos incurable, y frente a la que nadie sobre la tierra podía ayudarle.

Del mismo modo que se puede reprochar al editor Graham que no quisiera subir el sueldo al hombre que había multiplicado



BBC Hulton Picture Library

*Retrato de Rufus Wilmot Griswold, el periodista que sucedió a Poe en su puesto del* Graham's Magazine.

la tirada de su revista, es preciso reconocer también que las irregularidades laborales de Poe y sus frecuentes ausencias no eran lo más adecuado para la buena marcha de la publicación. El ayudante de redacción, Peterson, se quejaba siempre a Graham de que Poe apenas se ocupaba de la correspondencia ni de las galeradas. Los responsables de la imprenta también se lamentaban a causa de la irregularidad en el envío de los manuscritos. Un día, probablemente después de una larga ausencia, Poe encontró su mesa de trabajo ocupada, y precisamente por su bien conocido Rufus W. Griswold. Se ha llegado a afirmar que, ante esto, Poe abandonó la redacción sin decir una palabra y no volvió jamás. Pero no es probable que ocurriera tal cosa, si se piensa en la

extraordinaria relación personal existente entre Poe y Graham, tanto entonces como en los años siguientes. Semejante reacción por parte de Poe hubiera provocado sin duda una ruptura. Mucho más probable parece que Poe, amonestado a menudo por Graham, considerara él mismo la imposibilidad de sostener la situación. Incluso las relaciones de Poe con su sucesor Griswold debieron de seguir siendo amistosas, al margen de tensiones ocasionales, pues de no ser así, el extraordinariamente desconfiado Poe no hubiera cometido la torpeza, que tan desagradables consecuencias tendría, de nombrar a este insidioso hombre con apariencia de santo ejecutor de su testamento literario.

Rufus Wilmot Griswold había sido pastor de la Iglesia baptista antes de dedicarse al periodismo. Provocó un gran revuelo y expectación al publicar una de las grandes antologías literarias de Estados Unidos: *Poesía y poetas de América*, en la que figuraban tres poemas y una breve biografía de Poe. Durante todo el tiempo que Poe vivió en Filadelfia, Griswold se mostró muy amable con él, solía ser invitado a la casa del escritor e incluso le ayudaba con pequeñas cantidades de dinero. Pero resulta imposible explicar satisfactoriamente por qué Poe designó como albacea testamentario precisamente a este hombre impenetrable, deseoso de prestigio hasta extremos patológicos y ridículamente presuntuoso. Nadie ha dañado tanto y tan malintencionadamente la fama del escritor como Griswold, pero esto nadie podía preverlo en 1842 y mucho menos el propio afectado. Después de su separación formal del *Graham's Magazine*, en mayo de 1842, Poe siguió manteniendo el trato amistoso tanto con Graham como con Griswold. Seguía colaborando en la revista, en la medida en que se lo permitía su estado; escribía reseñas y publicó todavía algunas narraciones más, entre ellas *El misterio de Marie Rogêt*, la segunda y tal vez menos interesante de las tres historias de Dupin. Tiene como trasfondo un caso real ocurrido entonces. Poe escribió a su amigo el doctor Snodgrass de Baltimore:

«La historia está basada en el asesinato real de Mary Cecilia Rogers, suceso que durante muchos meses despertó una extraordinaria expectación en Nueva York. He tratado el caso de forma completamente narrativa. Una joven modista, una tal Marie Rogêt, es asesinada exactamente en las mismas circunstancias que Mary Rogers. Así pues, bajo el pretexto de contar cómo Dupin, el héroe de la calle Morgue, resuelve el misterio de la muerte de Marie Rogêt, lo que en realidad he hecho ha sido una comprobación muy exacta de la tragedia real ocurrida en Nueva York. No he descuidado ningún aspecto. Comprobé uno tras otro los

puntos de vista y los argumentos de nuestra prensa sobre ese acontecimiento y constaté convincentemente que hasta entonces no se había aproximado a la verdad. Toda la prensa iba tras una pista falsa. Estoy totalmente convencido no sólo de haber descubierto la inexactitud de la sospecha de que la joven había sido víctima de una banda de asesinos, sino de haber descrito al verdadero criminal. Mi principal objetivo es, como siempre, señalar los postulados que hay que seguir en una investigación semejante, es decir, el parecer de Dupin sobre ello.»

Es encomiable que Poe, a pesar de todas las decepciones y de la dolorosa situación por la que atravesaba, pretendiera con gran celo la fundación de una nueva revista propia. El *Philadelphia Museum* publicó a primeros de 1843 un programa completo en el que se decía entre otras cosas:

«A menudo nos hemos extrañado de que Mr. Poe, a pesar de su afortunada actividad como editor colaborador, no haya fundado su propia revista. Nos alegra saber que todavía proyecta hacerlo. En otra página de este mismo número se informa de que está tratando de sacar una revista mensual con el título *The Stylus*. No necesitamos recalcar que le auguramos el más grande de los éxitos y en esa esperanza incluimos a todas las personas de nuestro país interesadas en la literatura.» En el anuncio propiamente dicho figuraba una observación en la que se aclaraba que *The Stylus* venía a sustituir al antiguo proyecto *Penn*.

Poe se había asociado con el editor C. Clark y el ilustrador Darley para dotar a la revista de una base sólida. Sin embargo, tal como se podía prever, el proyecto fracasó por culpa del propio Poe. Clark forzó a Poe a viajar a Washington para conseguir suscriptores, e incluso cierta protección del gobierno, con la ayuda de F. W. Thomas, que para entonces había alcanzado gran influencia política. Por desgracia, Thomas estaba enfermo en su casa por esa época y Poe se dirigió a un antiguo amigo de Richmond, J. E. Dow. Pocos días después, Clark recibió la siguiente carta de Dow:

«Muy señor mío: Considero mi deber enviarle esta carta urgente en relación con nuestro común amigo E. A. P. Llegó hace algunos días. La primera noche daba la impresión de estar muy exaltado debido a que le había hecho los honores al oporto demasiado rápidamente. El segundo día parecía algo más tranquilo; sin embargo, desde entonces se encuentra en un estado lamentable. Se comporta de una forma que sólo puede perjudicarle ante el presidente y nos hace imposible interceder por él como desearíamos y podríamos hacer tan pronto como vuelva a estar

en Filadelfia. No tiene idea alguna de los cauces políticos ni de las formas habituales de tratamiento. ¿Qué puede hacer aquí? Mr. Thomas está indispuesto y no puede acompañar a Mr. Poe, y a mí me lo impiden mi puesto y mis obligaciones familiares. En tales circunstancias, sería aconsejable que usted viniera aquí y cuidara de que Mr. Poe pueda regresar sano y salvo. Mrs. Poe está enferma, por lo que le ruego encarecidamente que no le diga nada sobre su esposo hasta que regrese con usted Espero su llegada, o su respuesta a vuelta de correo. Si usted no pudiera venir, veríamos entonces cómo podemos llevarle a Filadelfia. Tememos que se apegue a Baltimore y no salga de la miseria. Actúo movido por el más alto sentido de la responsabilidad. Mr. Poe es un gran espíritu y no puedo soportar verle como una pelota en manos de criaturas sin corazón. Su propia capacidad de juicio le dirá qué conviene hacer. Yo considero innecesario comunicarle a él que le he escrito a usted esta carta.»

Cuando estuvo de nuevo bajo los cuidados de Mrs. Clemm, Poe envió a Dow y a Thomas desgarradoras cartas de disculpa. Al dorso de la que él recibió, Thomas escribió, entre otras cosas, lo siguiente: «Era una de esas personas cuya única salvación es la abstinencia total. El mismo sufría terriblemente después de cada caída.»

Apenas hay nada más que añadir sobre este asunto. Se sobreentiende que el proyecto de la revista se vino abajo. *The Stylus* siguió siendo en la vida de Poe un proyecto, un sueño. En los años siguientes, el estado psicopático del escritor rozó en más de una ocasión el comportamiento esquizofrénico. Es imposible establecer si tienen razón quienes posteriormente afirmaron que sólo la muerte temprana le preservó de los efectos de su enfermedad mental. Pero la volubilidad y las vacilaciones de su vida exterior fueron cada vez más dolorosas e inquietantes. Sin embargo, continuó escribiendo obras en prosa y poemas que no dejan entrever su enfermedad, pero manifiestan cada vez más claramente su genio. Poco tiempo después, una de sus más brillantes narraciones apareció casi simultáneamente en el *Dollar Newspaper* (donde recibió un premio de cien dólares) y en el *Saturday Courier,* ambos de Filadelfia: *El escarabajo de oro,* una de las más famosas narraciones de Poe, se desarrolla en la isla de Sullivan, que él había conocido siendo soldado, y relata el hallazgo de un tesoro de piratas a raíz del desciframiento de un mensaje secreto. Ya en la época en que trabajaba como redactor para Graham se había ocupado intensamente de la criptografía. En una nota dirigida a los lectores se ofreció entonces a descifrar cualquier




Maryland Historical Society

*Ilustración original para la narración de Poe titulada* El escarabajo de oro, *publicada el 28 de junio de 1848 en la revista* Dollar Newspaper.

escrito cifrado que le enviaran. De alrededor de cien envíos tan sólo de uno no logró encontrar la solución.

Con respecto a los estados que Poe distinguía en la vida intelectual, *El escarabajo de oro* pertenece incuestionablemente a los lógico-analíticos. Y tal vez sea la obra maestra de los llamados «tales of ratiocination». Por el contrario, las historias extraordinariamente excitantes que publicó poco tiempo después, *El gato negro* y *El corazón delator*, pertenecen al lado oscuro de su creación; son nuevos arabescos del miedo, relámpagos de los abismos del espíritu. En las dos historias se comete un crimen y en ambos casos se trata de un crimen perfecto. Los criminales están totalmente seguros y hacen frente a la policía con sangre fría e incluso con arrogancia. Pero es precisamente esa arrogancia la

causa de que ellos mismos se traicionen y acaben sucumbiendo en el miedo que erróneamente creían esquivar con su actitud. En las dos historias desempeña un papel importante un ojo, símbolo en cierta medida de la conciencia vigilante. De los protagonistas, que cuentan ellos mismos sus inquietantes historias, se puede decir que, aparte del detalle de la sangre fría con que borran las huellas, son realmente dos perturbados. En *El gato negro*, este cambio de carácter hacia el mal se completa con el alcoholismo. «¿Qué enfermedad se puede comparar con el alcohol?», se dice en un pasaje significativo.

# 7. «Uno de nuestros más notables literatos»

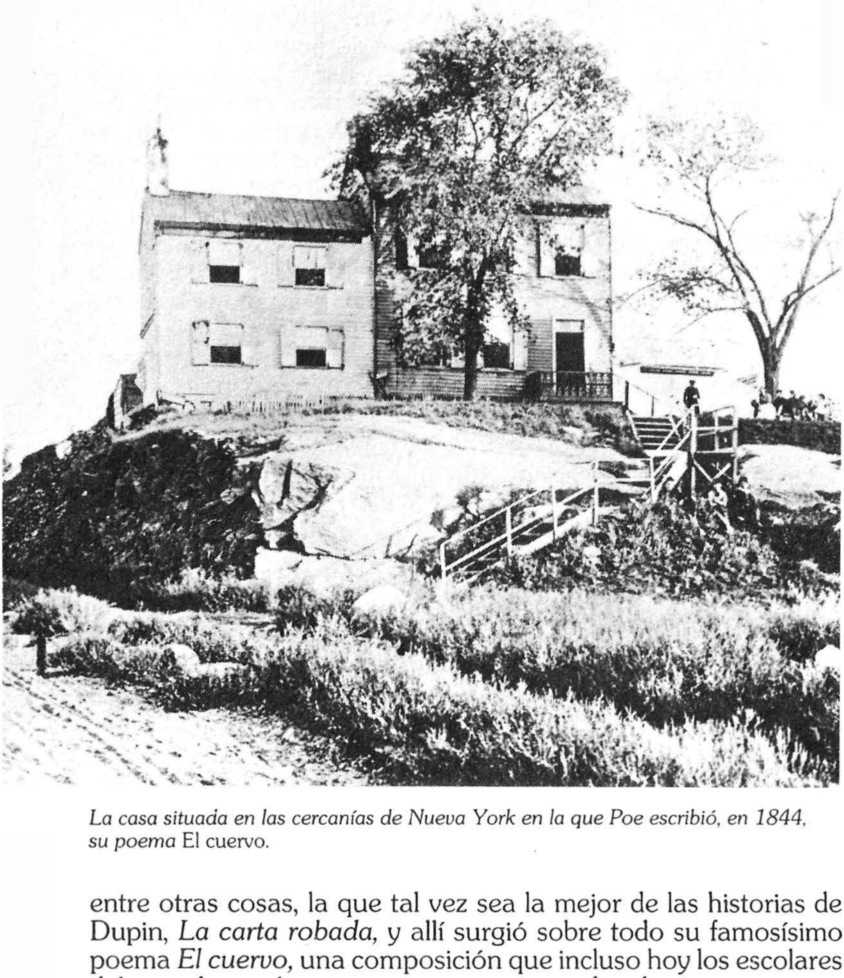
Poe seguía escribiendo al mismo tiempo reseñas para el *Graham's Magazine.* Está comprobado que Graham no le retiró su amistad, aunque sí restringió a veces la familiaridad de su trato, y esto no tanto porque se escandalizara de las supuestas extravagancias del escritor, como porque las habladurías y la indignación de la moralizante sociedad de Filadelfia le forzaban a tomar algunas precauciones. En cualquier caso, no se molestó con Poe cuando éste le reclamó *El escarabajo de oro,* ya vendido y cobrado, porque esperaba conseguir unos honorarios más altos en otra parte. Naturalmente las entregas eran ahora más irregulares, sobre todo debido a que el escritor atravesaba por frecuentes periodos de total incapacidad para el trabajo. Especialmente después de sus excesos alcohólicos, tenía que cuidarle su suegra como a un enfermo y seguir consolándole por el sufrimiento que le ocasionaban la vergüenza y los reproches que él mismo se hacía. Un viejo amigo, Lambert Wilmer, escribió en esta época una carta a un conocido suyo de Tennessee en la que, entre otras cosas, decía: «Edgar A. Poe (al que seguramente usted conoce, quizá incluso personalmente) se ha convertido en uno de nuestros más notables literatos. El y yo somos viejos amigos —nos conocemos desde nuestra juventud—, pero me produce un dolor inexplicable ver su penoso modo de vida. Lamentablemente, es todo lo contrario a un abstemio y temo que camina a grandes pasos hacia su hundimiento moral, físico y psíquico.»

Aunque se trata de una profecía demasiado apresurada, ya que sólo puede hablarse de un derrumbamiento moral y psíquico en los últimos días de la vida del escritor, estas frases reflejan a grandes rasgos la opinión que entonces predominaba sobre Poe. Sin duda él tuvo que sufrir mucho por ello y apenas podía hacer nada por combatirlo, e incluso hacía difícil que sus amigos le defendieran. En realidad, tenía pocos amigos verdaderos que fuesen influyentes. Como es lógico, en esas campañas difamato-

rias desempeñaban un papel importante los viejos cenáculos literarios a los que él había atacado tan duramente.

Habría que considerar como una auténtica frivolidad la decisión tomada por Poe, en abril de 1844, de abandonar Filadelfia para trasladarse a Nueva York, si no fuera porque detrás de ella había un deseo comprensible de huir de una atmósfera que ya le resultaba insoportable. Después de todos los penosos acontecimentos, no podía conservar ya ninguna esperanza de llegar a fundar su propia revista en Filadelfia. Ya no tenía ningún crédito, solamente deudas. Cuando el 7 de abril llegó a Nueva York, después de un viaje fatigoso, llevaba a su mujer enferma con él porque sabía mejor que nadie que no podía estar solo. Mrs. Clemm se quedó al principio en Filadelfia y vendió entretanto los libros y los enseres de la casa que consideró innecesarios. «[Virginia] está muy contenta —le dice en su primera carta a su suegra y tía—. Los dos estamos de buen ánimo. Ella apenas tose y no tiene fiebre por la noche... Mañana intentaré pedir prestados tres dólares para poder pasar quince días. Yo estoy en la mejor disposición y no he bebido ni una gota. Espero que no haya problemas. Tan pronto como reúna un poco de dinero te lo mandaré. Te puedes imaginar lo mucho que te echamos de menos los dos. Sissy lloró anoche porque no estabais ni tú ni *Catherina*...»

*Catherina* es el nombre de una gata de hermosa piel atigrada a la que Virginia tuvo siempre mucho cariño. Mrs. Clemm la llevó a Nueva York algunas semanas después. Poe se mantuvo a flote en los primeros meses con trabajos ocasionales y algunas reseñas, aunque al principio el ruido y la aglomeración de Nueva York le causaron muchas molestias. Afortunadamente, durante un paseo por los alrededores de la ciudad descubrió la bonita y silenciosa granja de Patrick Brennan, situada a las orillas del río Hudson. Desde hace muchos años la gigantesca ciudad de Nueva York ha prescindido de esos idílicos lugares. La granja probablemente estaba situada en algún lugar entre las actuales Broadway y Amsterdam Avenue. La familia Poe alquiló por un precio asequible la agradable casa de campo y residió en ella hasta bien entrado noviembre; fue una de sus épocas más tranquilas y felices. También a Virginia parecía haberle sentado bien el cambio. Al menos su estado no empeoró, y Poe, que necesitaba tanto tener un poco de alegría y esperanza, llegó a estar durante un tiempo convencido de la curación de su esposa. Todo contribuía a animarle, incluso el encuentro con viejos amigos que creía perdidos. Allí, a una docena de kilómetros de la ruidosa ciudad, surgió,



*La casa situada en las cercanías de Nueva York en la que Poe escribió, en 1844, su poema* El cuervo.

entre otras cosas, la que tal vez sea la mejor de las historias de Dupin, *La carta robada,* y allí surgió sobre todo su famosísimo poema *El cuervo,* una composición que incluso hoy los escolares del mundo anglosajón tienen que aprender de memoria para recitarla.

## «El cuervo» y las matemáticas

Es difícil escribir sobre una composición poética y decir algo sobre su belleza y su significado antes de haberla oído en su lengua original. A pesar del considerable esfuerzo de algunos

traductores, es preferible no ofrecer ninguna versión poética de *El cuervo.* Incluso en Francia, donde Poe posee el rango de un clásico, han tenido que contentarse con traducciones en prosa, de las cuales la más citada es obra de Stéphane Mallarmé.

El contenido puede resumirse rápidamente. Un hombre, que ha perdido a su amada y se lamenta por ello en una taciturna medianoche mientras busca distraerse de su dolor con la lectura de un libro antiguo, oye unos golpes en la puerta de su habitación, abre, pero no hay nadie. Vuelven a llamar. Entonces abre la ventana y un cuervo negro entra revoloteando y se posa en el gran busto blanco de Palas, sobre la puerta de la habitación. A todo lo que mueve el pensamiento y los sentidos del hombre, a todas sus preguntas al destino, calladas o en voz alta, acerca de si algún día habrá un encuentro con la amada perdida, responde como penetrante estribillo el *¡Nevermore!* del cuervo.

Pero no sólo lo inimitable de esa palabra en sonido y sentido hace la poesía intraducible. Están, además, el empleo de la rima interna, la espontánea variación de las estrofas y los efectos conseguidos según un principio de ordenación de vocales hasta las más finas vibraciones y las más delicadas resonancias. La unión de esa lengua artística y esa disposición magistral desembocará finalmente en un punto donde el contenido recuerda casi el encanto melancólico de una antigua música fúnebre y se funde con el ritmo en una unidad mágica.

En la lírica inglesa nunca se había escrito nada semejante. Es uno de esos poemas de los que se puede decir que cautivan y encantan incluso a personas carentes de gusto musical.

Apareció por primera vez el 29 de enero de 1845 en el *Evening Mirror* de Nueva York, en cuya redacción había entrado Poe, y se volvió a imprimir en los meses y años siguientes. Se comentó, se celebró y se recitó en todos los Estados Unidos y en todo el mundo de habla inglesa; sin duda alguna, supuso el punto culminante de la valoración literaria de Poe en su vida. En cierto modo, este poema fue muy popular, hecho que le perjudicó bastante, pues los envidiosos y los cenáculos malintencionados creían encontrar numerosos modelos y dependencias porque aquí y allá también aparecían cuervos en otros poetas. En los años siguientes, Poe mismo recitó en varias ocasiones este poema. Con su bella voz musical y su entonación altamente efectista, alcanzó un éxito considerable en muchas ciudades.

En la historia de la literatura universal, casi más importante que el poema mismo fueron las influencias derivadas de la interpretación analítica —que Poe hizo de él en el ensayo *Filosofía*



*Ilustración del año 1881 para el poema* El cuervo, *de Poe.*

*Primera publicación de* El cuervo *en el* Evening Mirror, *de Nueva York, 29 de enero de 1845. Public Library, Nueva York.* ►

We are permitted to copy (in advance of publication) from the 2d No. of the American Review, the following remarkable poem by Edgar Poe. In our opinion, it is the most effective single example of "fugitive poetry" ever published in this country; and unsurpassed in English poetry for subtle conception, masterly ingenuity of versification, and consistent, sustaining of imaginative lift and "pokerishness." It is one of these "dainties bred in a book" which we *feed* on. It will stick to the memory of everybody who reads it.

### The Raven.

Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and weary,
Over many a quaint and curious volume of forgotten lore,
While I nodded, nearly napping, suddenly there came a tapping,
As of some one gently rapping, rapping at my chamber door.
"'Tis some visiter," I muttered, "tapping at my chamber door—
Only this, and nothing more."

Ah, distinctly I remember it was in the bleak December,
And each separate dying ember wrought its ghost upon the floor.
Eagerly I wished the morrow;—vainly I had tried to borrow
From my books surcease of sorrow—sorrow for the lost Lenore—
For the rare and radiant maiden whom the angels name Lenore—
Nameless here for evermore.

And the silken sad uncertain rustling of each purple curtain
Thrilled me—filled me with fantastic terrors never felt before;
So that now, to still the beating of my heart, I stood repeating
"'Tis some visiter entreating entrance at my chamber door—
Some late visiter entreating entrance at my chamber door;—
This it is, and nothing more."

Presently my soul grew stronger; hesitating then no longer,
"Sir," said I, "or Madam, truly your forgiveness I implore;
But the fact is I was napping, and so gently you came rapping,
And so faintly you came tapping, tapping at my chamber door,
That I scarce was sure I heard you"—here I opened wide the door;—
Darkness there, and nothing more.

Deep into that darkness peering, long I stood there wondering, fearing,
Doubting, dreaming dreams no mortal ever dared to dream before;
But the silence was unbroken, and the darkness gave no token,
And the only word there spoken was the whispered word, "Lenore!"
This *I* whispered, and an echo murmured back the word, "Lenore!"
Merely this, and nothing more.

Then into the chamber turning, all my soul within me burning,
Soon I heard again a tapping somewhat louder than before.
"Surely," said I, "surely that is something at my window lattice;
Let me see, then, what thereat is, and this mystery explore—
Let my heart be still a moment and this mystery explore;—
'Tis the wind, and nothing more."

Open here I flung the shutter, when, with many a flirt and flutter,
In there stepped a stately raven of the saintly days of yore;
Not the least obeisance made he; not an instant stopped or stayed he;
But, with mien of lord or lady, perched above my chamber door—
Perched upon a bust of Pallas just above my chamber door—
Perched, and sat, and nothing more.

Then this ebony bird beguiling my sad fancy into smiling,
By the grave and stern decorum of the countenance it wore,
"Though thy crest be shorn and shaven, thou," I said, "art sure no craven,
Ghastly grim and ancient raven wandering from the Nightly shore—
Tell me what thy lordly name is on the Night's Plutonian shore!"
Quoth the raven, "Nevermore!"

Much I marvelled this ungainly fowl to hear discourse so plainly,
Though its answer little meaning—little relevancy bore;
For we cannot help agreeing that no living human being
Ever yet was blessed with seeing bird above his chamber door—
Bird or beast upon the sculptured bust above his chamber door,
With such name as "Nevermore."

But the raven, sitting lonely on the placid bust, spoke only
That one word, as if his soul in that one word he did outpour.
Nothing farther then he uttered—not a feather then he fluttered—
Till I scarcely more than muttered, "Other friends have flown before—
On the morrow *he* will leave me, as my hopes have flown before."
Quoth the raven, "Nevermore."

Startled at the stillness broken by reply so aptly spoken,
"Doubtless," said I, "what it utters is its only stock and store,
Caught from some unhappy master whom unmerciful Disaster
Followed fast and followed faster—so, when Hope he would adjure,
Stern Despair returned, instead of the sweet Hope he dared adjure—
That sad answer, "Nevermore!"

But the raven still beguiling all my sad soul into smiling,
Straight I wheeled a cushioned seat in front of bird, and bust, and door;
Then upon the velvet sinking, I betook myself to linking
Fancy unto fancy, thinking what this ominous bird of yore—
What this grim, ungainly, ghastly, gaunt, and ominous bird of yore
Meant in croaking "Nevermore."

This I sat engaged in guessing, but no syllable expressing
To the fowl whose fiery eyes now burned into my bosom's core;
This and more I sat divining, with my head at ease reclining
On the cushion's velvet lining that the lamp-light gloated o'er,
But whose velvet violet lining with the lamp-light gloating o'er
*She* shall press, ah, nevermore!

Then, methought, the air grew denser, perfumed from an unseen censer
Swung by angels whose faint foot-falls tinkled on the tufted floor.
"Wretch," I cried, "thy God hath lent thee—by these angels he hath sent thee
Respite—respite and Nepenthe from thy memories of Lenore!
Quaff, oh quaff this kind Nepenthe and forget this lost Lenore!"
Quoth the raven, "Nevermore."

"Prophet!" said I, "thing of evil!—prophet still, if bird or devil!—
Whether Tempter sent, or whether tempest tossed thee here ashore,
Desolate, yet all undaunted, on this desert land enchanted—
On this home by Horror haunted—tell me truly, I implore—
Is there—*is* there balm in Gilead?—tell me—tell me, I implore!"
Quoth the raven, "Nevermore."

"Prophet!" said I, "thing of evil!—prophet still, if bird or devil!
By that Heaven that bends above us—by that God we both adore—
Tell this soul with sorrow laden if, within the distant Aidenn,
It shall clasp a sainted maiden whom the angels name Lenore—
Clasp a rare and radiant maiden whom the angels name Lenore."
Quoth the raven, "Nevermore."

"Be that word our sign of parting, bird or fiend!" I shrieked, upstarting—
"Get thee back into the tempest and the Night's Plutonian shore!
Leave no black plume as a token of that lie thy soul hath spoken!
Leave my loneliness unbroken!—quit the bust above my door!
Take thy beak from out my heart, and take thy form from off my door!"
Quoth the raven, "Nevermore."

And the raven, never flitting, still is sitting, still is sitting
On the pallid bust of Pallas just above my chamber door;
And his eyes have all the seeming of a demon that is dreaming,
And the lamp-light o'er him streaming throws his shadow on the floor;
And my soul from out that shadow that lies floating on the floor
Shall be lifted—nevermore!

### Public Land Sales of the United States.

The last annual Report of the Commissioner of the General Land Office, which was laid before Congress January 2d, 1844, has just been printed. It contains some very interesting facts and suggestions, which we proceed to lay before our readers. From the letter of the Secretary of the Treasury it appears that the sales of public land during the calendar year, 1843, amounted to 1,639,674 acres; producing more than $2,000,000—exceeding the sales of 1842 by more than $600,000. Of the large amount of land thus sold, not more than

2,000 acres were dispos
mum price of one dollar
per acre. This Mr. Spe
operation of the pre-em
bles the actual settler t
land at the lowest price.
patents for lands have b
year and transmitted for
chasers. Among the su
the report of the Comm
Office, the Secretary of
particular attention to tl
patents in the Mineral
quiring prompt action.
the pre-emption law, t
Commissioner, seems to
tion as well as to preve
ernment, to give the fair
an opportunity for the s
In the year 1842, near
acres of the public la
market, and surveys the
like quantity into mark
and deeming it desirabl
cy, as demanded both b
terprise of the country
surveys were submitte
of the Commissioner
Office, in his previous
amount of revenue to b
ken into consideration,
not overlooked of havin
public domain in the S
their citizens, and the s
the newer portions of th
granted being ample, th
ingly pressed forward w
surveyors general havi
energy, and promptitud
responsibility which d
was thought possible t
hostility might be show
by the Indians who mig
in some parts of it; and
at an early day gave a
escort to be furnished fr
country, in case of any
as the surveying parties
tion of the kind, they di
of that precautionary m

There have been surv
missioner's last annual
four millions and a h
private land claims, a
where the field-notes w
by fire. In the south a
veys are extending to th
in the northwest are pr
tinguishment of the Ind
veys with the exceptio
claims, formed the basis
year 1844. On the e
boundary-line between
as, under the conventio
1838, it was ascertained
veys and sales were wit
ry; and orders were t
surveyor general of Lo
surveys, so as to limit th
dary, and make due r
Land Office, that prope
taken to refund the pu
cases of sales thus erro

*de la composición.* Apareció un año y medio después de la publicación de *El cuervo,* pero indudablemente el poeta ya había tenido que responder antes muchas veces a la pregunta: «¿Cómo escribió usted *El cuervo,* Mr. Poe?» En el citado ensayo reunió y organizó sistemáticamente sus respuestas.

«Muchas veces me he detenido a pensar lo interesante que sería un artículo de revista en el que un autor se hubiera propuesto —o, mejor dicho, hubiera podido— detallar paso a paso el proceso por el cual llegó a concluir una de sus obras. No sabría decir por qué no se ha escrito nunca un artículo semejante, pero creo que la vanidad de los autores es la principal responsable de tal omisión. A la mayoría de los escritores —y especialmente a los poetas— les encanta convencernos de que componen bajo una suerte de espléndido frenesí, una intuición extática, y les horrorizaría la idea de que el público pudiera meter la nariz en lo que ocurre entre bambalinas, en las laboriosas y vacilantes crudezas del pensamiento, en los verdaderos fines alcanzados sólo en el último momento, en los innumerables atisbos de ideas que no acaban de manifestarse, en las fantasías completamente maduras que hay que descartar con desesperación por ingobernables, en las siempre difíciles selecciones y rechazos, en las dolorosas correcciones y los añadidos; en pocas palabras, en los engranajes, en la maquinaria que mueve el decorado, las escalas y las trampas, las plumas de ave, el carmín y los lunares postizos que, en el noventa y nueve por ciento de los casos, constituyen el utillaje del *histrión* literario.

»Estoy convencido, además, de que no es frecuente que el escritor sea capaz de volver sobre sus pasos y mostrar cómo alcanzó el resultado final. Por lo general, las ideas llegan al espíritu de forma confusa, y confusamente también se las sigue y se las olvida.

»En lo que a mí respecta, no comparto todo ese temor y jamás he tenido la menor dificultad en rememorar los pasos sucesivos de cualquiera de mis obras; y puesto que el interés del análisis o la reconstrucción que he señalado como un *desideratum* es totalmente independiente de cualquier interés real o supuesto por la obra analizada, no creo faltar a las conveniencias si muestro el *modus operandi* por el cual llevé a cabo uno de mis poemas. He elegido *El cuervo* por ser el más conocido. Pretendo mostrar que no hay detalle en su composición que pueda atribuirse al azar o la intuición; por el contrario, la obra se desarrolló paso a paso hasta completarse, con la precisión y el rigor de un problema matemático.»

Casi se podría decir, exagerando un poco: Auguste Dupin

*Otra ilustración perteneciente al poema* El cuervo, *uno de los puntos culminantes en la carrera literaria de Poe.*



Historisches Bildarchiv

no esclarece esta vez un delito, sino el nacimiento de un poema. Analiza consecuentemente cómo el autor, o sea, Poe mismo, ha ido hacia adelante en su obra, qué reflexiones e intenciones le guiaron y cómo consiguió al final lograr en los lectores el efecto y la impresión que se había propuesto.

Lo que movió a Poe a escribir ese ensayo fue, en gran medida, un sentido de reflexión sarcástica respecto a sus afortunados coetáneos, pues realmente entonces parecía una provocación enojosa que un excéntrico pobretón se atreviera a decir: un poema no es fruto de la gracia y la inspiración, sino una operación de cálculo o una partida de ajedrez. Poe mismo parece haber

conocido el resto de la «partida» mejor que nadie, pues, en última instancia, todo depende de *quién* juega al ajedrez. Y colocado en una situación ventajosa, como anteriormente el señor Maelzel con su fraude automático, ¿quién podía rebatirle? Paul Valéry denominó a Poe el primer «ingeniero literario» de la literatura universal y Gottfried Benn consideró como el único rasgo moderno en el arte el que los poetas (nombra a Poe, Baudelaire, Mallarmé, Valéry, Eliot y Pound) se interesaran tanto por el proceso de composición poética como por la obra misma. Ahora bien, el carácter hipotético de la teoría artística de Poe es tan indudable como su efecto estimulante. Poe necesitaba más que nadie la ilusión de que él podía dominar el infierno que tenía dentro de sí mismo si lograba controlar plenamente su expresión, si conjugaba el ingenio con el alma, el entendimiento con el corazón, la fría templanza con la embriaguez; probablemente nada le hubiera satisfecho más que la aceptación completa por parte del público de esa combinación.

La actividad de Poe en el *Evening Mirror* duró aún unos meses. El editor N. B. Willis cuenta que Poe trabajaba en la redacción desde las nueve de la mañana hasta la hora en que el periódico salía de máquinas por la tarde. «Con su cara pálida, bella e inteligente, como si estuviera marcado por el genio, era imposible tratarle de otra forma que con los más refinados modales. Cuando ocasionalmente le decíamos que no debía ser tan duro en la crítica o le pedíamos que borrara algún pasaje en el que llevaba demasiado lejos su animosidad contra la sociedad o algo así, aceptaba enseguida y cortésmente con mucha más generosidad que otros que en tales circunstancias se muestran extraordinariamente susceptibles.»

## Ilusiones en Broadway

Desde el principio, parece que Poe consideró esta situación como una solución transitoria, pues esperaba impaciente la aparición de una nueva publicación semanal: el *Broadway Journal*, con John Bisco como editor y Charles F. Briggs como director. En febrero comenzó a trabajar en la nueva publicación, en la que, si bien disfrutaba de una amplia libertad de expresión, recibía un escaso salario, pues la puesta en marcha de la revista se presentaba sumamente difícil, como ya había previsto el editor. Ya en el primer mes Poe se vio envuelto en una de las controversias literarias más desagradables de su vida cuando, con motivo del

nuevo libro de poemas de Longfellow, afirmó haber encontrado ciertas influencias y algunas imitaciones en la obra, lo que prácticamente llevaba implícita una acusación de plagio. Este tipo de disputas por plagio era bastante frecuente en aquella época, y la desconfianza general se veía abonada una y otra vez por la práctica de las ediciones piratas. Pero Poe, fiel a su posición y a su propia estima, llevó la campaña demasiado lejos, hasta el extremo de que llegado un momento, apenas le fue posible sostener la acusación. Su presunta injusticia se hizo aún más patente por la postura de Longfellow, que, lejos de tomar cartas en el asunto, se mantuvo en silencio y dejó su defensa en manos de sus ardientes partidarios. Poe consiguió retirarse del asunto de una forma más o menos airosa explicando que había considerado los poemas de Longfellow demasiado precipitadamente. Esto era cierto, y Longfellow lo sabía, a pesar de lo cual subsistió la desavenencia. Es probable incluso que el repentino abandono de la publicación por parte del editor Briggs se debiera a la profunda división de opiniones que se originó en el equipo de la revista a causa de este enfrentamiento literario.




*Retrato de Henry Longfellow, por A. Weber. El escritor protagonizó, junto con Poe, un gran escándalo literario por la época en que éste trabajaba en el* Broadway Journal.

En el mes de julio Poe comenzó a participar en las tareas de dirección junto con Bisco; mientras él se hacía cargo de la redacción, Bisco se responsabilizó de la parte administrativa. Pero, lamentablemente, con la marcha de Briggs se había esfumado la fuente de capital más importante con la que contaba la revista, la cual tenía una tirada tan restringida que las ganancias apenas alcanzaban para cubrir los costes de edición y los escasos sueldos. Poe intentaba ayudarse enviando al *Broadway Journal*, además de los trabajos rutinarios, únicamente antiguas narraciones y resúmenes, mientras que para obtener algo de dinero ofrecía sus nuevos trabajos a otras revistas, entre ellas a la que Graham publicaba en Filadelfia.

Dos de esas nuevas narraciones son dignas de atención. *La verdad sobre el caso del señor Valdemar* trata de un tema de moda en aquella época, el mesmerismo, e intenta dar una nueva visión del entonces poco conocido fenómeno de la hipnosis o magnetismo. Un moribundo es hipnotizado pocas horas antes de su muerte, con lo que parece que ésta queda en suspenso. Sin embargo, cuando tras pasar algún tiempo en este estado, el hombre es despertado de su trance hipnótico, la realidad aparece en toda su crudeza: su cuerpo se desmorona en un estado de putrefacción propio de un cadáver de varios meses. La otra narración, *El sistema del doctor Tarr y del profesor Fether*, aborda el tema de la locura. El narrador relata una curiosa visita a un manicomio privado del sur de Francia. Allí es amablemente recibido, y conoce a su director y a un grupo de personas con los que disfruta de una encantadora velada. Sin embargo, como culminación de la relajada noche, ocurre algo inesperado: las ventanas tintinean, las puertas se atascan, se escuchan gritos y se produce una gran confusión, hasta que, finalmente, todo se aclara: desde hacía algunas semanas, los locos habían dominado a médicos y guardianes y los habían encerrado en sus celdas. Simplemente, era una representación con los papeles cambiados. Los diálogos del protagonista con sus anfitriones, los locos, destilan un humor macabro —el único admitido por Poe—, utilizado por el escritor como vehículo para lograr su objetivo: mostrar de qué forma tan brillante pueden los locos disimular su verdadera condición. Y esto lo lleva hasta el extremo de hacer pronunciar al supuesto director del manicomio afirmaciones tales como:

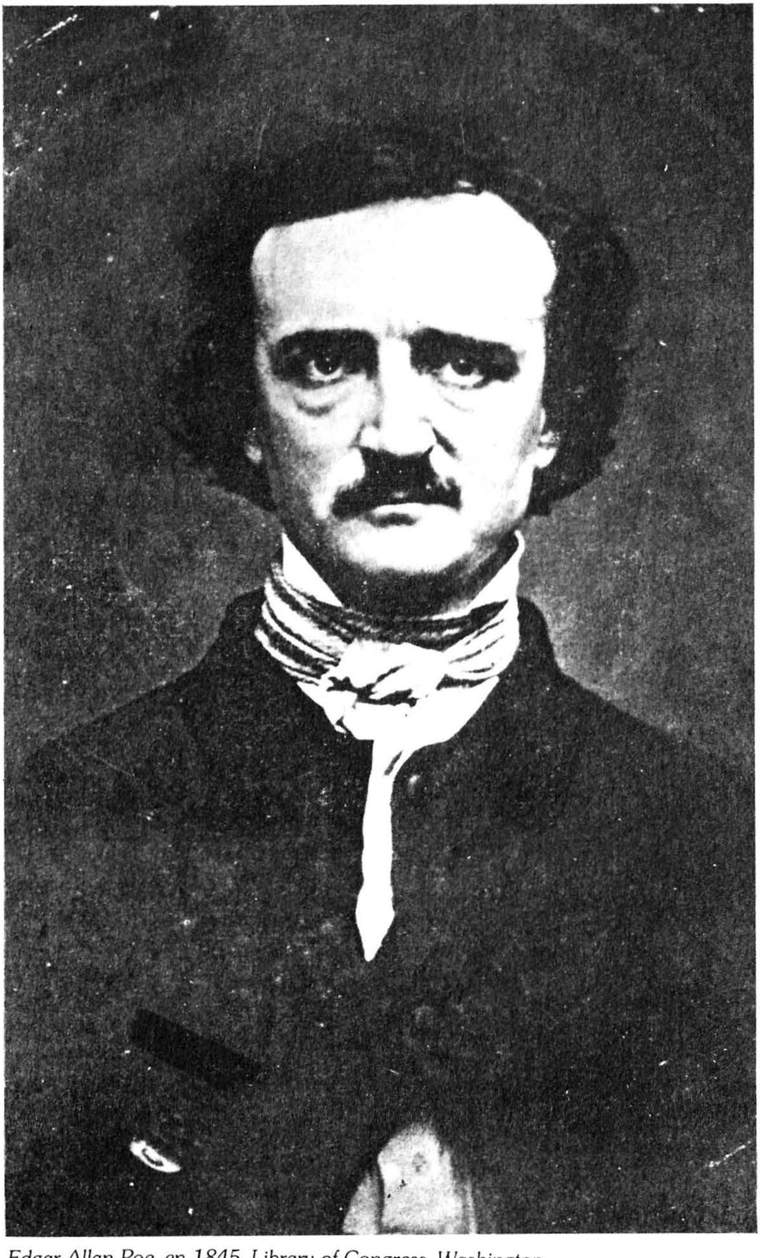
«No hay explicación para los caprichos de los locos, y en mi opinión, que comparto con el doctor Tarr y el profesor Fether, *nunca* se está seguro si se les deja andar solos y sin vigilancia. Un lunático puede ser "calmado" por un tiempo, pero siempre acaba

provocando algún alboroto. Su considerable astucia es, además, proverbial. Si proyecta alguna cosa, la ocultará con extrema sagacidad; y la destreza con que finge la cordura plantea al filósofo uno de los problemas más relevantes del estudio de la mente. No le quepa duda: cuando un loco se muestra *completamente* sano, ha llegado el momento de ponerle la camisa de fuerza.»

Ahora que Poe ocupaba un cargo similar al de redactor jefe en el *Broadway Journal*, una revista eminentemente literaria, no podía repartir su tiempo entre la redacción y su casa, sino que tenía que presenciar representaciones de teatro, escuchar conferencias y recitales, asistir a reuniones sociales y aceptar invitaciones si no quería perjudicar su posición y su prestigio. Las críticas teatrales de Poe son importantes para la historia del teatro americano debido a su gran agudeza como observador y a los excelentes retratos que realizaba de los actores de moda en aquella época. Todo ello se debía más a sus grandes dotes críticas que a la «sangre teatral» que algunos observadores le atribuyen como algo natural en un descendiente directo de actores. En realidad, Poe no sintió nunca una pasión especial por el teatro, y su único intento dramático, *Politian*, escrito en 1835, es más un ensayo convencional de una tragedia romántica que una auténtica obra teatral.

La enferma, y cada vez más débil, Virginia no podía acompañar a su marido más que de vez en cuando, pero a él se le podía ver frecuentemente en sociedad, cuando no actuaba como anfitrión recibiendo visitas en su casa. Entonces en Nueva York había no sólo círculos literarios, sino también cierto tipo de salones regidos por amantes de las bellas artes en los que se reunían con bastante regularidad personas interesadas por el arte o la literatura. Poe frecuentaba algunos de estos salones, como el de Mrs. Lynch, el del doctor Dewey o el de Mrs. Lawson. Pese a seguir tan pobre como antes, había adquirido cierta popularidad, sobre todo a través de *El cuervo*, y se había convertido en un autor rodeado siempre de mujeres, jóvenes y maduras. Incluso, en julio de ese año, 1845, volvió a encontrar un editor que se atrevió a publicarle una colección de sus más conocidas historias cortas, y en noviembre, en la misma editorial, Wiley & Putnam, apareció el volumen *El cuervo y otros poemas*. Si bien la publicación de estos libros no le aportó apenas beneficios materiales, sí consiguió en cambio aumentar la admiración del público por Poe.

Aunque aún es pronto para hablar de fama —que no conseguirá en América hasta bastante tiempo después, una vez obteni-



*Edgar Allan Poe, en 1845. Library of Congress, Washington.*

*Retrato de Frances Sargent Osgood, la joven escritora americana que mantuvo una gran amistad con Poe hasta la muerte de éste.*



BBC Hulton Picture Library

da en Europa—, parece claro que Poe era en aquella época un autor «en alza». Siempre era bien recibido en las reuniones, y su apariencia grácil y melancólica, unida a las exquisitas maneras de Virginia, aportaban cierto aire romántico a la idea que entonces se tenía en los círculos burgueses de lo que era un escritor. Continuamente se veía asediado para que recitara algunos poemas, especialmente *El cuervo*, y Poe, para quien tanto significaba la admiración de las mujeres, no se hacía de rogar. Fue también por esa época cuando comenzó su larga amistad con Mrs. Frances Sargent Osgood, una joven escritora cuyos primeros trabajos había elogiado Poe algunos años antes en Filadelfia. La escritora describe, con el tono sentimental característico de la época, la impresión que le causó Poe:

«Mi primer encuentro con el escritor tuvo lugar en el hotel Astor. Algunos días antes, Mr. Willis me había dado en la mesa el extraño y sorprendente poema titulado *El cuervo*, y me había dicho que el autor quería saber mi opinión. La impresión que me

causó fue singular, pues tenía el estilo de una "extraña música aterrenal". Casi me asusté cuando supe que el autor quería conocerme personalmente, pero hubiera sido muy desagradecida si me hubiese negado, pues había oído hacía poco tiempo los entusiastas elogios que había dedicado a mis obras en una conferencia sobre la literatura americana. No olvidaré la mañana en que fui llamada por Mr. Willis a la salita donde él me esperaba, con la cabeza orgullosa y erguida, los ojos semi negros, en los que chispeaban casi eléctricamente sentimientos y pensamientos, con un inimitable encanto y una expresión orgullosa, y su peculiar manera de comportarse. Me saludó tranquila y casi fríamente, con una seriedad que me dejó profundamente impresionada. Desde ese momento hasta su muerte seguimos siendo amigos, aunque sólo nos tratamos personalmente durante el primer año. Hasta que la razón desapareció de su sobrecargado cerebro, sentí siempre un gran respeto y consideración por su amistad y su total fidelidad. Incluso en esa época mantuve con él una relación epistolar a ruegos de su mujer, que suponía que mi influencia sobre él podía tener un efecto beneficioso; y esto parecía cierto: me había prometido solemnemente apartarse de todos los estimulantes, y mantuvo su promesa. Durante nuestra amistad no le vi ni siquiera un poco "alegre". El confiado amor entre él y su mujer me produjo siempre una profunda impresión: aparte de otros apasionamientos ocasionales, disculpables por su temperamento romántico, creo que fue la única mujer que Poe amó verdaderamente.»

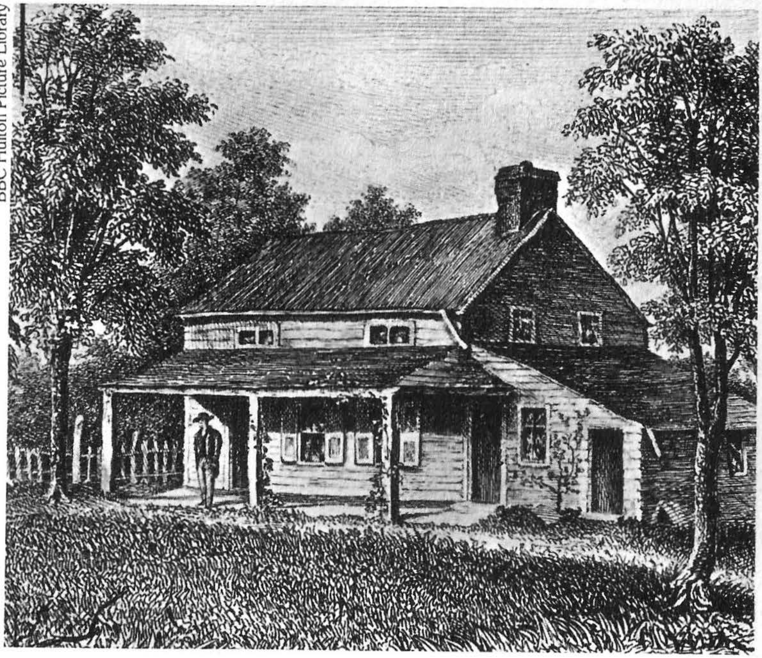
Estas líneas, que fueron escritas después de la muerte del escritor, cuando la relación personal hacía ya tiempo que se había interrumpido, se utilizan como defensa de la memoria de Poe contra las calumnias de Griswold. Sin embargo, se advierten en ellas ciertas referencias a la enojosa ruptura que tuvo lugar en la primavera de 1846, de la que sólo estamos someramente informados. Una de las «damas literarias» del círculo de conocidos de Poe, una tal Mrs. Ellet, se había erigido, seguramente por celos, en guardiana de la moral pública, intranquilizando a Virginia con cartas anónimas y forzando finalmente a Mrs. Osgood a la decisión de pedirle sus cartas a Poe. El escritor consideró esto como un agravio, máxime cuando parece haber sido la misma Mrs. Osgood quien había introducido en su casa a Mrs. Ellet. Pero Poe, que en la vida práctica era un deplorable conocedor del ser humano, no había pensado que el trato con admiradoras y ambiciosas escritoras jóvenes tenía sus peligros. El, que por otro lado era tan receloso y estaba poseído por una enfermiza desconfianza, no podía resistirse a un cumplido o a una lisonja.

Entre tanto, se cumplió el destino del *Broadway Journal.* En octubre se separó John Bisco, cuyos esfuerzos financieros habían continuado sin éxito, y durante los dos meses siguientes Poe fue, por primera y última vez en su vida, señor absoluto de una revista, mejor dicho, de un barco a la deriva. Realizó el máximo esfuerzo para reunir el dinero que permitiera la reaparición de la publicación, contrajo nuevas deudas e invirtió en la empresa incluso parte de sus honorarios ganados en otra parte. Sin embargo, todo esto no bastó para salvarla. El 3 de enero de 1846 apareció el último número de la revista con la siguiente comunicación en la primera página:

«Inesperadas obligaciones exigen mi total atención. Puesto que las tareas del *Broadway Journal* que me afectan personalmente ya están cumplidas, les doy ahora un cordial adiós a todos mis amigos y enemigos. El señor Thomas H. Lane será el encargado de liquidar los asuntos financieros.»

# 8. El desmoronamiento

En el amargo año de 1846 Poe comenzó la elaboración de una serie de artículos para el *Godey's Lady's Book*, de Filadelfia. Esta popular revista mensual, en la que antes había rehusado trabajar, fue en la época posterior la más importante, e incluso a veces la única, fuente de ingresos de Poe, que era bastante conocido por el editor. La serie de artículos llevaba el título «Los literatos de Nueva York. Sinceras observaciones sobre sus principales méritos y ocasionales reflexiones personales». Esta «picadura en el avispero» podría tacharse de frívola teniendo en cuenta la precaria situación que atravesaba el escritor en esa época. Pero Poe nunca fue un oportunista; no era su mala suerte, sino su propia conciencia, lo que le hacía rechazar los compromisos y no prestar atención como crítico a sus propios intereses. En este desgraciado periodo de su vida quizá fuera para él un cierto desahogo atacar a las engreídas figuras importantes de la vida literaria de Nueva York, que, por otra parte, han pasado a la posteridad gracias a los juicios y opiniones de Poe: de los casi cuarenta autores que trató en esa serie (a las damas con bastante más consideración), la mayoría han caído en el olvido. La excitación que se produjo en Nueva York fue considerable, y Godey tuvo que volver a imprimir algunos cientos de ejemplares de cada número. El escándalo alcanzó su punto culminante en julio, cuando Poe atacó a su antiguo amigo, el entonces conocido escritor Thomas Dunn English. English respondió con «artillería pesada» en el *Mirror.* Puesto que años antes había gozado de su total confianza conocía, lamentablemente, muchos de los problemas alcohólicos y penosos acontecimientos de la vida de Poe. Lo contó todo, y además añadió lo que había oído sobre los pasos en falso dados por el escritor en Nueva York. Estos eran hechos que Poe no podía desmentir. El furioso e indignado English había hecho un retrato tan grosero y moralmente repugnante, tan hábilmente dibujado y adecuado para la opinión pública de la época, que el golpe hubiera sido aniquilador si, en su celo, no



BBC Hulton Picture Library

*La casa de campo de Poe en Fordham, según un grabado de la época.*

hubiese cometido el error de acusar a Poe de una falsificación criminal, nombrando incluso un testigo de ella. Ante esto, Poe puso inmediatamente una querella por difamación contra el periódico y English por medio de su amigo Thomas, y tuvo por lo menos la satisfacción de que los acusados fueran condenados a pagar doscientos veinticinco dólares de multa. Las querellas literarias se llevaban entonces a terrenos extremadamente personales cuando uno quería estar seguro de tener la opinión pública de su lado. En este asunto, el motivo literario estaba en el trasfondo, y Poe hubiera debido saberlo. En todo caso, esto sólo sería una prueba en vida de lo que le esperaba después de su muerte.

Bajo tales circunstancias, Poe consideró aconsejable poner al menos unos cuantos kilómetros entre él y la ciudad en la que, a causa de ese escándalo, se había convertido en el centro de una fastidiosa curiosidad. Después de algún tiempo encontró en la aldea de Fordham, a veinte kilómetros de la ciudad, una casita con jardín, que su dueño, Mr. Valentine, le alquiló por cien dólares anuales. La zona era entonces uno de los lugares favoritos de



*El salón de Poe Cottage, la casa del escritor en Fordham. Library of Congress, Washington.*

veraneo, pero desde hace ya mucho tiempo está invadida por el gigantesco mar de casas de Nueva York. Por una serie de felices casualidades la casa escapó durante bastante tiempo al derribo hasta que la fama de Poe se afianzó en América. Hoy, bajo el patronato de la Bronx Society of Arts And Sciences, es un lugar de recuerdo protegido, que se puede visitar por un módico precio de entrada y que todavía contiene incluso algunos de los objetos auténticos de la época en que Poe vivía allí. En el año 1913 la casita se trasladó unos cuatrocientos cincuenta metros y ahora se encuentra frente al parque municipal Poe, en la esquina de las calles Kingsbridge y 192. Durante el último medio siglo la ciudad de Nueva York se ha esforzado satisfactoriamente por honrar la memoria de uno de sus más ilustres habitantes. Mrs. Mary Gove, que visitó a Poe junto con el editor Colton, describe cómo era la casa en 1846:

«Le encontramos a él, a su mujer y a la madre de ésta, que era a la vez tía de Poe. Vivían en una pequeña casa en lo alto de una colina, rodeada de una o dos yugadas de césped liso como el terciopelo y limpio como una alfombra bien cuidada; en la parte delantera había algunos grandes cerezos viejos que proyectaban su sombra. La casa tenía tres habitaciones: una cocina, un salón y un dormitorio encima de éste. Tenía también un porche donde uno podía sentarse en verano a la agradabilísima sombra de los árboles. Ningún arriate, ni flores, sólo el césped liso y los altos árboles. La voz de Poe era extraordinariamente melodiosa. Hablaba bajo incluso en fuertes discusiones, y forzaba a sus oyentes a prestar atención si querían conocer sus opiniones, sus puntos de vista, o sus extrañas ocurrencias, aunque éstas salían habitualmente de su pluma y rara vez de su boca. En esa ocasión, como ya he dicho, conocí también a su mujer y a su suegra. Esta era una mujer alta, digna, de maneras delicadas. Su traje, aunque gastado, producía una impresión de esmero. Llevaba una cofia de viuda al estilo antiguo que le iba extraordinariamente bien con sus cabellos blancos como la nieve. Tenía rasgos amplios que armonizaban con su figura. Es extraño que una mujer tan fuerte y tan regia fuera la madre de su casi infantil hija. La señora Poe aparentaba ser muy joven. Tenía grandes ojos negros, una tez blanca perlada y estaba extraordinariamente pálida. Esa palidez de su rostro, los ojos brillantes y el cabello tan negro como ala de cuervo le prestaban una apariencia aterrenal. Daba la sensación de ser casi un espíritu incorpóreo y cuando se la oía toser se podía dar por seguro que pronto moriría. La madre parecía sana y vigorosa, como un ángel protector de sus extraños hijos. La casita de

campo tenía cierto encanto que seguramente provenía de sus moradores. Nunca hasta entonces había visto una casa más limpia, más pobre y más ahorrativamente amueblada. El suelo de la cocina estaba reluciente. Una mesa, una silla y una pequeña estufa era todo lo que había allí. En el salón había esterillas tejidas a mano y cuatro sillas alrededor de la mesa; una lámpara y una estantería para libros formaban el resto del mobiliario. Poe se encontraba entonces muy deprimido a causa de la terrible penuria en la que vivía, de la enfermedad de su mujer y de su incapacidad para escribir suficientemente.»

Poe dio un paseo con sus huéspedes por el bosque cercano, donde entre los dos hombres se hizo una pequeña apuesta sobre un salto de longitud. El escritor, a pesar de todo, estaba en forma. Lamentablemente, en este salto se rompió el último par de zapatos que tenía y su tía se mostró visiblemente preocupada cuando lo vio a su regreso. Hizo un aparte con Mrs. Nichols y le pidió que convenciera al editor Colton para que comprara un poema que Poe acababa de escribir, con lo que éste podría procurarse un par de zapatos nuevos. Mrs. Nichols cuenta: «Nosotros acabábamos de leer el poema y, el cielo nos perdone, no habíamos podido encontrar en él ningún sentido. De algunas partes melódicas se podía concluir que había sido escrito en una lengua olvidada hacía largo tiempo. Me acuerdo de haber expresado la opinión de que quería burlarse de nosotros para ver hasta qué punto podía llegar con su imponente fama. Pero ahora se trataba de una situación especial. El editor se sintió culpable por los zapatos rotos. "Seguro que se llevará el poema —le dije—; voy a preguntar al señor Colton si puede quedarse ya todo arreglado." El poema se pagó inmediatamente, y se publicó enseguida.»

Este poema era *Ulalume*, que aún hoy se considera el punto culminante de su lírica. En el relato de Mrs. Nichols se puede apreciar el efecto extraño y chocante que producían tales poemas en esa época. La situación material de Poe era entonces desesperada. El eco de la controversia pública con Dunn English no se había apagado aún, y los editores, incluso los que antes habían mostrado su benevolencia con Poe, no se atrevieron a publicar durante cierto tiempo nada de un autor tan comprometido moralmente. «Permítame, como auténtico amigo, hablarle franca y abiertamente —le escribió el bienintencionado W. S. Simms, de Nueva York—. Usted se encuentra ahora en la peor situación de toda su carrera, en un momento en el que cualquier paso en falso puede tener consecuencias fatales.» Y continúa: «Sin embargo, no suponga que le han abandonado todos sus amigos. Algunos

de ellos, los más valiosos, le ayudarán con gusto cuando regrese a la colectividad, a esa parcela moral de la sociedad respecto a la que usted, y lo digo con benevolencia y con pesar, ha mostrado tanta despreocupación e indiferencia. Siga todavía una temporada en la oscuridad. Tiene una mujer joven, enferma y sensible; dedíquese a su cuidado y aleje de usted todas las diversiones y tentaciones que sean indignas de ella.»

Excepto algunas visitas ocasionales de Nueva York, Poe sólo mantenía un trato amistoso en aquella época con algunos eruditos jesuitas del St. John College, situado no lejos de allí. Uno de ellos, el padre Edward Doucet, que sería después rector de esa institución, dice de Poe:

«En su comportamiento y en sus modales producía una impresión de extraordinaria delicadeza. Los rasgos de su cara eran tensos y muy espiritualizados. Estaba extraordinariamente bien informado sobre un sinfín de temas. El desgraciado escritor sufría de una debilidad, que más bien parecía ser una enfermedad, contra la que se defendía resueltamente. ¡Pobre Poe! Sus enemigos, y tenía muchos, acumulaban el capital de sus debilidades y lo arrojaban contra él con una hostilidad y una perseverancia tales que hubieran quebrantando un espíritu más débil.» Es comprensible que en tales circunstancias Poe apenas publicara algo nuevo durante 1846. En diciembre, escribió al doctor Chivers: «Más de seis meses he estado enfermo, y a veces tan grave que hasta ahora era incapaz de escribir una simple carta. Todo lo que se ha publicado mío en esta época ya estaba terminado antes de que cayera enfermo. Desde que me encuentro algo mejor, estoy sumergido en todo cuanto se ha acumulado durante mi enfermedad.»

## El abrigo y la gata

Por esa época ya había amainado algo el escándalo literario, pero la vida de Virginia era sólo un destello sin esperanza. Mrs. Gove informa:

«En otoño se agravó la enfermedad de Mrs. Poe. Yo la vi en su habitación. Allí todo seguía estando limpio, pero tan humilde y marcado por la pobreza que no podía mirar a la enferma sin sentir una opresión en el corazón, como la que siente el pobre ante el pobre. La cama sólo tenía un colchón de paja, y era de laca blanca como la nieve. Hacía frío y la joven enferma tenía los escalofríos propios de la fiebre de los tísicos. Reposaba en su cama de paja,

estaba envuelta en el gran capote de su marido y tenía en su regazo una gata de color atigrado. El precioso animal parecía saber lo provechoso que era. El abrigo y la gata eran los únicos medios de procurarle a la enferma algo de calor. A veces, su marido le calentaba las manos y su madre los pies. Mrs. Clemm quería mucho a su hija y era terrible ver la desesperación en la que estaba sumida ante su miseria y su enfermedad. Tan pronto como comprobé esta miseria por mí misma, me dirigí a la caridad de una dama que estaba siempre dispuesta a oír las súplicas de los pobres y los afligidos. Un colchón y un edredón de plumas, así como suficiente ropa de cama y otros enseres fueron los primeros frutos de su acción caritativa. Esta señora organizó incluso una colecta, y a la semana siguiente llevó sesenta dólares. Desde el día en que la buena señora se enteró de la miseria de la familia Poe, fue su protectora.»

Esta señora era Mrs. Louise Shew, y la familia tendría mucho que agradecer a su bondad y caridad en las tristes semanas de finales de 1846, y también después. Seria lógico suponer que las notas que aparecieron de forma espontánea en la prensa de Nueva York, Filadelfia y otras ciudades con el fin de conseguir ayuda para las necesidades de Poe hicieron sentir a éste que no era el hombre olvidado y traicionado que se imaginaba. Sin embargo, el escritor encontró tales peticiones como un oprobio y se apresuró a protestar y desmentir su contenido. Ninguna necesidad, por grande que fuera, podía bajarle los humos al caballero de Richmond.

En estas terribles semanas, Poe pasaba sentado junto a la cama de su esposa moribunda la mayor parte del tiempo que estaba en casa, abatido por la tristeza y la desesperación. Su constitución, extraordinariamente débil, nunca se repondría de esta sobrecarga. Velaba a menudo toda la noche junto a Virginia para que su suegra pudiera descansar un poco, consolaba a la moribunda cuando se despertaba y escuchaba atentamente su débil respiración cuando dormía. De este pasaje de la vida de Poe se habla a menudo como si se tratara de un capítulo sentimental y bohemio. Pero en la América de entonces no existía, sin embargo, ninguna bohemia y Poe, que vivía en esa América, intuía, seguramente con razón, que a él, a pesar de la compasión, la mayoría le consideraba como un fracasado *scribbler* que ni siquiera podía alimentar a su familia. Durante los once años de su matrimonio Virginia había conocido únicamente algunas pausas ocasionales en su vida de pobreza. Sin embargo, siempre lo soportó sonriente, como afirman todos los que la conocieron,

hizo feliz a su marido hasta el final, tributándole la admiración que él tanto necesitaba, y nunca existió entre los dos ni una palabra de enfado. El escritor, totalmente hundido en la hipocondría y el miedo, no tenía idea alguna de que en ese frío y oscuro enero de 1847 iba a tener lugar un hecho decisivo para la expansión de su fama posterior. Era el 27 de enero de 1847 —la investigación literaria francesa ha determinado exactamente la fecha— cuando, en París, el entonces desconocido Charles Baudelaire leyó la narración de Poe titulada *El gato negro*. Y con ello, Poe, sin saberlo, ganaba el mayor apóstol de su fama mundial.

Tres días después, el 30 de enero, moría Virginia, y era amortajada en la mesa de trabajo de Poe. La única imagen que existe de ella es una acuarela acabada después de su muerte, pero no se conoce el nombre de su autora. Poe conservó este cuadro junto al único retrato que poseía de su madre.

Después del entierro de Virginia, Poe sufrió una crisis nerviosa que le mantuvo en cama durante semanas. Su tía y Mrs. Shew le cuidaron y también le fue prestada atención médica. En aquella ocasión se le manifestó por primera vez una grave dolencia de corazón.

No es posible entrar con detalle en los últimos tres años de la vida de Poe, que en su conjunto son de una monotonía torturante y desconsoladora, un errado torbellino de excesos, derrumbamientos y amoríos histéricos, cuyas causas quizá haya que buscarlas en un creciente desmoronamiento de su personalidad. Unicamente sigue siendo sorprendente que en esa larga agonía surgieran algunas pausas creadoras. De esta época son algunos poemas excelentes, aquel poema en prosa que quizá sea la más curiosa y más largo tiempo subestimada de todas sus obras, *Eureka*, y su última historia corta, *Hop-Frog*.

No es cierto, o al menos no lo es del todo, que Poe sucumbiera finalmente al rechazo y a la incomprensión de sus coetáneos. Precisamente de esta época existen testimonios de personas con una verdadera disposición de ayuda y de activa compasión hacia él. Realmente, el lado puramente humano de la existencia de Poe no podía inspirar más que compasión, y ésta la encontró en hombres y mujeres, en amigos y desconocidos. Además, en el Poe de estos últimos años se podía percibir en ocasiones, lejos del espanto y la repulsión, que un espíritu extraordinario se estaba tambaleando y caminaba hacia su extinción.

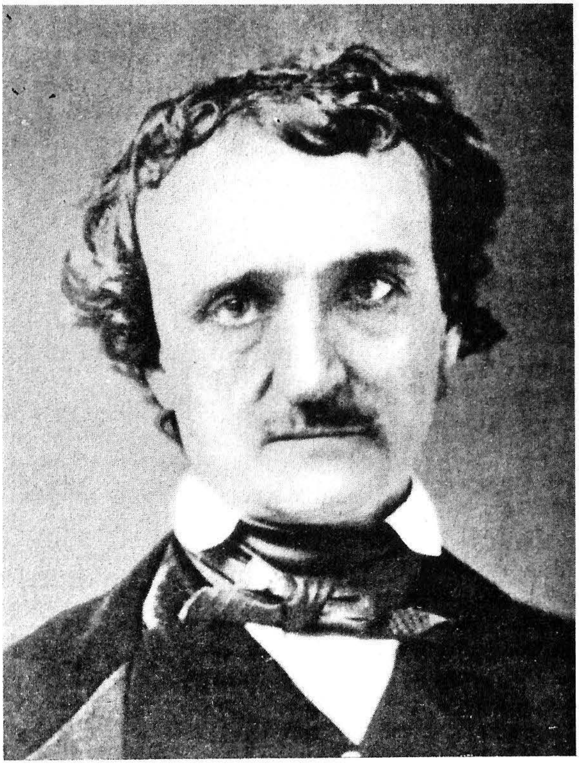
Es difícil saber con seguridad si era posible ayudar a Poe realmente. Incluso si esto se plantea como un interrogante, éste sólo tendría validez para la etapa de su vida que abarca los once

años de matrimonio con Virginia, sin duda alguna su mejor época o, si se quiere, la menos mala y más productiva. Es cierto que entonces los interesados editores no se portaron demasiado bien con alguien que ya había puesto de relieve en más de una ocasión sus asombrosas cualidades como escritor; pero, por otra parte, él también fue culpable de una serie de fracasos y escándalos, o por lo menos fue partícipe de la culpa. Este hombre, que tanto influiría en el futuro, caminó como un soñador por la realidad de la América de su tiempo. En esa América de los años 1840, el Norte mantenía la hegemonía tanto en el aspecto material como en el intelectual, fomentando un tipo humano que, sin menosprecio de sus valores, era totalmente opuesto a la mentalidad de Poe. El escritor había viajado a Filadelfia y luego a Nueva York, con la seguridad de que las posibilidades de publicidad eran bastante mayores en estos estados que en el estancado Sur, pero no consiguió hacerse a la mentalidad *yankee*, cuyos axiomas eran optimismo, creencia en el progreso y mejora del mundo. Un hombre como Poe no podía más que encogerse de hombros e ironizar sobre esta forma de pensar. Realmente, era difícil encontrar en los materialistas estados del Norte a alguien que comprendiera mínimamente a un hombre que estaba profundamente convencido de que seis mil años antes la humanidad no había sido más feliz ni más desgraciada que entonces, y de que tampoco cambiaría seis mil años después. Para la América de su tiempo Edgar A. Poe fue una provocadora y extraña aparición antiamericana y, además, alguien a quien faltaba capacidad de adaptación.

## «A los pocos que me quieren»

Después de todo esto no sorprende demasiado que Poe encontrara a veces comprensión humana en personas que apenas le conocían intelectualmente o que casi no eran capaces de entenderle. En cierta forma, ése había sido también el caso de la ya desaparecida Virginia: le admiraba sin discusión, pero no pudo alcanzar una auténtica camaradería con él debido a sus diferentes niveles intelectuales. Ese era también el caso de su suegra y tía, que le veneraba aunque a menudo tuviera que cuidarle y consolarle como a un niño desvalido. Así pues, es comprensible que la buena y caritativa Mrs. Shew siguiera siendo un benéfico refugio para el enfermo y torturado viudo, incluso un año después de la muerte de Virginia, aunque no tuviera más que limitados conocimientos literarios y, según confesión propia, casi no conociera

*Daguerrotipo de Poe realizado el año 1848.*



Brown Brothers

nada de su obra. Era hija de un médico, poseía considerables conocimientos de medicina y mantenía relaciones con algunos respetados médicos de Nueva York. Era también una mujer pragmática, que se tomaba muy en serio los deberes religiosos. Sin ninguna duda, hay que agradecerle a ella y a su enérgica y beneficiosa influencia el hecho de que Poe saliera del triste año 1847 con una clara mejoría de su salud. Quizá hubiera podido ser esa mujer —que él celebró en versos bajo el nombre de «Louisa»— la esposa capaz y acaudalada que le hacía falta a Poe. Lamentablemente, él estaba más convencido de esto que ella. A principios de verano, Mrs. Shew se vio en la necesidad de darle una amable pero decidida negativa, impidiendo al mismo tiempo todo trato personal. Ya anciana se expresaba así al biógrafo Ingram: «Mr. Poe me trató siempre con mucha consideración; no fui para él sólo un apoyo en la necesidad, sino una verdadera amiga. Sin

embargo, ¡era tan excéntrico y extraño! Yo estaba atada a mi posición social y tuve que hacerle daño. Después de su muerte he lamentado mi carta como lo hacemos todos cuando ya es demasiado tarde.»

La desesperada carta de respuesta de Poe suena algo patética y quejumbrosa, pero una de sus frases se confirmó después con una diferencia de tiempo relativamente insignificante: «Sin el verdadero, delicado y puro amor de una mujer no llegaré a vivir ni un año.»

También fue Mrs. Shew la que le animó mientras escribía el poema titulado *Las campanas*, que, junto con *El cuervo*, afirmó la posición de Poe como poeta. Del mismo modo, gracias a la relativa despreocupación y tranquilidad de que disfrutó en Fordham, proporcionadas por Mrs. Shew, pudo publicarse su obra *Eureka* en 1848. En la introducción del libro se puede leer:

«A los pocos que me aman y a quienes yo amo, a los que sienten, más que a los que piensan, a los soñadores y a los que ponen su fe en los sueños como únicas realidades, ofrezco este libro de verdades, no como heraldo de la verdad, sino por la belleza que en su verdad abunda, haciéndola verdadera. A ellos brindo esta composición sólo como una obra de arte, como una novela o, si no es una pretensión demasiado elevada, como un poema.

»*Lo que aquí propongo es verdadero;* por lo tanto, no puede morir; y si de alguna forma fuese abatido y muriese, "nacerá de nuevo a la vida eterna".

»Sin embargo, deseo que esta obra sea juzgada después de mi muerte sólo como un poema.»

De todas las obras de Poe, ha sido ésta la más olvidada, incluso mucho tiempo después de que se hubiera reconocido el genio de su autor. Dos generaciones no pudieron entender esa «poesía en prosa» que parecía más una divagadora especulación científica con una base no religiosa que una poesía en el sentido habitual. Poe da en *Eureka* una nueva, y en aquella época extraordinariamente extraña, explicación del universo. Su tesis básica era: «En la unidad originaria del primer ser se encuentra la causa secundaria de todas las cosas, y, al mismo tiempo, el núcleo de su inevitable destrucción.»

No es éste el lugar apropiado para realizar un estudio exhaustivo del contenido de este extraño libro, por lo que omito una valoración de la obra. Sin embargo, es necesario recordar, para entender por qué *Eureka* ha pasado a ser tan extraordinariamente actual en los últimos cuarenta años, que Poe partía del átomo y

comparaba la creación con el principio de divisibilidad del átomo originario. A partir de la expansión originaria, la reacción se constituye como una tendencia de todas las fisiones hacia una nueva fusión. Puesto que todos los soles con sus sistemas planetarios son el resultado de fisiones atómicas, tienden hacia un centro originario, y convergen al final en una unidad, que materialmente es idéntica a la nada y metafísicamente es idéntica a Dios.

A partir de la revolución de la física llevada a cabo por Planck y Einstein, el *Eureka* de Poe fue adquiriendo una actualidad profética. Cuanto menos puede hablarse de anticipación científica respecto a la física nuclear, tanto más asombrosas aparecen en su conjunto las intuiciones y visiones de Poe. La crítica más elogiosa de este libro fue la realizada por Paul Valéry, a principios de los años treinta de nuestro siglo. Valéry fue capaz de definir este poema en prosa, casi olvidado, como la primera «poesía cosmológica moderna», pues el escritor francés, como el ministro D. en la historia detectivesca de Poe *La carta robada*, no sólo era poeta o matemático, sino ambas cosas a la vez.

Aproximadamente por la época en que *Eureka* apareció publicado en forma de libro en Nueva York, Poe abandonó Fordham para visitar Richmond. Apenas existía un motivo convincente para ese viaje, a no ser cierta nostalgia de su hogar. También visitó al nuevo editor del *Southern Literary Messenger*, John B. Thompson, quien, por cierto, dio de él un informe poco halagüeño:

«Poe ya no está en Richmond. Permaneció aquí aproximadamente tres semanas. Estaba terriblemente borracho y hablaba sobre *Eureka* en las tabernas a todo el que quisiera escucharle. Sus amigos intentaban mantenerle sobrio para que volviera a trabajar, pero sin éxito. Finalmente, le obligaron a embarcar para Nueva York. Yo me he esforzado en hacerle escribir algo para mí mientras estaba aquí, pero sus momentos lúcidos eran tan breves e irregulares que ha sido imposible. Acepté de él una *Teoría del verso,* pero fue más un acto de compasión que otra cosa, pues exige una gran familiaridad con el tema y, por otra parte, es demasiado técnico y extraño para los lectores normales. No cabe duda de que Poe es un individuo único.»

## Astracanada entre Helen y Annie

Cuando dejó Richmond, Poe no volvió enseguida a Nueva York. Antes pasó por Providence, en el estado de Rhode Island,



BBC Hulton Picture Library

*Retrato de Sarah Helen Whitman, pintado por C. J. Thompson. Mrs. Whitman y Poe estuvieron a punto de contraer matrimonio, pero una agria discusión que se produjo la víspera de la boda puso punto final a sus relaciones.*

donde vivía una tal Mrs. Whitman, que sería el objeto de una nueva pasión excéntrica. Helen Whitman era una viuda de cuarenta y cinco años, todavía hermosa, que gozaba de cierta fama como poetisa de versos muy sentimentales al estilo de la época. Había conocido a Poe en 1845 a través de Mrs. Osgood, y el escritor no se mostraba insensible cuando Mrs. Whitman le celebraba en sus versos o expresaba su admiración por el autor de *El cuervo*, cosa que hacía a la menor ocasión que se le presentaba. No tardó Poe en proponerle matrimonio, ante el susto de Helen, la cual no sólo vivía en casa de su madre, sino que económicamente dependía por completo de ella. Apenas se filtró algo sobre las relaciones entre Mrs. Whitman y Poe, los «bienpensantes» amigos

y conocidos de la dama corrieron a prevenirle, como era de esperar, contra aquella unión con un escritor de tan mala reputación. Poe prometió solemnemente a Helen evitar el alcohol, pero fue en vano. Rompería repetidas veces esta promesa, incapaz de cumplirla.

En otoño de 1848 se complicaron las cosas cuando Poe se enamoró, al mismo tiempo, de otra mujer. Conoció a Mrs. Annie Richmond después de una conferencia en Lowell (Massachusetts), que fue un gran éxito, y al poco tiempo la visitaba en su casa en Westdorf. Annie era una mujer encantadora y no cabe duda de que al poco de conocerle sintió por el atractivo y desgraciado escritor algo más que una amistad. A diferencia de Mrs. Whitman, no era una mujer con formación literaria, pero, en opinión de todo el mundo, poseía un gran encanto. Entre Annie y Poe seguramente no hubiera surgido aquel romance de haber tenido ella un marido menos comprensivo. Confiaba plenamente en su mujer, y ella no desaprovechó esa confianza.

Pero Poe, casi siempre de viaje, empeñado en evitar, ante todo mediante conferencias y veladas de recitales, que su nombre fuera olvidado, se encontró casi sin darse cuenta entre dos mujeres. Aunque desde un principio le había contado a Mrs. Richmond sus relaciones con Mrs. Whitman e incluso aquélla había aplaudido su decisión de casarse, Poe parece haber descubierto al final del otoño, cuando era casi seguro el compromiso con Mrs. Whitman, que quería más a «Annie». Por una carta que le escribió el 7 de noviembre podemos apreciar cuál era entonces el estado de ánimo del escritor:

«¡Ah, Annie, mi Annie! ¡Qué crueles pensamientos sobre su Eddy deben haber lacerado su corazón en los últimos quince días, durante los cuales no ha sabido nada de mí, ni la más mínima palabra que le hubiera confirmado que aún vivo y que la quiero! Annie, usted conoce exactamente la naturaleza del amor que le profeso, y no debe dudar ni un momento de él... Pero, Annie, mi querida Annie, ¿cómo puedo explicarle la amarga angustia que me atormenta desde que la dejé?... Cuando la estreché contra mi corazón me dije: ésta es la última vez que nos vemos en la tierra. No sé exactamente cómo llegué a Providence. No conseguía dormir y estuve dando vueltas en la cama durante toda aquella larga y terrible noche, lleno de desesperación. Cuando despuntó el día me levanté e intenté tranquilizarme dando un paseo para sentir el aire frío y penetrante, pero fue en vano; el demonio seguía atormentándome. Finalmente me procuré dos onzas de láudano y regresé a Boston, aunque no al hotel. Más

tarde le escribí una carta en la que le abría totalmente mi corazón, y le confesaba que no podía seguir soportando esta lucha. ¡Cómo se rebelaba mi alma al escribir las palabras que pugnaban por salir, pero que yo nunca me había decidido a decirle, ni siquiera por amor a usted..! También le imploraba que viniera, indicándole el sitio donde podría encontrarme en Boston. Al acabar la carta me tomé aproximadamente la mitad del láudano y me fui deprisa hacia correos... Pero no había sospechado lo rápidamente que actúa el láudano. Quedé insconciente antes de llegar a correos y no pude echar la carta... Un amigo me ayudó y me procuró alivio; parece que mi estómago había rechazado el láudano; me quedé más tranquilo, y al sentirme curado volví a Providence. Allí, cuando nos encontramos, el amor que siento por usted me forzó a decirle aquellas palabras. Pero, Annie, ¿puede ser tan duro su corazón? ¿No hay ninguna esperanza? Siento que voy a morir si continúo así; ¿cómo puedo, ahora, salir de esto honorablemente? ¡Ah, querida, piense, piense en mí!»

Esa carta parece ser similar a muchas otras de esa época y de la siguiente. No sólo destaca su lenguaje desordenado y febril, ese oscilante desorden del informe balbuceante, sino la absoluta falta de discernimiento entre la realidad y lo posible. Juega tan obstinadamente con el deseo y la imaginación, que podría tildársele de infantil si no conociéramos al Poe del análisis ingenioso, tan diferente del Poe de la ensoñación desenfrenada. Son dos factores de su personalidad que se conjugan en peligroso desequilibrio.

El intento de suicidio con opio no fue una invención. Pasó exactamente como Poe lo describe. Pidió la mano de Mrs. Whitman y anunció su compromiso cuando su petición fue aceptada. La noche del 23 de diciembre, víspera del enlace, un desliz alcohólico ocurrido el día anterior motivó una discusión en la que finalmente intervino la madre de Mrs. Whitman: «Cuando intentó obtener de mí la promesa "de que nuestra separación no había de ser definitiva" —dijo después Mrs. Whitman—, mi madre me ahorró la respuesta poniendo fin inmediatamente a aquella conversación. Mr. Poe abandonó la casa tras hacer una amarga observación sobre lo que él llamaba "insoportables ofensas" de mi familia. No le volví a ver.»

# 9. Tinta y sangre: el final

Poe volvió a casa de su tía en Fordham. En las frías y solitarias mañanas de invierno de aquella pequeña casita, donde, como era habitual, reinaba la más amarga necesidad, escribió Edgar A. Poe su último relato importante. En febrero escribió de nuevo a Mrs. Richmond: «Lo que acabé ayer tiene un título que usted no podría adivinar: *¡Hop-Frog!* Imagínese: ¡Su Eddy escribiendo una historia con un título semejante! El título no le dirá nada del contenido (es horroroso), estoy seguro de ello. Se va a publicar en una revista, *The Flag of Our Union;* quizá no sea una revista muy considerada desde el punto de vista literario, pero es una de las que mejores honorarios pagan.»

*Hop-Frog* forma parte de los «relatos de venganzas», junto con aquel otro escrito a finales del otoño de 1846 que lleva por título *El tonel de amontillado,* y que comienza de esta forma tan significativa:

«Había yo soportado lo mejor que podía, hasta entonces, las mil ofensas de que Fortunato me hacía objeto, pero cuando se atrevió a insultarme juré que me vengaría. Pero vosotros, que conocéis perfectamente mi alma, adivinaréis que no proferí amenaza alguna. *Con el tiempo* acabaría vengándome, no me cabía la menor duda de ello; y esa misma seguridad excluía toda idea de riesgo. No sólo pretendía castigar, sino hacerlo con absoluta impunidad. No se repara una afrenta cuando el castigo alcanza al reparador, y tampoco si el vengador no consigue mostrarse como tal a quien le ha ofendido.»

Modelos como éstos podrían ser calificados de crueles, incluso de sádicos; hay quien cree encontrar también rasgos sádicos en otras historias anteriores, como, por ejemplo, *El gato negro.* El narrador, «miembro de la estirpe de los Montresor», consigue atraer finalmente a la víctima a su profunda bodega, donde es emparedada viva; la historia termina con una cita de intencionalidad claramente sarcástica: «*In pace requiescat*» (descanse en paz). El escudo de armas de la familia de los Montresor lo constituye un

pie que destruye a una serpiente reptante, sobre lo cual aparece el lema «*Nemo me impune lacessit*» (Nadie me hiere impunemente).

Sangre es sangre y tinta es tinta. Pero la tinta de Poe en sus últimas narraciones tiene un efecto corrosivo que aún pervive; se aprecia en ellas, no sin cierta justificación, una suerte de tribunal alegórico que juzga la moral y la sociedad de su época, y quizá no sólo de su época. En 1849, pocos meses antes de que partiera por última vez hacia Richmond, apareció en el mencionado *magazin* de Boston la historia *Hop-Frog* (que equivale más o menos a «salto de rana» o a «rana saltarina»). También ha sido analizado psicológicamente en profundidad muchas veces, aunque lo más importante de su contenido es hoy bastante evidente. Hop-Frog es un bufón de la corte. El rey se divierte con él no sólo a causa de sus ocurrencias graciosas, sino también porque el bufón es un enano y está tullido.

«Pero si la deformación de las piernas sólo permitía a Hop-Frog moverse, y ello con gran dolor y dificultad, sobre una superficie plana y regular, la naturaleza parecía haber querido compensar aquella deficiencia de sus miembros inferiores otorgándole una fuerza prodigiosa en los brazos, que le permitía efectuar con maravillosa destreza otras hazañas, como trepar por cuerdas o árboles. Mientras llevaba a cabo esos ejercicios se parecía mucho más a una ardilla o a un mono que a una rana.»

Su única amiga y confidente en la corte es una bailarina, Trippetta. Los dos habían sido enviados allí como botín de guerra de algún lejano país bárbaro. Trippetta, bien considerada en la corte, intercedía siempre que le era posible en favor de Hop-Frog, pues el bufón, aunque era apreciado como bromista, no gozaba de la estimación de nadie. Un día en que iba a celebrarse un baile de máscaras, el rey y sus siete ministros deliberaban sobre qué traje iban a ponerse. Como no se les ocurría nada, mandaron llamar a Hop-Frog y a Trippetta.

«Cuando los dos pequeños amigos acudieron a la llamada del rey, le encontraron bebiendo vino en compañía de los siete miembros de su Consejo; pero el monarca parecía estar de muy mal humor. No ignoraba que a Hop-Frog le desagradaba el vino, pues excitaba al pobre lisiado casi hasta la locura, y la locura no es una sensación agradable. Pero al rey le entusiasmaban sus bromas y le pareció divertido obligar a Hop-Frog a beber.» Hop-Frog tuvo que vaciar al punto la enorme copa y, como no se le ocurría nada, enseguida se le dio la segunda. El enano temblaba y respiraba con dificultad. Trippetta se arrojó a los pies del rey para interceder por el sufriente enano, pero el borracho soberano derramó el

contenido de la copa en su cara. «La pobre niña se levantó como pudo y, sin atreverse siquiera a respirar, volvió a su sitio a los pies de la mesa. Durante casi un minuto reinó un silencio de muerte, en el que se hubiera oído caer una hoja o una pluma. Fue interrumpido por un áspero y prolongado *rechinar*, que parecía provenir de todos los rincones del salón al mismo tiempo.»

Entonces Hop-Frog pareció experimentar un cambio repentino, bebió riendo una segunda copa enorme y desarrolló ante el rey y los entusiasmados ministros un plan nuevo, que no se había puesto en práctica en ninguna de las mascaradas anteriores. Al sonar la medianoche, en medio de la expectación reinante, irrumpirían en el salón ocho orangutanes encadenados unos a otros, tropezando y chillando; previamente, y *por motivos de seguridad*, se sustituiría la gran araña que ocupaba el centro del salón por numerosas antorchas y se cerrarían todas las puertas. Efectivamente, como estaba previsto, en el punto culminante de la fiesta apareció el rebaño de orangutanes encadenados y gritando; se acercaron al gancho de la lámpara que colgaba del techo y entonces...

«El enano, que había seguido silenciosamente sus paseos por el salón animándoles a continuar la broma, se apoderó de la cadena de los orangutanes tomándola en el punto donde se cortaban los dos diámetros que cruzaban el círculo en ángulo recto. Con la rapidez del rayo insertó allí el gancho del que antes colgaba el candelabro, y un instante después, por obra de una intervención desconocida, la cadena del candelabro subió hasta dejar el gancho fuera del alcance de las manos de los allí congregados, arrastrando inevitablemente en su ascenso a los orangutanes, que quedaron unos junto a otros y cara a cara... Tan estupefacta quedó la asamblea ante esta ascensión, que se produjo un silencio de muerte. Duraba ya un minuto, cuando fue roto por un áspero y profundo *rechinar*... En esta ocasión, sin embargo, no cabía duda de la procedencia del sonido...»

El bufón, trepando por la cadena, se encaramó sobre las nerviosas figuras y prendió fuego con una antorcha a los trajes de mono confeccionados con lino y brea...

«El enano aprovechó la oportunidad para hablar de nuevo:

—»Ahora veo *claramente* quiénes son esos hombres —dijo—. Son un gran rey y sus siete consejeros privados. Un rey que no tiene escrúpulos en golpear a una niña indefensa, y sus siete consejeros, que consienten ese ultraje. En cuanto a mí, no soy nada más que Hop-Frog, el bufón... y *ésta es mi última bufonada.*

»Dada la elevada combustibilidad del lino y la brea que lo




*Ilustración de James Ensor para la narración de Poe titualada* Hop-Frog, *escrita durante el invierno de 1848-1849.*

impregnaba, la venganza quedó consumada apenas hubo terminado el enano de pronunciar estas palabras. Los ocho cadáveres colgaban de sus cadenas en un amasijo irreconocible, fétido, negruzco, repugnante. El bufón arrojó su antorcha sobre ellos y luego, trepando tranquilamente hasta el techo, desapareció a través de la claraboya.

»Se supone que Trippetta, situada en el tejado del salón, había sido cómplice de su amigo en su ígnea venganza, y que habían conseguido escapar juntos a su país, ya que nadie volvió a verlos jamás.»

Más allá de todas las interpretaciones y lecturas, puede intuirse a partir de tales historias cuánto odio había acumulado Poe durante los últimos años de su vida. Había creado una obra de arte tras otra y no había conseguido siquiera lo suficiente para hacer más fáciles los últimos días de la vida de Virginia, para procurarle un poco de comodidad y alegría. En la misma habitación en que había muerto trabajó él durante aquellos meses de invierno de 1848-1849, y cuando iba a pasear se ponía en el negro capote militar de West Point que había servido como manta a Virginia; nunca tuvo dinero suficiente para un abrigo nuevo. Allí escribió *Eureka, Hop-Frog* y el ensayo *El principio poético*. Escribía y escribía...

«¡Y cómo he trabajado, cómo me he esforzado, cómo he escrito! Dios mío, ¿no he estado escribiendo siempre? No conozco la palabra "fácil". He estado todo el día sentado a la mesa de escribir y, por la noche, mi lámpara lucía aún después de medianoche. Hubieran debido verme. Inclinado a la izquierda, a la derecha, adelante, hacia atrás, sentado siempre ante el papel blanco. Escribía en los días buenos y en los malos. No viene al caso enumerar lo que escribí. El estilo... ¡de eso dependía todo!»

La poesía *Annabel Lee*, aparecida junto con sus obras póstumas, surgió, o por lo menos fue acabada, en ese invierno. Es, junto con *Ulalume*, una de las mejores piezas de su lírica tardía y una de las más conocidas, especialmente su estrofa final:

*Porque nunca brilla la luna sin traerme sueños*
*de la bella Annabel Lee;*
*ni salen las estrellas sin que yo sienta los brillantes ojos*
*de la bella Annabel Lee;*
*Y así, toda la noche permanezco tendido*
*al lado de mi amada —mi amada—, mi vida y mi esposa,*
*en el sepulcro, allá en el mar,*
*en su tumba, junto al mar sonoro.*

Las seis estrofas de este poema, impregnadas de susurros de mar y de duelo, son expresión del imborrable recuerdo que dejó en Poe su desaparecida mujer. Ese poema, como todo lo que nació en Fordham en ese último invierno, muestra que las capacidades intelectuales y la fuerza poética de Poe permanecían todavía inalterables. Sus cartas, sobre todo en las escritas a su benévola «Annie» en Lowell, no respiran, naturalmente, la misma autodisciplina; seguramente experimentaría también cierta complacencia en abandonarse de vez en cuando. Lo cierto es que, en esta etapa de su vida, son ya evidentes los repentinos altibajos de su ánimo, la profunda agitación de su alma y el desesperado desaliento ante su situación.

Sin embargo, concibió de nuevo esperanzas cuando, en abril, un tal Mr. Patterson de Oquawka, una pequeña ciudad a orillas del Mississippi en el estado de Illinois, se dirigió a él para ofrecerle la dirección de una revista que pensaba fundar. Naturalmente, Poe pensó enseguida que se trataría de algo similar a su *Stylus* o, al menos, de una revista literaria seria, y propuso Nueva York o San Luis como sede editorial, aunque Mr. Patterson encontraba mucho más adecuada su pequeña ciudad natal. No obstante, envió cincuenta dólares a Poe para que se informara de la acogida que podría tener una nueva revista mensual en algunas ciudades del Oeste y del Sur. Poe decidió viajar a Richmond. Ciertas declaraciones suyas de esta época confirman claramente que después de sus fracasos en el Norte, ponía todas sus esperanzas en los estados del Sur. Evidentemente, ignoraba, o prefirió ignorar, el estancamiento general de los estados del Sur tanto comercial como culturalmente. De todos modos, también es probable que tuviera nostalgia del país de su juventud y que, como tantas veces en su vida, pusiera demasiadas esperanzas en un simple cambio de lugar.

## Empieza la despedida

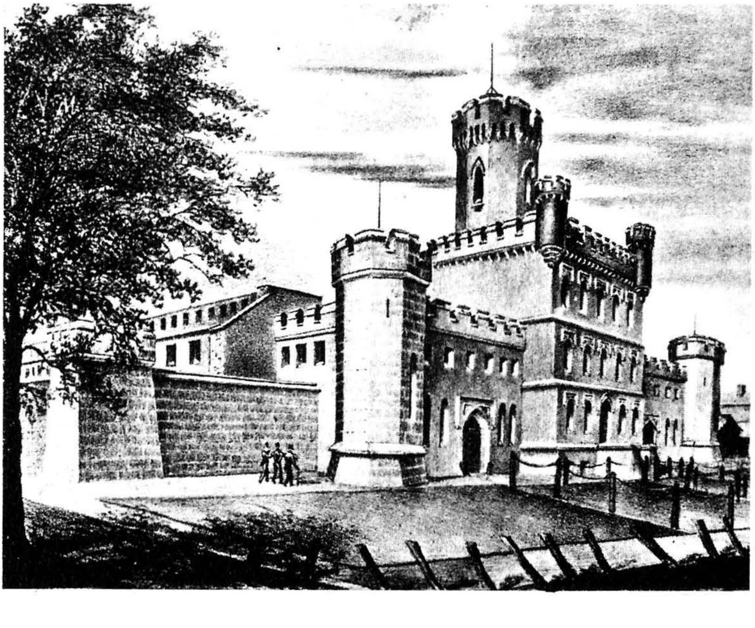
El 30 de junio de 1849 se despidió, en el muelle de embarque, de Mrs. Clemm y de su amiga Mrs. Lewis, quien en los meses anteriores se había convertido en «Stella». Mrs. Clemm le veía alejarse con evidente inquietud; conocía a su «Eddy» y notaba en su cara contraída los signos que presagiaban una nueva crisis nerviosa. Ocho días más tarde tenía en sus manos una carta que confirmaba sus temores:

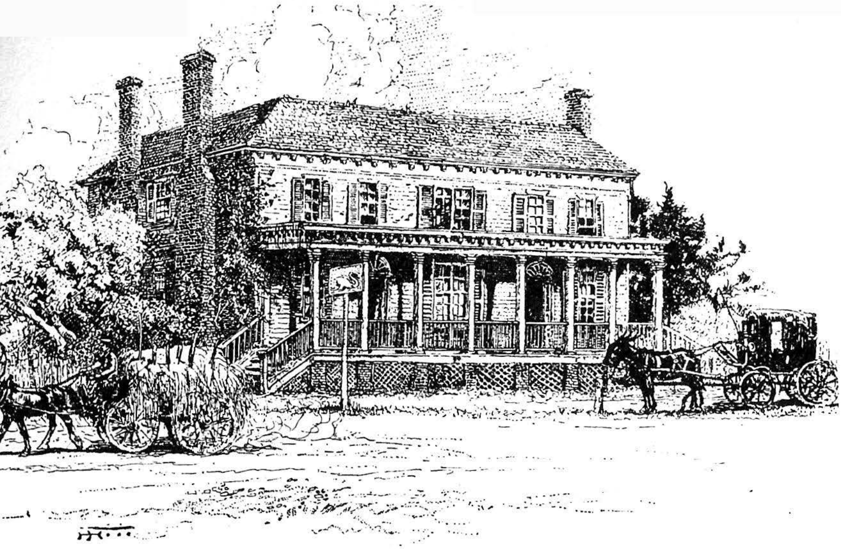
«Querida madre: He estado muy enfermo. He tenido cólera

o convulsiones y apenas puedo aún sostener la pluma. Es urgente que vengas conmigo. La alegría de verte me resarciría de todo el sufrimiento. Por lo menos podemos morir juntos. Yo no puedo más, tengo que morir. Ya no me queda nada más en la vida después de haber escrito *Eureka*. No puedo acabar nada más. Tú eras todo para mí, mi querida y buena madre, eras mi mejor y más cara amiga. Yo no estaba realmente loco, pero los acontecimientos perturbaron mi corazón. Aquí estuve en la cárcel, precisamente por embriaguez; pero no estaba borracho, fue a causa de Virginia.»

John Sartain, el viejo amigo de Poe, editor desde hacía algún tiempo del *Union Magazine* de Filadelfia, se asustó cuando el escritor irrumpió en su despacho pálido y trastornado. Poe le pidió protección contra dos hombres que le seguían para matarle. Incluso quería cortarse el bigote para que no le reconocieran. Después de un corto intervalo de tranquilidad, le sobrevino de nuevo una excitación febril, salió corriendo de la casa y Sartain, que no quería dejarle solo, le siguió hasta bien entrada la noche por las calles y los arrabales. Poe hablaba de forma confusa y extraviada sobre visiones extrañas, sueños, y sobre la cárcel. Por

*La cárcel de Filadelfia en la que Poe pasó una noche, en septiembre de 1849. Historical Society, Pensilvania.*





fin accedió a dormir en casa de Sartain. A la mañana siguiente parecía encontrarse más o menos cuerdo y se disculpó con su amigo, hablándole de alucinaciones y de su sistema nervioso enfermo.

Finalmente, el 13 de julio siguió su camino hacia Richmond, pero hasta el 19 no fue capaz de escribir a Mrs. Clemm una carta medianamente clara. «Ya en la escritura notarás que estoy mejor», escribía, y a continuación: «Fueron sólo alucinaciones a consecuencia de un ataque como no lo había tenido en mi vida, un ataque de *mania a potu (delirium tremens)*. Quiera el cielo disponer que esto sea para mí una advertencia que tenga presente para el resto de mi vida. Entonces no lamentaría haber soportado esas torturas infernales.» Durante diez días había tenido que buscar su maleta por toda Filadelfia, y cuando por fin la encontró, descubrió que le faltaban dos manuscritos que había llevado consigo. Y por supuesto, había contraído nuevas deudas con todos sus conocidos.

Como más tarde se comprobó, había estado sólo unas horas en prisión. Cuando fue llevado ante el director, éste le reconoció y ordenó su inmediata puesta en libertad. Se supone que se había juntado con una pandilla de buscadores de oro borrachos, una de tantas que, procedentes de todo el país, iban a California, y Poe, para quien una sola gota de alcohol era auténtico veneno, fue retenido por ellos hasta que se le acabó el dinero; finalmente, los guardias de la ciudad le habían encontrado semiinconsciente.

*Daguerrotipo de Sarah Elmira Royter, el primer amor de juventud de Poe, cuando ya se había convertido en la viuda Shelton. Valentine Museum, Richmond.*



◀ *La Swan Tavern, de Richmond, la taberna que poe visitaba más de lo que convenía a su estado de salud. Valentine Museum, Richmond.*

Según él mismo suponía, debió de sufrir un ataque de delirio alcohólico con manía persecutoria y alucinaciones. El doctor Gibbon Carter, que le trató en Richmond, le previno contra una recaída que, en su caso, sería funesta. Así pues, a instancias de la familia Mackenzie, que había adoptado a su hermana Rosalie, Poe decidió comparecer ante los Sons of Temperance, a quienes juró no volver a beber una gota de alcohol. Este juramento no era fácil de mantener en la hospitalaria ciudad de Richmond, y Poe tuvo que soportar que muchos de sus antiguos amigos se rieran de él. Pero durante un tiempo le ayudó también el horrible recuerdo de la cárcel, a la que su alcoholismo le había llevado. Una nueva conferencia en Richmond, a la que acudió gran cantidad de público y fue bien recibida por la crítica, le proporcionó cierta popularidad y un contacto con el editor del *Examiner,* un tal Mr. Daniel, que preveía una colaboración literaria permanente. Después de más de veinte años volvió a ver, esta vez en Richmond, a su amor de juventud, Elmira Royster, ahora viuda Shelton, y consiguió en un tiempo asombrosamente corto que la acaudalada dama, todavía hermosa, le diera el sí. Ella intentó negarlo después, pero se vio desmentida por una carta que le había escrito a Mrs. Clemm a instancias del escritor.

Poe tenía motivos para creer en un giro del destino, cuando, a finales de septiembre, se puso en camino hacia Nueva York para vender su casa y trasladarse con su tía definitivamente a

Richmond. El compromiso con Mrs. Shelton le había abierto las puertas de la alta sociedad de Richmond, y se sentía acogido y admirado como nunca en su vida. También su última conferencia, el 24 de septiembre, al final de la cual recitó *El cuervo* por deseo unánime de los asistentes, fue afortunada y transcurrió sin ningún contratiempo. Pero uno de sus antiguos amigos, William Winston Valentine, observó que Poe estaba más pálido que nunca, que sus ojos tenían una expresión extraordinariamente inquieta y que sus movimientos eran nerviosos y enfáticos. Valentine tuvo la impresión de que Poe luchaba por mantener la compostura. La noche siguiente, al despedirse de Elmira, ésta se asustó de su aspecto, le tomó el pulso y constató que tenía fiebre. Estaba convencida de que no podría viajar en esas condiciones, pero, al día siguiente, cuando preguntó por él, tuvo la sorpresa de escuchar que se había embarcado por la mañana temprano en el vapor de Baltimore.

## «Un caballero en un estado lamentable»

Ante lo complicado que era entonces aquel viaje, Poe intentaría seguramente ir en tren de Baltimore a Filadelfia y desde allí tomar el barco hasta Nueva York, donde su «Muddy» le esperaba con angustiosa impaciencia. Pero la primera señal de vida de Edgar A. Poe vino de Baltimore y llevaba la fecha del 3 de octubre. Es un hoja escrita precipitadamente a su viejo amigo, el doctor Snodgrass:

«Muy señor mío: En Ryans 4th Ward Polls hay un caballero en un estado lamentable. Se llama Edgar A. Poe, parece encontrarse en grandes apuros y afirma que le conoce a usted. Insisto: necesita su ayuda inmediata. A toda prisa, su respetuoso Jos W. Walker.»

El doctor Snodgrass se puso inmediatamente en camino. El mencionado lugar era uno de esos desacreditados puntos de concentración, por entonces normales durante las elecciones americanas. Trotamundos, borrachos y vagabundos de todas clases eran «convencidos» mediante ciertas sumas de dinero para que el día de las elecciones dieran su voto a un candidato determinado. El aguardiente corría a raudales. En uno de esos «gallineros», una taberna de mala reputación, encontró el doctor Snodgrass al mejor escritor de América: «Tenía la cara conturbada, hinchada y sin lavar, los cabellos en desorden, y su aspecto general era repulsivo. Sus ojos, tan vivos e inspirados, estaban ahora sin

European, Nueva York



*El hospital de Baltimore, donde murió Poe el 7 de octubre de 1849.*

brillo, y sombreados por profundas ojeras. Llevaba una chaqueta de un tejido fino y brillante, rasgada por varios sitios y sucia, y el pantalón estaba increíblemente raído y maltrecho. No llevaba chaleco ni pañuelo al cuello. La camisa estaba arrugada y sucia.»

Poco después Poe reposaba en el Washington Hospital. El doctor Snodgrass manifestó al médico de servicio su extraordinaria preocupación por el corazón del enfermo, por lo que se dispuso una habitación individual y se pidió un vigilante. Ese médico, el doctor Moran, informaba el 15 de octubre a la inconsolable Mrs. Clemm:

«Cuando le trajeron al hospital se hallaba insconciente. No sabía quién le había traído ni con quién había estado antes. Después le sobrevino un temblor en los miembros y un delirio incesante en el que se dirigía a seres fantásticos e imaginarios que veía en la pared. La cara estaba pálida y el cuerpo cubierto de

sudor. No conseguimos calmarle hasta el segundo día después de su ingreso. Di orden a los vigilantes de que me llamaran inmediatamente cuando recuperase el conocimiento, y así se hizo. Le pregunté por su familia, por su casa, por sus padres. Sólo daba respuestas inconexas e incompletas. Me contó, sin embargo, que tenía una esposa en Richmond (lo cual no es cierto, como he podido saber después), y que no sabía cuándo había dejado esa ciudad ni lo que había pasado con su maleta. Yo intenté reavivar su ánimo, que decaía rápidamente; por eso le dije que esperaba que en pocos días estaría de nuevo en compañía de sus amigos y que me alegraría mucho de poder contribuir de alguna manera a su bienestar y a su comodidad. Al oír estas palabras profirió un fuerte grito y me dijo con vehemencia que lo mejor que podía hacer por él su mejor amigo era meterle una bala en la cabeza, que preferiría desaparecer bajo tierra para no tener que seguir viendo su propia degradación. Poco después, Mr. Poe pareció dormirse y le dejé unos minutos. Pero cuando volví se encontraba otra vez vivamente alterado y oponía a los dos enfermeros que le mantenían en la cama una fuerte resistencia. Esa situación duró hasta el sábado (había sido ingresado el miércoles); durante toda la noche y hasta el domingo a las tres de la madrugada estuvo llamando a un tal Reynolds. Después de las tres se operó en él un cambio evidente. Debilitado por los esfuerzos, se quedó más tranquilo y parecía dormitar. Sobre las cinco volvió la cabeza hacia un lado, dijo "Dios ayude a mi pobre alma" y expiró.»

Dos días después, el 9 de octubre de 1849, Edgar A. Poe fue enterrado en el cementerio presbiteriano. Estaban presentes, además del reverendo, cuatro hombres: sus parientes que vivían en Baltimore, Neilson Poe y Henry Herring, el doctor Snodgrass y un antiguo compañero de Charlottesville, Z. Collins Lee. La sepultura con los restos fue trasladada en 1875 a la parte sudeste del cementerio. Allí está su monumento. Junto a él descansan Virginia, que primero había sido enterrada en Fordham, y Mrs. Clemm, su «Muddy», que murió en 1871.

# 10. Los extraños caminos de la fama

En cierta ocasión, Valéry dijo que Poe hubiera sido totalmente olvidado en su patria si Baudelaire no lo hubiera evitado. Eso suena, en principio, algo apodíptico. No faltaron en América, a finales del siglo XIX, bienintencionados esfuerzos por recuperar a Poe para el Parnaso americano. Pero como no cobraron importancia hasta los años ochenta, se puede suponer que la extraordinaria valoración de Poe en Francia fue efectivamente el aguijón. Fuera de eso, el verdadero reconocimiento de Poe no se produjo sino después de la I Guerra Mundial, y se relaciona de manera inequívoca con la profunda, y hasta ahora duradera, ruptura de los valores del código moral puritano, ruptura que fue provocada por los descubrimientos de la psicología profunda y la revuelta de la «generación perdida» contra los ejemplos modélicos del pasado.

La muerte de Poe ocurrió en la década anterior al estallido de la guerra civil americana, en la que las energías del Norte apuntaban hacia una ola de fanatismo moral. Aunque al principio consistiese en campañas aisladas de prohibición (prohibición del alcohol), condena de la esclavitud, vegetarianismo, emancipación de la mujer o exigencia de la igualdad social para todos, estos movimientos retrocedían cada vez más ante el impaciente espíritu misionero y las bélicas pretensiones de ejemplaridad. Este fanatismo hizo de las opiniones valores obligatorios y sancionaba esos valores aludiendo a la voluntad de Dios. Las desviaciones de la norma moral eran consideradas como una provocación social. En el marco de la democracia de masas, que por entonces se abría paso en América, se desarrolló un conformismo con cimientos religiosos y tendencias idealistas y materialistas, apenas diferenciables entre sí.

Sin esa fuerte corriente hubiera sido incomprensible que los efectos de la campaña difamatoria de Rufus Wilmot Griswold hubieran persistido durante tanto tiempo en Estados Unidos. Poe había elegido a ese hombre como ejecutor de su testamento literario porque, lamentablemente, su conocimiento del ser huma-

no era bien escaso; lo cierto es que Griswold, aunque más tarde negara expresamente haber sido amigo de Poe, aceptó su deseo de publicar después de su muerte la primera edición de sus obras completas. Sin embargo, ya antes de su aparición, en 1850, había publicado varios artículos (algunos anónimos) sobre el difunto, que presentaban la vida privada de Poe bajo una perspectiva extremadamente desfavorable. Pero lo que proporcionó el más amplio material de condena de aquella concepción de la literatura que giraba en torno a los misterios morales y que habría de ser la dominante durante más de medio siglo, fue la aparición, en el tercer tomo de esta edición, del infame *Memoir* de Griswold.

Griswold, tan hipócrita como perseverante en el logro de sus metas, había reunido todo lo necesario para arruinar la memoria del fallecido artista ante la opinión pública. Según él, desde muy joven el escritor había revelado su naturaleza viciosa, siempre dispuesto a hacer sufrir a los demás; en la universidad habría causado a su padre tantas preocupaciones con su afición a los juegos de azar y con sus deudas, que con razón hubo de ser repudiado. Luego, su desordenado vagabundeo arruinó su futuro y sus capacidades, le hizo perder amigos y acabó provocando incluso la muerte de su pobre y desesperada mujer. Perturbado por su vagabundeo inmoral y por desórdenes de todo tipo, terminó en las cloacas de Baltimore. Como escritor era sólo un esbirro del efectismo, falto de sensibilidad, y como crítico, un odioso calumniador y un charlatán.

En resumen, Griswold consiguió con todo esto dibujar aquel modelo de perversión moral culpable que los apóstoles de la moral de aquella época aprovecharon ávidamente para poder recrearse en su indignación. De muy poco sirvió que algunos amigos (especialmente Graham en Filadelfia) protestaran contra esa presentación odiosa y sectaria; su voz tuvo tan escaso eco frente a la casi unánime condena de la opinión pública como la calurosa apología de Mrs. Whitman, titulada *Poe y sus críticos,* del año 1860.

Este montaje calumnioso, casi único en la historia de la literatura, es considerado hoy unánimemente como un acto de venganza de un literato lleno de odio. Evidentemente, el antiguo reverendo no pudo asimilar que Dios hubiera concedido tan abundantemente al «vicioso» Edgar A. Poe las facultades creativas que le negaba al virtuoso Griswold. Que esta calumnia perdurase tanto tiempo —dos generaciones— se comprende si se tiene en cuenta que la victoria en la guerra civil del entonces todopoderoso Norte fue considerada como prueba de la bondad de sus

Ullstein



*Retrato de Baudelaire, verdadero artífice de la fama de Poe en Europa.*

principios morales. Poe, aquel hombre declaradamente sureño, pertenecía con una absurda coherencia al mundo de los castigados perdedores, y desde entonces fue la personificación ejemplar de todos aquellos condenados y aborrecidos aspectos del Sur que, con la ayuda de Dios, se habían vencido, no sólo por ser en el Norte diferentes, sino por ser mejores. El arraigo de tales prejuicios puritanos se puede comprobar leyendo una observación que el famoso historiador de la literatura americano Van Wyck Brooks hizo sobre Poe (al que, por otra parte, no trata nada mal) en una obra que incluso obtuvo el premio Pulitzer en 1937:

«Poe nunca participó del espíritu esencial de la tradición americana, desarrollado en aquella época [1835], por cuyo arraigo tanto había hecho su compatriota de Virginia en Monticello [Jefferson]; y tal vez precisamente por no tener participación en su creación, tampoco pudo asumirlo. Por ello la literatura americana pasó junto a él como el oleaje del mar, sin expulsarlo de su sitio pero sin dejarse influir tampoco por su existencia. Precisamente nada hubiera podido probar más claramente la tenacidad y la realidad de la tradición americana que el hecho notorio de que Poe se mantuviese hasta tal punto al margen. Aún más, estuvo apartado incluso de la corriente principal de toda la tradición humana. Cuando decía del arte de hacer poesía que «estaba relacionado, todo lo más casualmente, con el deber o con la verdad», negaba con ello el testimonio de los más grandes escritores de Grecia, de Roma y fundamentalmente de Europa. ¿No son, acaso, esos elementos negados por él la fuente de las fogosas pasiones de todos los grandes escritores desde Homero? El amor a la libertad, al honor y a la fidelidad, el sentimiento religioso..., han dado origen a las más nobles hazañas cantadas en todos los tiempos por los poetas; pues bien, es justamente aquello de lo que Poe en su teoría, y también en la práctica, hizo caso omiso.»

¡Qué diferente suena lo que dijo Charles Baudelaire cuando, unos años después de la muerte de Poe, le llegó el *Memoir* de Griswold!: «¿No hay en América ordenanzas policiales que prohíban a los perros la entrada a los cementerios?» Esta indignación es tanto más merecedora de atención por cuanto Baudelaire no disponía de ningún material de referencia, aunque poseía cierto conocimiento de América y de su mentalidad de entonces. Creía, no obstante, que a través del detallado estudio de sus obras conocía al escritor mejor y más profundamente que aquel Griswold que había tenido contactos personales con él; y el mundo posterior ha dado la razón a Baudelaire.

El descubrimiento de Poe por Baudelaire es uno de los más

asombrosos sucesos de la literatura universal. Fue su salvación en un lugar y por unas circunstancias que nadie podía prever. No son menos asombrosos la semejanza personal, el parentesco espiritual y, en gran parte, el paralelismo entre los destinos de ambos escritores, pues el descubrimiento de Poe fue también para Baudelaire un acontecimiento decisivo. Paul Valéry ha demostrado más tarde, en su gran ensayo sobre Baudelaire, el reconocimiento de la propia identidad artística que se produjo en el escritor francés como consecuencia de su encuentro con el americano.

En dos tomos, que aparecieron en 1856 y 1857, presentó Baudelaire al público francés treinta y seis obras en prosa de Poe, en una traducción hasta ahora inigualada. Cada tomo contenía, a modo de prefacio, una gran disertación que entraba a fondo en la vida y la obra del autor detallada y afectuosamente; a partir de entonces, aunque con muchas faltas y equivocaciones inevitables, éstos fueron los ensayos básicos para la consideración literaria de Poe. Gracias al prestigio universal de que entonces gozaba la lengua francesa, la obra en prosa de Poe se conoció con relativa rapidez en toda Europa y en Sudamérica. A ello se unió, en 1875, la traducción realizada por Stéphane Mallarmé de las poesías de Poe en prosa rítmica (como profesor de inglés, Mallarmé conocía suficientemente la lengua para establecer exactamente y de manera ejemplar los límites de la traducción). Ya antes, en 1873, Verlaine y el joven Rimbaud habían empezado a estudiar inglés para poder leer a Poe en versión original.

La historia de los caminos seguidos desde entonces por la fama de Edgar A. Poe sólo puede ser mencionada aquí a grandes rasgos. Actualmente contamos con una extensa bibliografía sobre el tema. Como herencia directa de Poe en cuanto poeta, y aún más en cuanto teórico del arte, destaca sobre todo la lírica francesa, cuyos hitos son Baudelaire, Rimbaud, Verlaine, Mallarmé y Valéry. Decisivamente influidos por él fueron, además, Villiers de l'Isle-Adam, Barbey d'Aurévilly, Huysmans y Maeterlinck. Jules Verne reconoció a lo largo de toda su vida que el éxito mundial de sus novelas utópico-científicas se lo debía en primer lugar a Poe, como descubridor del género. (Verne intentó incluso ponerle a *Gordon Pym* el final que le faltaba.)

Por lo que se refiere a Inglaterra, el rechazo de Poe fue general en los años cincuenta y sesenta a causa del vergonzante *Memoir* de Griswold, como había sucedido en los Estados Unidos. La moral victoriana, aunque hilaba algo más delicadamente que el furor puritano de los estados americanos del Norte, no imponía rigores menos estrictos al modo de vida de los escritores

ingleses; la intolerancia para con Poe fue tanto más saboreada por cuanto se trataba de un americano, y entonces sólo de mala gana se estaba dispuesto a reconocer la existencia de una literatura americana independiente. Incluso a Charles Dickens, el celebrado favorito de la Inglaterra victoriana, no le pareció aconsejable defender al desgraciado escritor, pese a que le había conocido personalmente y le tenía, desde el punto de vista literario, en alta estima. (En una de sus últimas giras por América le hizo llegar a la totalmente abandonada Mrs. Clemm una considerable ayuda.) Una primera brecha en el mortal silencio inglés la abrieron los prerrafaelistas Dante Gabriel Rossetti, Morris y Beardsley, y especialmente el primero, conocido escritor y pintor, en cuya obra se descubre la herencia de Poe. Durante toda su vida Rossetti tuvo que soportar unas críticas no menos cargadas de prejuicios y escandalizadas que las padecidas por el propio Poe (aunque, a diferencia de éste, Rossetti era un hombre acaudalado), y ello aplazó en Inglaterra la rehabilitación literaria del escritor americano. Algo más duradera fue la reconsideración del genial escritor después de la defensa de Swinburne y Wilde, cuyo profundo estudio de la obra de Poe se debió a la positiva influencia de Baudelaire, así como también se debió al estímulo francés el que hicieran ampliamente suya la teoría artística de Poe. (Recuérdese, por citar tan sólo un ejemplo, la conocida novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray* y la deuda contraída en ella con la obra de Poe.) En los años noventa el hielo ya se había roto, y la biografía de Poe (Londres, 1880) escrita por John H. Ingram en un sincero esfuerzo por hacer justicia, hizo el resto para que finalmente se pudiese poner en marcha una discusión imparcial sobre el autor. No puede, pues, maravillarnos que tan populares y afortunados narradores como Robert Louis Stevenson y Conan Doyle testimoniaran públicamente su agradecimiento a Poe. El creador de Sherlock Holmes no ocultó nunca que el auténtico propietario de la patente se llamaba Edgar A. Poe. Casi todos los detectives privados que aparecieron después se crearon siguiendo el modelo, nunca igualado, de Auguste Dupin. Y cientos de escritores de novelas policíacas, más o menos dotados de talento, se consagraron exclusivamente al género creado por Poe y labraron fortunas con esa mina de oro.

En Rusia fueron traducidas algunas historias aisladas de Poe ya al final de la década de los treinta, pero la verdadera atención de los círculos cultos se inició allí también gracias a las traducciones y los prefacios de Baudelaire. Está comprobado que *El gato negro* y *El corazón delator* produjeron una profunda impresión

en Fiodor Dostoyevski y se puede observar su huella especialmente en Raskolnikov. En 1885, Konstantin Balmont tradujo una voluminosa selección de poesías y narraciones, acompañada de un estudio detallado sobre el autor. Por otra parte, se comprende fácilmente que un escritor con opiniones tan sarcásticas sobre el progreso y la felicidad futura como Poe no fuera especialmente apreciado en la Rusia soviética.

En Alemania Poe se impuso con asombrosa lentitud. Aunque a comienzos de la década de los cincuenta ya había traducciones y se produjeron ocasionales reconocimientos, intelectual y literariamente no tuvieron eco alguno. Se consideraba que E. T. A. Hoffmann era el ejemplo insuperable de todas las técnicas de lo «inquietante», y se negaban a ver en Poe algo más que uno de los muchos imitadores del modelo alemán. Además, a esto se añadió después (más o menos desde 1890 hasta el cambio de siglo) ese hundimiento, aún no suficientemente investigado, de la crítica literaria en Alemania. La familiaridad con las corrientes intelectuales de otros países disminuyó, al tiempo que crecía la preocupante influencia del «fariseísmo educacional», que Nietzsche denunció públicamente de forma tan aguda como ineficaz. Hacia 1900 Baudelaire era aún poco conocido y de Rimbaud o Mallarmé apenas se sabía casi nada. Del año 1904 data la primera y, en cierta medida, satisfactoria traducción de la obra completa de Poe por Hedda y Arthur Moeller van den Bruck, a la que siguió, en 1922, la segunda y hasta ahora última de Theodor Etzel. Una elegante serie de antologías, más o menos logradas, casi todas pertenecientes ya al nuevo siglo, testimonian un creciente interés en la temática de Poe y cierta difusión de sus más conocidas narraciones, pero a este interés general no se añadió prácticamente ninguna profundización crítica; hasta estos últimos tiempos no se ha producido cierto cambio a este respecto, a través de Albrecht Fabri, Max Bense y Ernst Jünger. Sólo en Stefan George y, en general, en su círculo literario, se manifiesta cierta aceptación y perfeccionamiento de la teoría artística de Poe en la línea de Baudelaire. Pero no encontramos una relación expresa hasta la obra tardía de Gottfried Benn.

En el ámbito hispánico, por citar sólo dos ejemplos significativos, Antonio Machado consideraba a Poe como uno de los fundadores de la poesía moderna, y el chileno Pablo Neruda habló de su «matemática tiniebla». En cuanto a la traducción al castellano de las obras del escritor estadounidense, hay que mencionar la de sus obras en prosa (narraciones y ensayos) realizada por el novelista Julio Cortázar.

En lo que respecta a la recuperación de Poe en Estados Unidos, el asunto no se puede cerrar con la simple explicación de que, en su caso, fue sometido a revisión un juicio imposible de mantener, como había evidenciado ya irrefutablemente la elite europea. Estados Unidos (bajo el punto de vista actual) no se ha limitado a volver a traer a casa a Poe dentro de su envoltura europea, elegantemente francesa, sino que le ha colocado, aunque lentamente y sin demasiado entusiasmo, en aquella laguna que su ausencia había dejado no sólo en la literatura norteamericana sino, sobre todo, en la historia intelectual de aquel país. La revisión tuvo lugar tanto más gustosamente cuanto que los descubridores de la psicopatología moderna demostraron que a Poe, como ser humano, no se le podía reprochar nada, moralmente hablando; dicho de forma algo irónica, no sólo había salido con bien del juicio gracias a las «circunstancias atenuantes», sino que simplemente no era responsable de sus factores hereditarios y de la psiconeurosis resultante de ellos. Justamente esta predisposición y sus imbricaciones, que hicieron de él un hombre anormalmente desgraciado y siempre atormentado, le permitieron encontrar geniales registros de expresión para sus angustias y le forzaron a seguir un camino que conducía fuera del ambiente reinante entonces en su patria, hacia un paisaje anímico que hoy resulta plenamente moderno y actual. Volvió a casa sobre la ola de sus profecías, que se habían cumplido, y de sus presentimientos, que se habían realizado.

Ahora ya se le podía llamar «americano» sin recelo. Ahora ya no es tan difícil la constatación de que la audaz falta de presupuestos y el limitado lastre de tradición eran características típicamente norteamericanas. Escaso equipaje y gran curiosidad: esto era lo que había en los buscadores de oro californianos, y lo que se halló intelectualmente en Poe; unos y otro tienen su razón de ser en los descubrimientos. La novela corta, cuyo primer teórico y artista fue Poe, se convirtió en una forma estadounidense crecida en el gigantesco espacio entre Atlántico y Pacífico. Cuando Poe, en 1835, examinó la literatura de Estados Unidos, lo que hizo fue casi inventarla él mismo. Los sucesores que realmente legitimaron esta afirmación, como Hawthorne, Melville y Whitman..., reconocieron, con justicia, el valor real de Poe. Pero con él regresaba también el primer representante de aquella otra corriente de la literatura norteamericana que le dio auténtico contenido y toda la profundidad de la tensión interior: es el guardián del gran sello de la *Dark Tradition*, que había sido acallada por las duras consecuencias de la guerra civil, pero no definitivamente interrumpida.

Brown Brothers



*Busto de Edgar Allan Poe conservado en el Hall of Fame de Nueva York.*

La doble estratificación del espíritu estadounidense es un hecho que hoy ya apenas puede ser negado. Al país del optimismo, del progreso, de la búsqueda de la felicidad y del afán misionero por llevar esa felicidad a todo el mundo, se opone otro que conoce la tristeza y la desesperación, el escepticismo y el miedo; y ambos se corresponden mutuamente como lo claro a lo oscuro. Esta *Dark Tradition* está representada, entre otros, por nombres tan conocidos como Ellen Glasgow, Thomas Wolfe, J. C. Ransom, Allen Tate y William Faulkner.

No pretendo mermar el honor de su descubrimiento, que se debe a Europa, ni el ferviente apostolado de Baudelaire; pero lo cierto es que, aunque la vida de este escritor tuviese unas características tan desgarradoras, sin Estados Unidos no hubiera podido llevar a cabo lo que el destino le deparó. El mundo ya no se lamenta de lo que Poe sufrió en su país y de cómo fue pisoteado incluso después de su muerte; eso ya está expiado y reposa bajo la losa sepulcral del cementerio de Baltimore. El mundo se preocupa hoy por lo que queda de Poe, por su obra y por el significado que esa obra tiene en el presente. Tan sólo nos resulta inquietante comprobar cómo casi ninguno de los literatos pertenecientes a la generación de Poe puede pasar este examen; y varias docenas de ellos estarían aún más olvidados si no se vieran repetidamente nombrados en las biografías de Poe, como, entre otros, el calumniador Griswold. Por el contrario, es asombroso el hecho de que la lúgubre estrella de Poe brille con más intensidad y de forma más fascinante a medida que pasan las generaciones.

En 1949, el día en que se cumplía el centenario de la muerte del escritor, fue conmemorado en Estados Unidos como el del regreso definitivo de uno de sus más grandes hijos. Y fue especialmente celebrado en aquellas ciudades en las que había gestado sus creaciones y donde tanto había sufrido. En todas partes podía leerse que ese *southern gentleman,* de cara pálida e inquietantes ojos grises, era uno de los más grandes descubridores intelectuales del mundo moderno.

# Texto original de los poemas citados

*Si toda traducción de poemas es prácticamente imposible, las características de la poesía de Poe acentúan aún más las dificultades. Por ello, la versión castellana de los poemas del escritor estadounidense que aparecen en las páginas 30* (To Helen), *46-47* (Spirits of the Dead), *52-55* (Israfel), *61 (primera estrofa de* The City in the Sea*) y 161 (estrofa final de* Annabel Lee*) deben considerarse sólo como meras aproximaciones al texto original, que ofrecemos a continuación.*

## TO HELEN

*Helen, thy beauty is to me*
*Like those Nicean barks of yore,*
*That gently, o'er a perfumed sea,*
*The weary, wayworn wanderer bore*
*To his own native shore.*

*On desperate seas long wont to roam,*
*Thy hyacinth hair, thy classic face,*
*Thy Naiad airs have brought me home*
*To the glory that was Greece*
*And the grandeur that was Rome.*

*Lo! in yon brilliant window-niche*
*How statue-like I see thee stand!*
*The agate lamp within thy hand!*
*Ah - Psyche, from the regions which*
*Are Holy Land!*

## SPIRITS OF THE DEAD

*Thy soul shall find itself alone*
*'Mid dark thoughts of the gray tombstone—*
*Not one, of all the crowd, to pry*
*Into thine hour of secrecy.*

*Be silent in that solitude*
*Which is not loneliness, for then*
*The spirits of the dead who stood*
*In life before thee are again*
*In death around thee, and their will*
*Shall overshadow thee: be still.*

*The night, tho' clear, shall frown,*
*And the stars shall not look down*
*From their high thrones in the Heaven*
*With light like Hope to mortals given;*
*But their red orbs, without beam,*
*To thy weariness shall seem*

*As a burning and a fever*
*Which would cling to thee forever.*
*Now are thoughts thou shalt not banish—*
*Now are visions ne'er to vanish;*
*From thy spirit shall they pass*
*No more —like dew-drops from the grass.*

*The breeze —the breath of God— is still,*
*And the mist upon the hill*
*shadowy —shadowy— yet unbroken,*
*Is a symbol and a token,*
*How it hangs upon the trees,*
*A mystery of mysteries!*

## ISRAFEL

*In Heaven a spirit doth dwell*
*«Whose heart-strings are a lute»;*
*None sing so wildly well*
*As the angel Israfel,*
*And the giddy stars (so legends tell)*
*Ceasing their hymns, attend the spell*
*Of his voice, all mute.*

*Tottering above*
*In her highest noon,*
*The enamored moon*
*Blushes with love.*
*While, to listen, the red levin*
*(With the rapid Pleiads, even,*
*Which were seven)*
*Pauses in Heaven.*

*And they say (the starry choir*
*And the other listening things)*
*That Israfeli's fire*
*Is owing to that lyre*
*By which he sits and sings—*
*The trembling living wire*
*Of those unusual strings.*

*But the skies that angel trod,*
*Where deep thoughts are a duty—*
*Where Love's a grown-up God—*
*Where the Houri glances are*
*Imbued with all the beauty*
*Which we worship in a star.*

*Therefore, thou art not wrong,*
*Israfeli, who despisest*
*An unimpassioned song;*
*To thee the laurels belong,*
*Best bard, because the wisest!*
*Merrily live, and long!*

*The ecstasies above*
*With thy burning measures suit—*
*Thy grief, thy joy, thy hate, thy love,*
*With the fervor of thy lute—*
*Well may the stars be mute!*

*Yes, Heaven is thine; but this*
*Is a world of sweets and sours;*
*Our flowers are merely — flowers,*
*And the shadow of thy perfect bliss*
*Is the sunshine of ours.*

*If I could dwell*
*Where Israfel*
*Hath dwelt, and he where I,*
*He might not sing so wildly well*
*A mortal melody,*
*While a bolder note than this might swell*
*From my lyre within the sky.*

## THE CITY IN THE SEA

*Lo! Death has reared himself a throne*
*In a strange city lying alone*
*Far down within the dim West*
*Where the good and the bad and the worst and the best*
*Have gone to their eternal rest.*
*There shrines and palaces and towers*
*(Time-eaten towers that tremble not!)*
*Resemble nothing that is ours.*
*Around, by lifting winds forgot,*
*Resignedly beneath the sky*
*The melancholy waters lie.*

## ANNABEL LEE

*For the moon never beams, without bringing me dreams*
*Of the beautyful ANNABEL LEE;*
*And the stars never rise, but I feel the bright eyes*
*Of the beautyful ANNABEL LEE;*
*And so, all the Night-tide, I lie down by the side*
*Of my darling —my darling— my life and my bride,*
*In the sepulchre there by the sea,*
*In her tomb by the soundig sea.*

# Cronología

1809 19 de enero: nace en Boston (Massachusetts) Edgar Poe, segundo hijo del matrimonio de actores formado por David y Elizabeth Poe.

1811 Elizabeth Poe, abandonada por su marido, muere el 18 de diciembre en Richmond (Virginia). Edgar es adoptado por la familia del comerciante John Allan.

1815 28 de julio: llega a Inglaterra la familia Allan con su hijo adoptivo.

1818 Poe ingresa en la Manor House School en Stoke Newington, Londres.

1820 21 de julio: Poe regresa con los Allan a Nueva York. De nuevo en Richmond.

1826 14 de febrero: Poe ingresa en la Universidad estatal de Virginia, en Charlotesville.

1827 Ruptura con John Allan. Poe parte para Boston y el 26 de mayo ingresa en el ejército como soldado raso. En Boston aparece el primer libro de Poe: *Tamerlán y otros poemas.*

1828 Poe es suboficial en Fort Moultrie, cerca de Charleston.

1829 Frances Allan, la madre adoptiva de Poe, muere el 29 de febrero en Richmond. En abril, Poe es licenciado con honores del ejército. En diciembre aparece en Baltimore *Al Aaraaf, Tamerlán y otros pequeños poemas.*

1830 Ingreso en la academia militar de West Point (Nueva York).

1831 Expulsión de West Point. En Nueva York aparece un nuevo volumen de poemas de Poe. En el verano se traslada a casa de su tía, Mrs. Clemm, en Baltimore.

1832 El *Philadelphia Saturday Courier* publica los primeros cuentos de Poe.

1833 Con el cuento *El manuscrito hallado en una botella* gana el primer premio en el certamen literario convocado por el *Baltimore Saturday Visitor.*

1834 John Allan muere en Richmond sin dejar nada en herencia a Poe.

1835 Poe se convierte en redactor del *Southern Literary Messenger* de Richmond y se lleva a vivir consigo a su tía y a la hija de ésta, Virginia.

1836 16 de mayo: Poe contrae matrimonio con Virginia, que aún no tenía catorce años. Aparece el ensayo *El jugador de ajedrez de Maelzel.*

1837 Se traslada con su familia a Nueva York.

1838 Aparece la obra más extensa de Poe, *Narración de Arthur Gordon Pym.* En el verano se traslada a Filadelfia.

1839 Redactor en el *Gentleman's Magazine* de Burton. Aparecen *Ligeia* y *La caída de la casa Usher.*

1840 Publica los *Grotescos y arabescos* en forma de libro en Filadelfia. Renuncia a su puesto de trabajo con Burton e intenta en vano fundar su propia revista literaria. Aparece *El hombre de la multitud.*

1841 Redactor jefe del *Graham's Magazine.* Aparecen *Los crímenes de la calle Morgue* y *Un descenso al Maelström*

1842 Virginia sufre su primer vómito de sangre. Poe pierde su puesto, pero sigue siendo colaborador de la revista. Aparecen *La máscara de la Muerte Roja* y *Eleonora.*

1843 Fracasa un nuevo proyecto para su revista literaria, *The Stylus. El escarabajo de oro* consigue un premio de cien dólares. Aparecen *El corazón delator, El gato negro* y *El pozo y el péndulo.*

1844 Poe abandona Filadelfia y se traslada de nuevo a Nueva York. En la casa de campo de Patrick Brennan, a orillas del Hudson, surge *El cuervo.*

1845 Tras un corto periodo de actividad en el *Evening Mirror,* Poe se convierte en coeditor del recién fundado *Broadway Journal.* Aparece en la editorial Wiley & Putnam una antología de cuentos y *El cuervo y otros poemas.* Amistad con Mrs. Osgood.

1846 El *Broadway Journal* deja de aparecer. Publica una serie de artículos sobre los literatos neoyorquinos en el *Godey's Lady's Book* en Filadelfia. Controversia pública, de negativas consecuencias, con Thomas Dunn English. En mayo la familia se traslada a una pequeña casa de campo en Fordham, a 20 kilómetros de Nueva York. Aparecen *El tonel de amontillado* y *Filosofía de la composición.*

1847 30 de enero: muere Virginia. Amistad con Mrs. Shew.

1848 Compromiso de matrimonio y ruptura con Mrs. Whitman en Providence (Rhode Island). Amistad con Mrs. Richmond en Lowell (Massachusetts). Intento de suicidio en Boston. Publica *Eureka* en forma de libro.

1849 Aparece *Hop-Frog* y su último ensayo, *El principio poético.* El 30 de junio sale de Nueva York. Breve estancia en Filadelfia. Continuación del viaje hacia Richmond el 13 de julio. Reencuentro con el amor de su juventud, la entonces viuda Sarah Elmira Shelton, con quien se compromete en matrimonio. El 27 de septiembre Poe emprende el viaje de regreso a su hogar, pero el 3 de octubre es hallado inconsciente en Baltimore y muere el 7 del mismo mes en el Washington College Hospital.

# Testimonios

**Charles Baudelaire**
¡Lamentable tragedia la vida de Edgar Poe! Su muerte, ¡desenlace horrible a cuyo horror se añade la trivilíadad! De todos los documentos que he leído me he quedado con la convicción de que los Estados Unidos no fueron para Poe más que una vasta prisión que él recorría con la agitación de un ser nacido para respirar en un mundo más amoral —una gran barbarie iluminada por el gas—, y que su vida interior, espiritual, de poeta o incluso de borracho, no era más que un perpetuo esfuerzo para escapar a la influencia de esta atmósfera antipática. Implacable dictadura de la opinión en las sociedades democráticas; no imploréis de ella ni caridad ni indulgencia ni elasticidad alguna en la aplicación de sus leyes a los múltiples y complejos casos de la vida moral. Diríase que del amor impío de la libertad nació una tiranía nueva, la tiranía de las bestias o zoocracia, que por su feroz insensibilidad recuerda al ídolo de Jaggernaut. Un biógrafo nos dirá gravemente —porque el buen hombre es bienintencionado— que Poe, si hubiese querido regularizar su genio y aplicar sus facultades creadoras de un modo más apropiado al suelo americano, hubiese podido convertirse en un autor con éxito económico, *a money making author;* otro —un cínico ingenuo—, que por muy grande que fuera el genio de Poe, para él hubiera sido mejor tener sólo talento, porque el talento se impone siempre con mayor facilidad que el genio. Un tercero, que ha dirigido periódicos y revistas, un amigo del poeta, confiesa que era difícil emplearle, y que estaba obligado a pagarle menos que a los demás porque escribía en un estilo demasiado superior al habitual. ¡Cómo apesta a tendero!, como decía Joseph de Maistre.
(*Edgar Poe, su vida y sus obras,* 1855)

**Arthur Moeller van den Bruck**
No es exagerado suponer que la posición literaria de Poe significa realmente la entrada a todo el arte de este siglo, el arte que nosotros llamamos moderno. Los franceses gustan de conceder este puesto a Balzac, los alemanes a Goethe; y, según el punto de vista que se adopte en cada ocasión, con razón. Sin embargo, en lo que se refiere a la disposición natural del ser humano, ninguna otra sensibilidad penetra tan profundamente en la psicología del individuo moderno característico del final del siglo pasado como la de Poe. El fue el primero de aquellos seres desdoblados, de aquellas naturalezas escindidas, de aquellos espíritus mitad pensamiento y mitad sentimiento que constituyeron la problemática creación literaria de toda la época.
(*La obra de Poe,* 1904)

**Sir Arthur Conan Doyle**
•Si cada autor de una historia en algo deudora de Poe pagase una décima parte de los honorarios que recibe por ella para un monumento al maestro, se podría hacer una pirámide tan alta como la de Keops.
(De un artículo, 1909).

**Paul Valéry**
Bajo un cielo totalmente distinto, en medio de un pueblo que aún estaba absorbido por la construcción de su realidad material y que, todavía indiferente hacia su pasado, sólo trabajaba con vistas al futuro y dejaba la más completa libertad a todo tipo de experiencias naturales, allí se encontraba un hombre que analizaba las cuestiones psíquicas, entre ellas también la creación literaria, con una originalidad, una agudeza y una clarividencia como hasta entonces no se habían encontrado, al menos en esa medida, en una mente con capacidad poética. Antes de Edgar Allan Poe, nunca había sido investigado hasta sus presupuestos el problema de la literatura, nunca había sido reducido a una cuestión psicológica y tratado por medio de un análisis en el que se empleasen decididamente la lógica y la mecánica de los efectos. Por primera vez se consideraron las relaciones recíprocas entre obra y lectores como el fundamento positivo del arte. La misma observación, las mismas diferencias, las mismas notaciones cuantitativas, las mismas líneas directrices son tan válidas para aquellas obras cuyo fin es producir un violento impacto en el mundo de las emociones y conquistar un público ávido de fuertes estímulos y aventuras insólitas, como para los más refinados productos literarios y para el delicado organismo de las creaciones poéticas. Decir que este análisis posee validez tanto en el terreno de la narración como en el de la poesía, que se puede emplear tanto en la construcción de lo puramente imaginado y fantástico como en la imitación literaria y en la descripción de la realidad, significa que este análisis es notable por su validez general. Y lo que realmente tiene una validez general posee también la característica de la fecundidad. Haber llegado al punto en que se domina todo el campo de acción implica necesariamente tener a la vista una gran cantidad de posibilidades: regiones inexploradas, caminos por abrir, comarcas por colonizar, ciudades por construir, relaciones por establecer, medidas que ampliar. Por lo tanto, no es de extrañar que Poe, en posesión de un método tan capaz y seguro, haya sido el creador de varios géneros literarios y haya proporcionado los primeros y más impresionantes ejemplos de la narración científica, de la moderna poesía cosmogónica, de la novela policíaca pedagógica y de la introducción de situaciones y estados psicológicamente enfermizos en la literatura; así como tampoco puede admirarnos que toda su obra evidencie en cada página la actuación de una inteligencia y de una voluntad hacia la inteligencia que no aparecen con tales dimensiones en ninguna otra carrera literaria.
(*Variété*, 1930)

**Jean-Paul Sartre**
Baudelaire anudó lazos de amistad con un muerto. Su larga relación con Edgar Poe tiene por objetivo profundo el acceso a ese orden místico. Se ha dicho que le atraían las turbadoras semejanzas que la vida del poeta americano ofrecía con la suya. Esto es cierto. Por esta identidad de destino sólo tenía interés para él *porque Poe había muerto*. Vivo, el autor de *Eureka* sólo hubiera sido una carne vaga como la suya: ¿cómo apoyar una en la otra dos injustificables gratuidades? Muerto, por el contrario, su figura se concluye y se precisa, los nombres de poeta y mártir se le aplican naturalmente, su existencia es un destino, sus desventuras parecen efecto de una predestinación. Entonces es cuando las semejanzas adquie-

ren todo su valor: convierten a Poe en una imagen de Baudelaire en el pasado, algo así como el Juan Bautista de ese Cristo maldito.
(*Baudelaire*, 1949)

**Ernst Jünger**
Lo extraordinario en este espíritu [E. A. Poe] está en su economía y parquedad. Oímos el tema principal ya antes de que se levante el telón y desde los primeros compases percibimos con certeza el tono amenazador que dominará todo el drama. Los personajes, austeros y matemáticos, son al mismo tiempo personajes fatídicos y en ello reposa su extraño hechizo. El *maelström* es el embudo, el torbellino irresistible con el que ejerce su fuerza de atracción el vacío, la nada. El pozo nos da la imagen de una caldera, de una circunferencia cada vez más cerrada, el espacio se va estrechando e incita a las ratas a corretear nerviosas. El péndulo es el símbolo del tiempo muerto, mensurable. Es la afilada hoz de Crono, que se balancea y amenaza al prisionero encadenado, pero que al mismo tiempo también le salvará si se sabe servir de ella.
(*El camino del bosque*, 1951)

**Jorge Luis Borges**
Poe y Baudelaire se propusieron, como el atormentado Uricen de Blake, la creación de un mundo de espanto; es natural que su obra sea pródiga en formas del horror.
Edgar Allan Poe escribió cuentos de puro horror fantástico o de pura *bizarrerie;* Edgar Allan Poe fue el inventor del cuento policíaco. Ello no es menos indudable que el hecho de que no combinó los dos géneros. No impuso al caballero Auguste Dupin la tarea de fijar el antiguo crimen del Hombre de las Multitudes o de explicar el simulacro que fulminó, en la cámara negra y escarlata, al enmascarado príncipe Próspero.
(*Otras inquisiciones*, 1952)

**Agustí Bartra**
Edgar Allan Poe es una de las figuras más tristes y enigmáticas de la literatura norteamericana. Su vida ha sido objeto de minuciosas y prolongadas investigaciones, pero quedan aún periodos de su historia que no han sido satisfactoriamente dilucidados, y acerca de su obra las opiniones han estado y siguen estando divididas. T. S. Eliot, en una conferencia sobre Poe dada en la Biblioteca del Congreso de Washington, dijo: «Puedo nombrar, sin miedo a equivocarme, algunos poetas cuyas obras han influido en mí y otros, aunque es posible que me hayan influido sin que yo me de cuenta. Pero con Poe, uno no sabe nunca...»
En Poe, la ausencia de tradiciones y valores autóctonos es casi absoluta. Fue un genio flotante y melancólico, sin raíces, en una época poseída de vitalidad épica. El fracaso de su vida ha entrado en la leyenda, pero su poesía ha tenido en realidad poca influencia en la lírica de su país, donde se le considera como una exótica curiosidad. Sin embargo, la influencia de Poe en la lírica universal ha sido tan vasta como la del mismo Whitman, aunque de orden externo.
(*Antología de la poesía norteamericana*, 1952)

**Julio Cortázar**
Sin temor de incurrir en un criterio meramente sentimental, creemos que un balance de la obra de Poe y sus consecuencias, de lo absoluto y lo relativo en ella,

no puede lograrse si se la reduce a un caso clínico, o a una serie de textos literarios. Hay más, hay siempre más. Hay en nosotros una presencia oscura de Poe, una latencia de Poe. Todos, en algún sector de nuestra persona, somos él, y él fue uno de los grandes portavoces del hombre, el que anuncia su tiempo por la noche. Por eso su obra, incidiendo desde dimensiones extratemporales, las dimensiones de la naturaleza profunda del hombre al desnudo, es tan profundamente temporal como para vivir en un continuo presente, tanto en las vitrinas de las librerías como en las imágenes de las pesadillas, en la maldad humana y también en su búsqueda de ciertos ideales y de ciertos ensueños.
( Prólogo a la edición castellana de los *Ensayos y críticas de Poe*, 1956)

**Pere Gimferrer**
En la claridad del sueño de las farolas de gas, cuando la irrealidad de aquella masa se va haciendo cada vez más compacta, el joven observador ve, de súbito, a un hombre viejo, flaco, de aire inquieto. Bajo la bruma que lo va invadiendo todo poco a poco, o bajo la lluvia violenta y densísima que ahora cae de golpe, el hombre diabólico va andando y, fascinado, el joven le sigue, hasta el más turbio corazón de la ciudad, andando, andando —por las calles vacías, por calles pobladísimas, por calles colmadas de gente, por callejones de sordidez fétida— hasta llegar al barrio más malsano, con casas antiguas y ruinosas, de madera podrida, parajes de desolación y de cochambre, donde viven los marginados y los rufianes. El desconocido no para, y el muchacho que le sigue acaba por comprenderlo: frenético, como un condenado del infierno de Dante, tiene que moverse por la ciudad buscando los esponsales, monstruosos, con una compañía anónima, colectiva, infamante, sin nombre y sin cara. Y cuando ahora, adulto, aquel muchacho —es ya todo un hombre y se llama Edgar Allan Poe— lo recuerda, cuando evoca la visión de aquel atardecer de otoño, puede comprender claramente su sentido: «Aquel viejo es el tipo y el genio del crimen profundo. No acepta estar solo. Es el hombre de la multitud.»
(*Dietario*, 1984)

# Bibliografía

## Algunas ediciones en castellano de obras de E. A. Poe


*Cuentos*. Madrid, Alianza, 1983, 10.ª ed. 2 vols. Prólogo, traducción y notas de Julio Cortázar.

*Ensayos y críticas*. Madrid, Alianza, 1973. Introducción, traducción y notas de Julio Cortázar.

*Eureka*. Madrid, Alianza, 1982. Prólogo y traducción de Julio Cortázar.

*Narración de Arthur Gordon Pym*. Madrid, Alianza, 1982. 5.ª ed. Prólogo, traducción y notas de Julio Cortázar.

*Obra poética completa*. Barcelona, Ediciones 29, 1974. Traducción de Arturo Sánchez.

*Poesía completa*. Barcelona, Libros Río Nuevo, 1983. Traducción de Pablo Mañé Garzón.


## Algunas obras sobre Edgar Allan Poe


BAUDELAIRE, CH: *Edgar Allan Poe*. Barcelona, Fontámara, 1981. 2.ª ed.

BACHELARD, G.: *L'Eau et les rêves*, París, 1942.

BONAPARTE, M.: *Edgar Poe: sa vie, son oeuvre. Etude analytique*. París, 1958. 3 vols. Prólogo de Sigmund Freud.

DAVIDSON, E.: *Poe. A critical Study*. Cambridge (Mass.), 1957.

DUGRAN, J. H.: *Edgar A. Poe*. Buenos Aires, Santaro, 1944.

ESPINA, A.: *Audaces y extravagantes*. Madrid, Taurus, 1959.

GÓMEZ DE LA SERNA, R.: *Edgar Poe, el genio de América*. Buenos Aires, Losada, 1953.

LINDSAY, PH.: *El poseso: retrado de Edgar Allan Poe*. Buenos Aires, Sur, 1956.

OCAÑO, A.: *Edgar Allan Poe*. Madrid, Epesa, 1972.

QUINN, A. H.: *Edgar Allan Poe. A critical Biography*. Nueva York, 1941.

RICHARD, C.: *Edgar Allan Poe, journaliste et critique*. París, Klincksieck, 1979.

# BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh,** por Herbert Frank.
33. **Sartre,** por Walter Biemel.
34. **Buda,** por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron,** por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII,** por José Jiménez Lozano.
37. **Casals,** por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega,** por Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau,** por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo,** por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro
41. **A. Machado,** por José Luis Cano. Prólogo de Mátyás Horányi.
42. **Garibaldi,** por Andrea Viotti. Prólogo de Santiago Perinat.
43. **E. A. Poe,** por Walter Lennig.
44. **Lorenz,** por Alec Nisbett.



## POE

Durante mucho tiempo la imagen del escritor norteamericano Edgar Allan Poe ha deambulado por la historia de la literatura cubierta por el velo de los tópicos de uno u otro signo, hasta convertirse en un personaje tan espectral como los de sus extraordinarias narraciones. El calificativo de autor maldito, en el que unos fundan su gloria y otros su condena, ha servido generalmente como coartada para reducir la vida de Poe a una sucesión de anécdotas sórdidas y no ver en su obra más que la manifestación –tal vez sublime– de un espíritu morboso.

Frente a tales análisis, esta biografía de Poe, escrita por Walter Lennig con gran rigor y objetividad, nos ofrece las pistas suficientes para reconstruir el verdadero rostro del autor.

10043

9 788434 581456